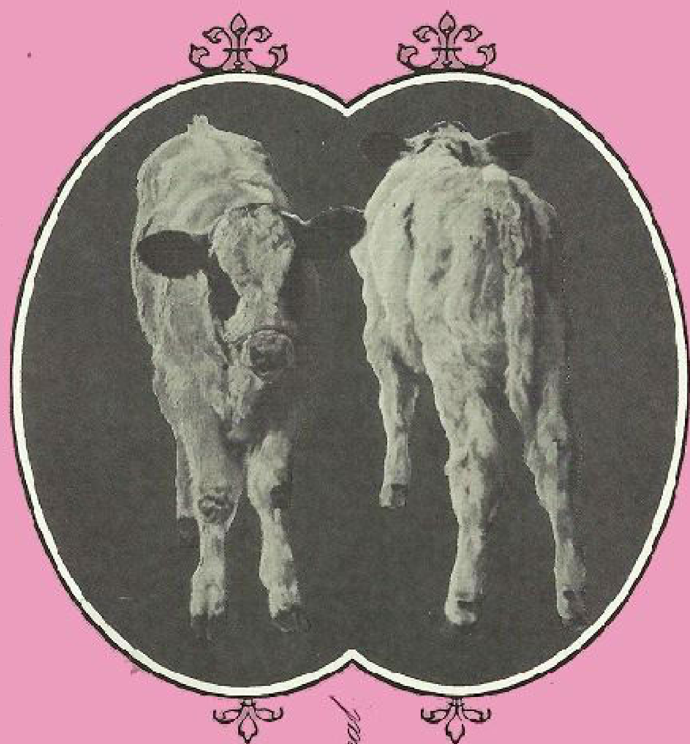
Rafael Arjona

El matarife



La sonrisa vertical



El matarife es quizás una de las novelas más profunda y genuinamente hispanas que se hayan publicado, aunque probablemente sus referencias literarias inmediatas remitan a autores tan universales como Georges Bataille o Witold Gombrowicz, por ejemplo. Arranca, de hecho, de fantasías muy arraigadas en el alma de una España remota, casi mítica, estigmatizada por una especial vivencia del sexo, de la sangre y de la muerte.

«Cuando maté mi primera ternera, no tenía más que diecinueve años. Lo hice porque, desde mi nacimiento, estaba destinado a ser matarife, como entonces lo era mi padre y como antes lo habían sido mi abuelo y mi bisabuelo». Hijo enclenque de un padre «inmenso», terrible, tuvo que someterse al ritual sangriento del relevo —la alternativa, dirían los taurómacos— en el oficio familiar. Pero, contrariamente al padre, el hijo no tarda en convertir el acto brutal y mecánico de dar muerte en una grandiosa ceremonia orgásmica, en la que sangre y gozo se funden en un éxtasis sin límites. A partir de este estallido iniciático, el lector se sentirá, él también, capaz de cualquier exceso, hasta el de desear y amar a cada una de las dulces terneras que, poco después, junto al protagonista, rematará violentamente en pleno paroxismo de los sentidos. No obstante, una mañana, viene a ensombrecer este Paraíso el primer indicio de compasión, de culpa. Y, cuando por fin parece haber vencido esta insostenible debilidad, vuelve, irrefrenable, a sus delirantes orgías hasta que, en una tarde lluviosa, encuentra a una extraña joven que le cautiva…



Rafael Arjona

El matarife

La sonrisa vertical - 45

ePub r1.0

Titivillus 20.10.15

Título original: *El matarife*
Rafael Arjona, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Cuando maté mi primera ternera no tenía más que diecinueve años. Lo hice porque, desde mi nacimiento, estaba destinado a ser matarife, como entonces lo era mi padre y como antes lo habían sido mi abuelo, mi bisabuelo y todos mis ascendientes masculinos en una línea que se perdía entre la bruma del pasado. Se trataba pues de un oficio tradicional en mi familia. De poco sirvió que la naturaleza me hubiera dotado de un cuerpo enclenque y más bien enfermizo. De poco sirvió que yo hubiera mostrado desde pequeñito mi más profunda aversión a ese oficio. El asunto estaba fraguado prácticamente desde la eternidad y no iba a ser mi padre el que permitiera la quiebra de una costumbre transmitida tan escrupulosa como implacablemente de generación en generación.

Mi padre era un tipo inmenso. Tenía el matadero en un caserón medio en ruinas del Barrio del Naranjo en cuyo corralón se apiñaban cada amanecer las vacas que le traían de los cortijos de los alrededores. Eran unas vacas mugrientas y encanijadas que aguardaban la llegada de la muerte mugiendo con desesperación. Mi padre las hacía pasar una tras otra a la sala de la muerte, tirando de sus cuernos, retorciendo sus cuellos, pegándoles patadas descomunales en la curva de la ingle. Se levantaba a las cuatro de la mañana y, nada más poner los pies en el suelo, se soplaba casi de un trago media botella de aguardiente de Rute. Enseguida, rugiendo como un ogro desdentado, me despertaba dando mazazos en las paredes de mi habitación. Inmediatamente me agarraba con sus manazas de piedra y me llevaba en volandas hasta el patio en donde completaba la operación lanzando sobre mi cuerpo desnudo el agua helada de un cubo recién sacado del pozo.

Era un tipo mi padre. La otra mitad de la botella se la largaba camino del matadero. Así es que cuando estábamos

llegando, después de subir la enorme cuesta campo a través, por detrás de los depósitos del agua, llevaba una espantosa borrachera que él trataba de ocultar cantando con voz facinerosa y asalvajada una remota canción de asesinatos y venganzas. Pero no podía disimularla: se tambaleaba meciéndose como un rascacielos zarandeado por un terremoto; tropezaba con los pedruscos; caía de rodillas en el erial dejándose trozos de piel sanguinolenta pegados a las piedras; se le salían los mocos de la porruda nariz y, en ocasiones, se le escapaban de los ojos unas lágrimas verdes que le chorreaban por las mejillas hasta formar un riachuelo polvoriento.

Mas, en cuanto escuchaba el mugido de las vacas se transformaba por completo: se enderezaba como un soldado, venteaba el aire del alba aguzando el hocico como un lobo al acecho de su presa, daba dos saltos enormes sobre las rocas y se lanzaba a la carrera hasta el portalón del matadero. Parecía una aparición de ultratumba aguijoneada por el furor.

Cuando, jadeante y sudoroso, yo alcanzaba la tapia del corral, mi padre, bañado en sangre, andaba ya empujando hacia la muerte a la tercera de sus víctimas. Le propinaba mordiscos en las orejas y puñetazos en el sexo, mientras le gritaba blasfemias con una voz borrascosa que atronaba toda la sierra, de modo que el animal corría desencajado enfilando el pasadizo en el que había de terminar su vida.

Era vertiginoso. Increíble. Tan pronto la vaca entraba en el carril, mi padre cerraba la tranquera y se colaba en la habitación adyacente por una puertecilla lateral. El animal, ya por completo desorientado, continuaba corriendo por el callejón azuzado por un miedo que le desgarraba la carne de los ijares. En el momento en que asomaba la cabeza, fuera del carril, en el final del trayecto, ya estaba esperándola mi padre con un enorme punzón afilado que hundía enteramente, de un certero golpe, en la garganta de la víctima. Algunas terneras hasta se cagaban en el momento de recibir el golpe fatal. Era alucinante.

Inmediatamente, mi padre tiraba del animal ya muerto,

que se desangraba como una cañería rota, valiéndose de unos garfios terroríficos y de unas poleas que arrastraban unas cadenas gigantescas. A los pocos instantes, el cuerpo todavía palpitante de la vaca se balanceaba del techo de la sala con la cabeza estupefacta barriendo las losas del suelo.

Mi padre se cargaba cada día su media docena de vacas. Pero el espectáculo no había hecho más que empezar con la muerte de los bichos. La maestría de mi padre se revelaba por completo en el descuartizamiento. Era un prodigio verle manejar las hachas y los cuchillos. Los vientres se abrían desde las fofas tetas hasta el pecho, derramando montañas de tripas amarillas, toneladas de hígados, carretadas de corazones sangrientos todavía vivos, paletadas de riñones. Resultaba tremendamente inquietante penetrar el misterio de las entrañas mientras el acero iba asestando tajos como caricias. La piel caía enseguida dejando al descubierto un laberinto de músculos humeantes cruzados de nervios blancos. Rodaban las cabezas como pelotas con ojos abiertos que miraban incrédulos. Lenguas jabonosas arrancadas del fondo de las gargantas. Tráqueas como cañones. Costillares inmensos revueltos por la sala aparentando cuevas. Lomos sin mancha. Faldones crepitantes de grasa. Todo formando cerros hasta alcanzar la altura de las ventanas.

Para entonces mi padre parecía un dios terrorífico sumido en la tarea de pulverizar a sus indefensas criaturas. Sudaba y vociferaba sus blasfemias mientras se revolvía entre la carne, mientras pateaba y pisoteaba. Se crecía como un gigante en aquel baño de sangre que lo inundaba desde la cabeza hasta los pies. Estaba espeluznante. Apretaba los dientes y gritaba. Su cuerpo enrojecido se confundía con los pelotones de carne. Separaba articulaciones, descoyuntaba huesos a cabezazos. Hundía su hocico entre las vísceras desparramadas seccionando con los dientes bazos reventados, páncreas chorreantes de gelatina espumosa.

Pero mi padre no era un criminal. Ejecutaba su oficio exhaustivamente, con el orgullo de ser el heredero de una tradición que venía transmitiéndose desde el origen de los tiempos. Soñaba con transmitirla él también en la mejor de

las condiciones. Veía a las futuras generaciones de su sangre enarbolando el exultante cuchillo de la muerte y se sentía feliz.

El día en que maté mi primera ternera fue para mi padre como el cumplimiento de una profecía. Desde el primer momento estableció todo un ritual que parecía tener estudiado desde hacía muchos años. Por primera vez, desde que yo podía recordarlo, se olvidó de su botella de aguardiente y de aquellos rugidos con los que se tiraba de la cama. Como se encontraba enteramente sobrio cuando vino a despertarme y como además lo hizo con tanta suavidad y tanto mimo, yo salí del bosque de los sueños completamente desorientado. Su cara, generalmente idiotizada y casi simiesca, mostraba un aspecto luminoso, como cruzada por los siete colores del arco iris. Creí que había amanecido en otro mundo más dulce y más amable. Pero el terror se apoderó de mí cuando mi padre dijo con una voz que me sonó siniestra:

—Muchacho, ha llegado tu hora.

Lo dijo con tal convicción que por unos instantes me pareció que en su mano brillaba el certero cuchillo con el que se deshacía de las vacas. Pero no era más que un espejismo. Mi padre tenía el corazón como una gaseosa: le burbujeaba y andaba loco por encontrar la ocasión para manifestarlo.

Me tomó con sus poderosos brazos y, meciéndome a lo largo del pasillo, me llevó hasta el patio. Sacó un cubo de agua del pozo, pero, contra su inveterada costumbre, no me arrojó su contenido, sino que me lavó minuciosamente, enjabonando y aclarando mi cuerpo con desconocida delicadeza. Después me secó parsimoniosamente presionando cada uno de mis escuálidos músculos, valorándolos. Parecía un cuidador preparando a su pupilo para el próximo combate.

Aquel día no tropezamos ni una sola vez subiendo el condenado cuestarrón. Tampoco hablamos nada, pero esto era ya lo habitual. No obstante, de cuando en cuando, mi padre me golpeaba en la nuca o dejaba escapar un bufido de ahogo. Yo sabía que con cada golpe que me daba estaba

firmando su testamento.

El sol se levantaba como una viruta por detrás de las ermitas cuando alcanzamos la tapia del matadero. Aquel día no había más que una vaca en el corral, una ternerilla de apenas seis meses, y el silencio era espantoso, se me metía en los huesos como una aguja de nieve. De la tierra del corralón se expandía un olor a excrementos y a sangre reseca que mareaba. ¡Dios! Tenía unas ganas espantosas de vomitar. Pero mi padre no me dejó pensarlo siquiera. Me dio un último mamporro en la espalda y se fue derecho hacia el sucio portalón.

Yo temblaba como un azogado y temblé aún más cuando vi a la vaquilla tumbada inocentemente en un rincón del corral. Es cierto que estaba acostumbrado a ver la muerte. Pero hay que ser muy gallardo y tenerlos muy puestos para hincar sin el menor pestañeo un cuchillo de acero en la garganta de un indefenso animal. Me entraban ganas de salir corriendo y no parar hasta las sierras de Cabra. Sentía que se me soltaba el vientre. Notaba un calor húmedo que me corría piernas abajo hasta los pies.

Pero no podía hacer nada por evitarlo. No sé ni las veces que maldije aquel condenado oficio mientras miraba al atolondrado animal que rumiaba algún puñado de paja sin inmutarse ante la proximidad de su fin. Creo que entonces, por primera vez en los años que llevaba subiendo al matadero, conseguí comprender el valor de una vida.

Pero mi padre no se andaba con remilgos. Es seguro que el facineroso sabía lo que estaba pasando por mi cabeza, aunque dudo mucho que él lo hubiera experimentado alguna vez. Se volvió hacia mí echando fuego por los ojos y me dijo con una voz que sonó como un latigazo:

—¡A un hombre le cuelgan los huevos porque sabe enfrentarse con la muerte!

Inmediatamente desapareció en el cobertizo y yo pude escuchar con toda nitidez y, al mismo tiempo, temblando de pavor, el ajetreo metálico que anunciaba la preparación de los cuchillos.

Yo no sabía qué hacer para levantar a la ternera y

encaminarla hacia el horrible carril del degüello. Lo había visto hacer a mi padre infinidad de veces, pero me encontraba demasiado débil y, sobre todo, demasiado inseguro para realizarlo de la misma manera. Por otra parte, nunca lo había comprendido como lo comprendía entonces, en aquel segundo de infinito temor, siempre me había repugnado aquel comportamiento de mi padre. Siempre me había padecido una salvajada más que una necesidad. Bastante les esperaba a los pobres animales para exasperarlos hasta el paroxismo antes de liquidar la faena. ¡No! Gritaban mis ojos, con un desaliñado tono de desafío, contemplando al indefenso animal. ¡No! Había que tratarlos con mimo, con delicadeza. Había que dulcificar sus últimos momentos. Había que hacerles olvidar el inminente cumplimiento de su destino.

Así es que volví a quedarme inmóvil como un pasmarote en mitad del patio. Era evidente que a mi padre empezaba a agotársele la paciencia. El ajetreo de los hierros había subido de tono hasta un punto insoportable. Se hacía necesario pasar a la acción, o el que iba a tomar la iniciativa de inmediato iba a ser mi padre. Ni Dios con toda su omnipotencia podía salvarme de ser matarife. ¡Si en aquel momento hubiese caído un rayo! Pero el cielo estaba limpio como el seno de un cáliz y el cielo mostraba un avasallante color azul que iba tornándose diamantino y rugiente por momentos.

La ternera debió comprender entonces todo lo que me estaba pasando y pareció dispuesta a echarme una mano. Se levantó de un brinco ágil e inesperado y se acercó hasta mí en un corto trotecillo juguetón y travieso. Se pegó a mi costado y empezó a restregar su cabeza contra mi pecho. Parecía un gato grande y meloso. Un gato amigo que buscaba más mi defensa que su salvación. Yo no pude por menos que responder a sus gestos de amor con mis caricias. Le pasaba la mano por el lomo como por sobre la superficie de un mar inacabable. Me sentía cada vez más tierno y, al mismo tiempo, más canalla. Era verdaderamente horrible. La ternera me sobaba con su lengua de leche y yo me abrazaba a su dorado cuello luchando por contener las lágrimas. Debíamos

formar un cuadro indescriptible. Ahora parecía que el bicho, más que ayudarme a superar aquel maldito trance, me estaba sobornando con sus arrumacos. Pero yo sólo veía a una inocente criatura que, de un momento a otro, debía perecer bajo el golpe de mi mano. Era un suplicio aquello. Una condenación. Lo peor de todo era que a mí ya no me quedaban fuerzas ni para intentar la huida. Creo que en aquellos momentos no deseaba otra cosa que morir abrazado a aquella criaturita, galopar a su grupa por un cielo violáceo persiguiendo eternamente miríadas de cintas de colores que yo iría colgando amorosamente de su testa de plata. Ni cuernos tenía aún la ternerilla.

La escena de aquel inolvidable idilio terminó cuando la mole de mi padre reapareció en el dintel de la puerta del desolladero. Sus dientes rechinaban. Escupió furiosamente contra la tierra del corralón y colocó sus brazos en jarras, en una actitud impecablemente amenazadora. En su mano derecha brillaba oscura el hacha con la que descuartizaba a sus víctimas.

No tuvo que pronunciar ni una sola palabra. Comprendido el valor de una vida, la primera que adquirió importancia para mí fue la mía. Tomé a la ternerilla por el morrillo y la conduje sin esfuerzo hacia el irremediable carril. Yo temblaba como un azogado y me retorcía como una anguila, pero el animal no sospechaba que allí mismo finalizaba una amistad que aún no había comenzado a nacer. Ni siquiera el olor de la sangre reseca lo alteraba. La estúpida ternera se mostraba incluso alegre y retozona. Yo estaba llorando a moco tendido.

Pero me rehíce por completo en cuanto volví a cruzarme con la biliosa mirada de mi padre. Helaba. A mí me serenó como si me hubiera bebido una garrafa de tila. Uno se resiste, pero, por encima de toda resistencia, el destino es inexorable. Escuchaba el laberinto de mis tripas formando nudos que me astillaban el vientre. Escuchaba la marea de mi sangre rugiendo en todos los canales de mi cerebro. Pero mis manos habían dejado de temblar y mis labios se habían transformado en una cicatriz herméticamente cerrada. Hubiera podido detenerse la tierra, hubiera podido hundirse

el sol y caer sobre el patio achicharrándonos como a conejos: ante aquella mirada de mi padre, yo no me hubiese inmutado.

Con paso decidido penetré en la hedionda habitación de despiece y me dirigí a la alacena donde mi padre guardaba sus trebejos. Tomé la cuchilla más afilada y di media vuelta obedeciendo como un autómata la orden que se cernía sobre mi cabeza. La ternera me miraba sonriente, asomando su cuello por encima de la barrera que formaban las tablas. Su belfo aparecía inundado de unas babas jugosas que parecían de crema o de nieve. Volvía a mostrarme su lengua de seda, mugiendo blandamente como una enamorada.

Mi padre gritó entonces:

—¡Adelante!

Y yo no pude volver a dudarlo. Me aproximé a la ternera con prontitud, apunté a su cuello con decisión y cerré los ojos con firmeza. Lo último que vi, como el filo de una espada, fue el reflejo estriado de un rayo de sol que penetrando a través de las hendiduras de las tejas, recalaba en la pupila de la vaca. Mi corazón se detuvo, como el de un muñeco mecánico al que se le acaba la cuerda.

Pero tan pronto como el cuchillo penetró en la blanda carne, venciendo la breve resistencia de la piel, la historia de mi vida cambió: una corriente eléctrica, una especie de latigazo atronador se me alojó en la columna vertebral. Me sentí poseído por una furia destructiva y me dejé caer sobre el cuello de la asquerosa bestia empujando el arma con desesperación. La ternera exhaló un último mugido en el mismo momento en que un chorro victorioso de sangre me golpeaba en la cara con explosiva violencia. Abrí entonces los ojos: del cráter de un volcán se escapaban rubíes incendiados como bengalas multicolores. El cielo se tornaba amarillo y luego azul marino y más tarde naranja. Había nieve en todas las montañas de los alrededores. Una nieve roja y burbujeante que se levantaba en surtidores espumosos, que se mezclaba con las brasas de los rubíes, que se transformaba en palmeras gigantescas con hojas de infinitos arcos iris. A ras de tierra, como pájaros enloquecidos por el incendio, volaban

espadas atronadoras. Enormes tirabuzones de cabellos caoba colgaban de las nubes. ¡Dios! ¡Era magnífico! Ahora sí que se había detenido la tierra, y el sol, y las estrellas: sin orden ni concierto, el firmamento entero se había paralizado. La ternera no terminaba nunca de caer, pero continuaba vomitando por su cuello el chorro incandescente de su sangre que ahora se me colaba por las narices, por la boca, por la pechera de la camisa. Era delirante. La sangre me chorreaba por el vientre y por los muslos, me anegaba los testículos, me bajaba hasta los talones como un río hirviente y burbujeante. El horizonte entero se anegaba de sangre. Había trenes plomizos que se detenían en estaciones inundadas de sangre. Caballos de alas claras que quedaban inmovilizados en el centro de hipódromos rebosantes de sangre. Panes, peces, cirios y laúdes que colgaban de las apacibles ramas de un bosque de árboles sumergidos en sangre. El cielo y la tierra arrasados por la sangre. Las cordilleras y las llanuras, el mar, los valles y los desfiladeros hundidos en una irresistible tempestad de sangre.

¡Era una orgía sin límites! ¡Un éxtasis demoledor! La ternera y yo levitábamos sobre un espacio vacío, a las puertas de la nada. Sentí la erección de mi sexo como un escopetazo mientras paladeaba el viscoso sabor de la sangre. ¡Dios! ¡Aquello no terminaba nunca! ¡Era como la eternidad! Oleadas de sangre cubrían los abismos, y yo caminaba impasible sobre la tremenda marejada. No había lugar para la reflexión ni para el pensamiento, ni siquiera para el amor o para la alegría. Los rubíes volvían a caer desde la altura infinita de las nubes y luego se transformaban en puntas de flechas rojas y llameantes. Rugían los volcanes vomitando montañas de sangre quemante y yo podía asomarme tranquilamente a sus encrespadas bocazas sin el más mínimo temor.

¡Había conseguido la inmortalidad! Era evidente. No tenía que pensarlo ni demostrarlo. Lo sentía. Volaba por encima de las montañas y de los océanos. ¡Estaba volando! No podía ver mis alas, pero veía cambiar el paisaje bajo mis ojos. Veía las grietas de la tierra, el hilo de los ríos, las vaguadas y los

desiertos. Y era un espectáculo cegador. Me detenía inmovilizando mi vuelo un poco por debajo de las estrellas y el horizonte entero se detenía conmigo. Movía mis piernas suavemente, volvía a volar y los bosques recobraban la vida, las ciudades crepitaban de nuevo pasando bajo mis ojos. ¡Dios era yo! Un dios rojo de sangre y de victoria ante el que temblaban las constelaciones en un universo incendiado de punta a punta por la fuerza y el fulgor de la sangre.

Pero todo acabó tan rápido como había comenzado. Escuché un ¡plaf!, sin estruendo y, cuando quise volver la cabeza, la ternera estaba muerta en el fondo del estrecho carril. Todavía temblaban sus patas y el candoroso carmín de su belfo.

No podía comprender lo que acababa de vivir. Me sentía desfallecido y alelado. Creí que había eyaculado pero me encontraba tan empapado de sangre que no podía afirmarlo con seguridad. Me parecía que nunca hasta el instante en que el animal cayó a mis pies había abierto los ojos y que todo había sido una pesadilla alucinante. ¡Pero qué enorme satisfacción de bienestar y de poder! Sentía una avasalladora necesidad de repetirlo. Me devoraba la ansiedad. Nada jamás podría volver a satisfacerme.

Mi padre dijo entonces:

—Bravo, muchacho. Has cumplido con tu deber.

Su voz temblaba de una manera desconocida, como si se le hubiera quemado la garganta. Se colocó a mi lado, me dio un puñetazo en el brazo con el que casi me lo parte y continuó alzando los brazos al cielo en actitud de triunfo:

—Esto hay que celebrarlo. ¡Ahora sí que eres un hombre!

Debía sentirse como un artista ante su obra recién terminada. Acababa de decir: «¡Habla!». Y la esfinge de piedra o de papel había empezado a hablar. Se le veía gozoso y perplejo a un tiempo. Su frente encanallada resplandecía de entusiasmo con un brillo furibundo que me sobrecogía. Pero el arco quebrado de su espalda evidenciaba la certeza de su decrepitud.

A mí me resultaba especialmente conmovedor. Se arrodilló al lado de la ternera como un hechicero barbudo y,

con el cuchillo más delicado, le rebanó un trozo del morrillo del que separó la rubia y brillante piel. A continuación, serio como un sacerdote, depositó la carne sobre la mesa de mármol en la que realizaba los trabajos más exigentes. Salió al corral y encendió una fogata. Sus ojos crepitaban. La negrura de sus mejillas resplandecía. Regresó majestuoso y rutilante y, troceando la carne en dos gruesos filetes, los ensartó en un mohoso alambre, volviendo a la candela cuyas llamas brincaban ya en el centro del patio. Había dignidad en su porte: una especie de desolada gloria que lo cubría como un manto estrellado. A mí, al menos, me apabullaba su actitud reconcentrada. De repente, mi padre se convertía ante mis ojos atónitos en un brujo indefinible y la ceremonia me llenaba de fascinación.

No permitió que la carne se tostara. Tan pronto como la notó caliente la retiró del fuego y se volvió hacia mí que había terminado por seguirlo hipnotizado.

—Come —dijo con una voz que parecía salirle del vientre.

E, inmediatamente, hundió su boca en la carne hasta que la sangre le manchó los labios y la barbilla. Comimos los dos repartiéndonos miradas de complicidad. Por primera vez en mi vida comprendía que mi padre podía ser un camarada además de un maestro o un verdugo. Sus ojillos miopes se cruzaban con los míos y yo asistía reverente al cumplimiento de un ritual cuya cárdena consistencia se levantaba ante mí como una bandera arrolladora. Un río silencioso y manso acababa de unir nuestras riberas con el calor de sus aguas y yo me sentía ahora formando parte de un único e interminable cauce que hundía sus raíces en el corazón más remoto y más inaccesible de la tierra. Aquella carne prácticamente cruda, que devorábamos al unísono, nos ligaba para siempre como un brazo a su hombro. Podía significar un pacto, un compromiso. Pero era sobre todo el eslabón indestructible que aseguraba una continuidad. Ya podían soplar los vientos del norte, ya podía desatarse el huracán y caer, ciego de furia, sobre mi frente blanca, ya podían reaparecer de nuevo los malentendidos: las vacas que seguirían naciendo en veinte kilómetros a la redonda podían

pastar tranquilas: nunca les iba a faltar un matarife.

2

Empecé a comprender a mi padre tan pronto como maté mi segunda ternera. Lo supe como una bofetada, como un hachazo irremediable. No podría explicarlo con palabras. Por si no lo he dicho todavía, lo digo ahora sin la más mínima partícula de orgullo: las palabras no sirven más que para embrollar el verdadero sentido de una historia. Las dulces terneras no hablaban. Pero cómo se manifestaba en sus ojos el pánico, el terror. Cómo temblaban sus belfos amables desde el mismo momento en que avistaban la puerta del corralón. Lo adivinaban todo, lo comprendían todo. Sabían exactamente para qué habían estado engordando durante tantos meses. No hay palabra que exprese la certidumbre de la muerte y el lenguaje, el lenguaje articulado de palabras y frases rimbombantes, no se ha inventado más que para cubrir nuestras miserias con mentiras y mixtificaciones. Mienten las palabras porque se han inventado para mentir.

Mi padre, por ejemplo: es cierto que me había felicitado casi efusivamente. Es cierto que bailoteaba a mi alrededor con una especie de tembleque gozoso ante la transmisión de una herencia que, sin duda, le parecía preciosa. Pero no es menos cierto, y esto jamás llegó a decírmelo con palabras, que me hubiera rebanado el cuello con el mayor placer si con ello hubiera podido evitar la inexorabilidad de la sucesión. Mi victoria significaba su derrota; mi triunfo, su descalificación. Con mi ascenso a las hachas y a los cuchillos su misión había terminado, su obra personal había quedado cumplida. Y esta rabia amarilla y perniciosa que le pulverizaba el estómago se la callaba insidiosamente de la misma manera que se silencia un cáncer o una enfermedad del ano. Me palmeaba la nuca lleno de afecto y emoción, es cierto, pero no es menos cierto que, al mismo tiempo, me hubiera devorado con sus propios dientes con tal de haber podido detener mi crecimiento.

Desde el mismo momento en que terminamos de comer la carne de mi primer sacrificio, mi padre ya no conspiró más que para convertirme en la misma piltrafa que él había llegado a ser. En aquella forma solapada de manifestar su cólera ante un acontecimiento, que, a pesar de las apariencias, se veía impotente para controlar, no existió más que un sentimiento indudable por encima de cualquier galimatías bondadoso: la venganza. Se vengaba del sucesor porque empujaba al sucedido hacia la desintegración. Aunque, para él, como pretendía manifestar con sus palabras, la cuestión se revestía de una lógica aplastante: para ser un buen matarife era necesario ajustarse a unos cánones, a unos principios y a unas reglas de conducta elaborados en el principio de los tiempos y transmitidos parsimoniosa, pero enérgicamente, a lo largo de una historia cargada precisamente de heroísmo. Salirse del cauce reglamentario, por mejores intenciones que se tuvieran, era renegar de la tradición. Y, en cierto modo, denigrar el oficio de la manera más escandalosa. Sus palabras encerraban siempre estos argumentos memorables. Pero eran pura mentira. Le interesaba únicamente que, pasado su turno, la rueda continuara girando con la mayor fluidez. De esta manera, su venganza se cumpliría precisamente ante la realidad de una nueva sucesión: más temprano o más tarde yo habría de encontrarme en el lugar en que él se encontraba ahora y con la inevitabilidad de este designio él inventaba un bálsamo que dulcificaba su amargura lacerante. Sus argumentos no eran más que falacias.

El día de mi bautizo de sangre lo pasamos mi padre y yo en una continua borrachera. Como había renunciado a su botella de aguardiente y ni siquiera la traía consigo, me arrastró hasta una tasca miserable que se encontraba a pocos metros del matadero y, aunque no eran más de las ocho, pidió una botella de vino y dos vasos. Me obligó a brindar por mi sangre fría durante el momento de la ejecución de la vaquilla. Y luego por mi futuro de matarife que aparecía en el horizonte perfectamente consolidado. Nos bebíamos los vasos de un solo trago, como si fuesen de agua. A mí, que apenas

había probado el alcohol en mi vida, aquello me parecía veneno. Un veneno atroz que me destrozaba el estómago y el cerebro. Pero mi padre me obligaba a beber una y otra vez, como si se tratara de un elixir milagroso. Brindamos por su padre que, al parecer y según descubría yo entonces, mataba a las terneras con sólo mirarlas, tal era el pavor que había conseguido llegar a infundirles. Brindamos por mis hijos que un día, todavía lejano pero real, como recalcaba él con el labio inferior caído sobre la barbilla, habrían de continuar la profesión que yo acababa de asumir. Brindamos por el papa de Roma y por la salud del tabernero que me miraba con una sonrisa aviesa en su boca de asno. Creo que incluso llegamos a brindar por cada una de las vacas que habrían de caer bajo mi cuchillo en un porvenir que no podía presentarse más luminoso y consistente. Aquello no terminaba nunca. Continuamente y como por arte de magia se renovaba la botella sobre la mesa de mármol llena de churretones. A mí el vino se me salía ya por las narices mezclado con unos eructos que me traían hasta la boca borbotones de vinagre amargo como la sal.

Por fin, mi padre se cansó de estar sentado y salimos al fuego de la plaza. Debían ser ya cerca de las once de la mañana. Yo veía que el cielo se derrumbaba sobre la tierra y que las montañas galopaban bajo el incendio del sol. Pero me callaba empeñado en la tarea de mantenerme derecho. A cada paso, el suelo se me acercaba a la boca y cada vez estaba más seguro de que iba a terminar reventado contra la sucia tierra de la plaza. Mi padre, en cambio, brincaba delante de mí como una máscara de carnaval. Estaba exultante. Como si en vez de haberse zumbado dos o tres litros de vino acabara de salir de un tonificante baño de algas o de limones salvajes. Me hizo bajar la cuesta al trote gritándome que el viento de la carrera me despejaría la cabeza. Yo veía las rocas saliéndome al paso como gigantes que iban a destrozarme a puñetazos. No sé cómo conseguí llegar hasta el llano sin estrellarme como un fardo. Tenía los pies en carne viva y me sangraban abundantemente las rodillas. Mi padre había bajado cantando «Soldadito

español». Ahora, en el comienzo del llano, cantaba con su vozarrón descascarillado «Dos gardenias» y me abrazaba lleno de ternura como si se me estuviera declarando. Nunca le había visto tan entusiasmado. Sus labios, brillantes de saliva, y su nariz, temblaban de júbilo.

La juerga no había hecho más que empezar. Yo sentía en mi estómago una pelea de gatos que me abrasaba. Pero mi padre se empeñaba en arrastrarme por todas las tascas de la ciudad. Fuimos a Puerta Nueva, bajando por el Marrubial y marchando campo a través frente a las tapias del cementerio. Entramos en casa Chaleco y en el Seis y en Casa Novelle y en Morales. En todas partes bebíamos vino. Unos enormes vasos de vino, agrio como el espanto, que trasegábamos apoyados de codos sobre las tapas hediondas de los mostradores. Las tabernas estaban todavía desiertas, pero mi padre las llenaba con su algarabía y con sus carcajadas incontenibles.

Al pasar por la plaza de la Magdalena yo iba literalmente andando a cuatro patas. Mi padre me metió la cabeza en da fuente tres o cuatro veces mientras me gritaba:

—¡Despabila, muchacho! ¡No te puedes rendir!

¡El hombre que tiene en sus manos la muerte tiene que ser más fuerte que ella!

Y continuaba dándome tan largos chapuzones que pensé que lo que deseaba de verdad era ahogarme. Tragaba el agua como una esponja y boqueaba y tosía retorciéndome cada vez que conseguía sacar la cabeza fuera de la fuente. Mi padre reía a carcajadas, y era tal el espectáculo que debíamos estar ofreciendo que la plaza entera se llenó de gente.

Por fin, mi padre se cansó del jueguecito y, lanzando sobre la nutrida concurrencia una mirada como un escupitajo, me dejó en libertad. La verdad era que no sabía lo que me estaba matando. Me sentía tremendamente desinflado y vacío, roto por dentro, como si las venas me hubiesen estallado y, al mismo tiempo, con unos deseos incontenibles de lanzarme a repartir coces sobre mi padre o sobre el aire como un caballo loco. Hinchaba el pecho atiborrándome de aire los pulmones, pero mi cabeza parecía que iba a salir volando. Intentaba dar un paso sobre los cantos rodados de la

plaza y no encontraba fuerzas ni para levantar del suelo mi pie izquierdo. Las caras inmóviles y sombrías de la gente, que veía entre una nube de polvo y de humo negro, me parecían las de un tosco rebaño en movimiento. Era inimaginable. Como una barquilla en una catarata o algo así. Si hubiera tenido un cuchillo en mis manos me hubiera lanzado sin contemplaciones sobre la bestia en la que se había convertido mi padre. Pero no tenía más que el peso de la borrachera clavado en mitad de los parietales.

Mi padre entonces cayó en un ataque de ira. Sin duda, pensaba que debía justificarse ante una multitud que, al verme tan desamparado, había comenzado a ponerse nerviosa.

—¡Mal hijo! —gritaba—. ¡Estoy harto de tus borracheras! ¡Maldita sea la hora en que te engendré! ¡Acabarás matándome de un disgusto lo mismo que mataste a tu madre!

Y me echaba las manos al cuello como si de verdad se propusiera estrangularme.

Pero lo único que hizo fue meter mi cabeza bajo su brazo y tirar de mí hacia el viejo y cercano barrio de San Lorenzo. En medio de la borrasca, puedo asegurar que lo sentía tembloroso y compungido y que su temblor inexplicable me devolvía mansamente las fuerzas. Al llegar a la calle Escañuela me dijo directamente al oído:

—Condenada gentuza. Teníamos que disimular, ¿no te parece?, —y, enseguida, endureciendo el gesto—: Debo hacer de ti un hombre completo. El cuchillo no puede volver a temblar en tus manos.

Sus ojillos brillaban como dos gemas y en su brillo yo comprendía sin el menor esfuerzo la monstruosidad de sus intenciones.

En la plaza de San Lorenzo yo me sentí algo más firme y volvimos al vino sin más explicaciones. Las mejillas hundidas de mi padre tenían ahora un aspecto siniestro. Me obligaba a beber llenándome el vaso sin cesar y empujándolo hasta los labios si yo me demoraba en hacerlo. Iniciaba historias de su padre y luego callaba bruscamente como si acabara de descubrir que se estaba dirigiendo a un extraño. Era evidente

que, a pesar de su capacidad de aguante, iba estando cada vez más borracho. Pero yo tenía suficiente preocupación con aferrarme al mostrador para no estrellarme.

En Casa Gamboa ya no pude aguantar más. De todos los mostradores que conozco jamás he visto otro que se meciera con tanta violencia como el de aquel tugurio. Se balanceaba como si estuviéramos en alta mar y yo apenas podía sujetarlo. Sentía que los pantalones me ahogaban por la cintura. La borrasca de viento, de salitre y de sargazos iba en aumento a cada segundo. Veía la cara horrible de mi padre alejarse con torpeza hacia el fondo del mostrador y a continuación retornar frenéticamente como un obús con la lengua caída sobre la barbilla. Me parecía que habíamos cambiado los papeles y que el que ahora estaba necesitando un par de bofetadas era precisamente él. Creo que el tabernero nos miraba con desolación. Pero no puedo recordar si continuaba conservando su habitual cara de sapo.

Por fin, una ola verde y devastadora barrió la cubierta del falucho, y yo ya no pude soportarlo: caí al asqueroso suelo de la taberna, estrellándome, como una sandía, contra un sembrado de escupitajos y de colillas.

Mi padre pulverizó su vaso contra la tapa del mostrador. En mi semiinconsciencia le oí farfullar un rosario de maldiciones. Por un momento creí que iba a rematarme a patadas. Pero, enseguida, medio adiviné que se inclinaba a mi lado con una solicitud inexplicable. Bufaba como un novillo y parecía que iba a echar los pulmones por la boca. Me levantó con unos brazos que habían recuperado toda su energía y me zarandeó con violencia para despabilarme. Me sacudió la cara con repetidas bofetadas que sonaban en mis oídos como golpes de gong. Pidió un café solo muy cargado y me obligó a beberlo hundiéndome el vaso, que ardía, hasta la campanilla. Mi estómago se negaba a admitir el correctivo de aquel mejunje y empecé a vomitar como una hormigonera. Vomité todo el vino que había bebido durante la mañana. Vomité la carne medio cruda que había comido como celebración de mi bautizo de sangre. Vomité el miedo, la incertidumbre, la alegría y la ansiedad que me había

producido el degüello de mi primera vaca. Vomité la admiración, el respeto, la repugnancia y el odio que había sentido por mi padre desde que tenía uso de razón. Inundé toda la taberna de vómitos. Unos vómitos negros como la peste y dulces como la desesperación. Bañé a mi padre con aquellos vómitos desde los pies a la cabeza.

Entonces empecé a sentirme mejor. A través de la puerta del tugurio, la torre de la iglesia de San Lorenzo ya no temblaba. Bebí un nuevo café cuyo perfume ahora me devolvía la vida. Empecé a reconocer nuevamente las voces de los parroquianos, su aparatosa entonación, la nariz agreste y verdosa del tabernero. Estuve dispuesto a admitir en mi padre una cualidad de verdugo indefenso con la que pretendía moldear mi vida a trompicones. Su desmesurado afán de venganza y su envidia ante mi juventud habían pasado a un segundo plano.

Fuimos a comer a un figón de los Portales. Mi padre correteaba por entre los arcos dando brinquitos de gorrión. Se sentía rumboso y parecía dispuesto a perdonarme la vida. El menú estuvo compuesto de un potaje de judías con chorizo, que humeaban en el plato gritando comedme, y un montón de boquerones fritos con los ojos saltones. De postre nos zampamos medio melón y yo tomé un nuevo café, agrio, que me bajaba por la tráquea como una locomotora. Después, mi padre sacó, no sé de dónde, un par de purazos enormes y me obligó a fumar mientras nos bebíamos tres copitas como dedales de coñac de garrafón. Mi padre fumaba saboreando cada bocanada de humo. Por mi parte parecía que tenía entre los dedos una banderilla descolorida.

Pero se estaba a gusto en aquel fonducho. Con el estómago lleno se me habían disipado todos los vapores del alcohol. El espectáculo era además memorable. El comedor borboteaba de forasteros verdaderamente miserables. Un enjambre de labriegos, gitanos y mujeres coloradas que se desgañitaban engullendo el potaje a paletadas. Gritaban y escupían restos de comida que iban a estrellarse contra los ojos y las mejillas de los que tenían en frente. Gruñían sorbiendo el caldo como si se tratara de la primera comida

formal que hacían en lo que iba de año. Regurgitaban y eructaban. O se caían encima del plato borrachos perdidos. Algunas mujeronas se partían de risa por el más mínimo motivo y debían sujetarse las tetas con ambas manos para no derribar las botellas de vino que había encima de las mesas. Parecían hipopótamos. Toda la fonda tenía un ambiente chillón y sofocante. Como un banquete de gorilas.

A mí ya no me inquietaban las emociones fuertes. Al contrario, sin poder explicar cómo ni por qué, habían empezado a seducirme. Los vómitos de Casa Gamboa me habían dejado limpio por completo. Como si me hubieran sometido a un baño electrolítico. Había expulsado con ellos de mi cuerpo hasta la última partícula de temor. Bebía el coñac a pausados sorbitos pero sabía que nunca más volvería a emborracharme, que no volvería jamás a caer bajo la férula extravagante de mi padre. Veía el ajetreo de la gente rebuscando gangas en el zoco de la plaza y empezaba a descubrirme, sin vacilaciones ni resquemores, pieza integrante de un sistema fabuloso capaz de aceptar con entera normalidad la presencia de un matarife entre sus filas. Más aún: necesitado de un matarife como de un zapatero, de un ebanista o de un arquitecto con sus manos pulidas volcadas sobre los planos de un nuevo edificio.

Cuando salimos de la fonda, mi padre arrastraba una pítima sollozante que manifestaba agarrándose casi sin fuerzas de mi brazo, reposando su cabeza en mi hombro y dejando escapar de su boca una especie de gorgoteo, como un grifo mal cerrado. Estaba pesadísimo. Se empeñaba en que iniciáramos de nuevo el recorrido por los mostradores. Quería meterme a toda costa en el Gallo y luego llevarme a la taberna de Salinas y a Casa de Paco Acedo. Yo me negaba imperturbable, y él tan pronto se mostraba autoritario como dulzón y zalamero. Sacaba a relucir, sin venir a cuento, la memoria de mi madre y lo mucho que él la había amado antes de que reventase en mi parto. Pretendía que lo consolara, que le acompañara en lo que él llamaba el tormento de su soledad. Lloraba como un cordero tirando de mi brazo. Me mostraba su pecho sembrado de vello gris y me

gritaba que el corazón le iba a estallar allí dentro si no bebía de inmediato un vasito de vino. Se asfixiaba. Era demoledor ver cómo se retorcía implorante ante mi barbilla indiferente. Resultaba incluso bochornoso. Era impropio de su catadura y de su largo historial que yo conocía a la perfección.

Pero yo ya no le escuchaba. El mismo, sin la menor disposición por mi parte, me había cedido por la mañana su puesto en el matadero y las herramientas del oficio. El mismo me había iniciado en los entresijos del rito y me había transmitido la capa de hechicero con la que debía realizar mis sacrificios. En adelante yo era el único con capacidad para llevar a cabo la muerte de las terneras. No sólo al margen de mi voluntad, sino, bien mirado, en contra de ella, nuestros destinos habían terminado por separarse definitivamente. El suyo cumpliéndose sin remedio. El mío comenzando a sacar al aire sus primeros tallos todavía adormecidos. Yo no podía hacer nada para suavizar su derrota. Menos aún aceptar sus exigencias de compañía. El sólo quería pervertirme, arrastrarme a su propia cloaca. Yo no podía permitirlo. El acero había quedado templado para siempre y ya no había posibilidad de vuelta atrás. Estaba claro. El depósito de la tradición había pasado a mis manos, y ahora era yo el único que podía defenderlo. Mi padre no podía tener ya ningún derecho sobre mí. Ninguno. Tendría que comprenderlo o reventar. A él le bastaba ya con esperar el desenlace definitivo. Yo no podía participar de ninguna manera en su desmoronamiento y mucho menos convertirme en un aliado de su recién estrenada espera. Sería desastroso. Un verdadero suicidio anticipado.

Así es que lo dejé con su lagrimeo y sus lamentos y me escapé Corredera arriba como una liebre. El tráfico de gente, a la que no hacía tanto tiempo contemplaba fascinado desde mi mesa de la fonda, había desaparecido como por encanto. Hasta los tenderetes se habían esfumado, las montañas de tela, los puestos de flores. Parecía un acto de magia. Pero yo no tenía tiempo para pensar en desapariciones. Por fin, a lo largo de la mañana y acaso de mi vida me sentía libre como un águila que recorre los cielos a su entero capricho.

Ensanchaba mi pecho y el aire penetraba con soltura hasta lo más hondo de mis pulmones hambrientos. No me quedaba ni un rasguño del malestar de la mañana. Ni el más leve síntoma de resaca. Por el contrario, la vida comenzaba para mí en aquel luminoso instante en que por primera vez me veía completamente solo y con una misión que cumplir sin el menor desfallecimiento. Recuperaba las atronadoras imágenes de mi primer sacrificio y me parecía extraordinario que, a partir de entonces, pudiera revivirlas cada amanecer. Era como si dispusiera de una bomba de relojería. Ponía uno en marcha el mecanismo y podía saber el momento exacto en el que una catedral volaría por los aires como un puñado de plumas. Me sentía como un actor que se sabe de memoria el texto de sus personajes: nada podía fallar en el momento preciso de la representación.

Estuve dando vueltas por la ciudad hasta la caída de la tarde. Pero no volví a entrar en ninguna taberna. Me conmovía muy especialmente la tibieza de las calles, el resplandor de las fachadas blancas. Nunca hasta entonces me había sentido tan poroso para todo cuanto sucedía a mi alrededor. Me detenía en una plaza silenciosa y recoleta y escuchaba alborozado el latir del tiempo en el agua de una fuente. Veía las viejas estatuas izadas en los parques y un cosquilleo de entusiasmo me sacudía de arriba a abajo: aquellos hombres estaban allí ahora, convertidos en piedra, sencillamente porque habían sabido destacar en su profesión. Se habían ganado a pulso la admiración del mundo. Habían guerreado en tremendas batallas o habían olfateado el porvenir hurgando en las páginas amarillas de olvidados libracos. Se habían esforzado hasta el degüello. No habían hecho otra cosa en la vida que librar su propio combate contra el mundo. Todo estaba perfectamente en orden. Bastaba cumplir, aceptar el envite. Así de fácil. Así de elemental. Como sacrificar una ternera y que después el fuego, las estrellas o el mar te recogieran fieramente en sus brazos. En nada tenía yo que envidiar al caballero de capa y espada que se erguía implacable en su caballo de bronce. La sociedad necesitaba una ordenación precisa y cada pieza

adquiría su valor completo en la totalidad de aquel magma semejante en todo a un rompecabezas en ebullición. Objetivamente, desde el amanecer de aquel día, yo acababa de entrar en la historia. Sin exageración.

Cuando regresé a mi casa la alegría me desbordaba. Estaba oscureciendo y el cielo tenía un color cárdeno, presagio de un verano que no había hecho más que comenzar. Mi padre no había vuelto todavía. Así es que me desnudé con parsimonia, reconociendo mis músculos y me metí en la cama sin cenar. Dentro de pocas horas volvería a encontrarme de nuevo frente a una bovina de lacrimosos ojos y otra vez se produciría el prodigio. ¿Qué podía importarme si mi padre no regresaba jamás? Yo tenía ya una esperanza con la que vivir, un faro, una emoción, una tarea y una meta. Me saltaba el corazón en alocadas cabriolas y la habitación me parecía un trasatlántico. Tenía sobre mis rodillas el cuaderno de bitácora y, por toda anotación, yo dibujaba un belfo espumoso y unos cuernos romos y graciosos que enfilaban como una bandera hacia el amanecer. A lo lejos se iba difuminando la silueta mansa de la tierra como un cuadro cuya pintura se diluyera en chorreones. Con un leve esfuerzo podía divisar todavía una vasta extensión de verdes prados henchidos de jugoso pasto. Pero, enseguida, no era más que una raya oscura, y en cierto modo amenazante, que poco a poco se confundía con el azul amarillento del mar. Era asombroso. De las aguas se levantaban entonces brumas aceitosas que adquirían la forma algodonada de unas ubres colosales. Imponía pavor el color gris-arena de los pezones y la velocidad con que se inflaban y se desinflaban. Yo no quería cerrar los ojos y hacía enormes esfuerzos para mantenerme despierto. La noche no acababa de caer y el trasatlántico entraba ahora en una zona de transparente calma chicha. El mar parecía una llanura de miel, una vasta llanura de miel y de caramelo. Se había tornado pardo y en sus leves ondulaciones simulaba la piel de una becerra. Una gigantesca piel que me envolvía con su prieto calor oloroso. De repente, desaparecieron las brumas y fue como si la noche entera me entrara por los ojos. Intenté divisar la silueta

rechoncha de la luna. Pero llegó la oscuridad definitivamente y a mi alrededor todo se tornó negro y silencioso como un sueño, lo mismo que un sueño largo y reposado del que ya no se ha de despertar más.

3

Pero me desperté. Con la puntualidad de un reloj de sol. Estaba en mi cama, y mi padre no había venido a despertarme. Ni siquiera sabía si había regresado durante la noche. Mas, al posar los pies en el suelo, descubrí una botella de aguardiente idéntica a la que se zumbaba cada mañana. Aún sin descorchar, se encontraba encima de la mesita de noche y era evidente que había sido colocada allí por él mismo, con sus pútridas manos llenas todavía de sangre y suciedad.

De manera que había vuelto. Y no sólo eso, sino que, decididamente, me consideraba ya como a un hombre. O, lo que era lo mismo, no había desistido de sus maquinaciones a pesar de mi abandono de la tarde anterior. Pero yo no estaba dispuesto a dejarme engatusar bobaliconamente por aquellas artimañas. Así es que rechacé el licor y salí directamente al patio. Me lavé concienzudamente saboreando la frialdad del agua. Era todavía noche cerrada y el cielo resplandecía de alveolos brillantes. Me sentía eufórico y ágil. Pasé a la cocina. Bebí un sorbo de café negro. Me asomé a la habitación de mi padre que dormía entre el crepitar de sus ronquidos. Tomé una vara de bambú y salí sin vacilar hacia el matadero.

La aridez y la dureza del camino, que por primera vez recorría completamente solo, me incitaban, más que a cualquier otra cosa, a la responsabilidad. Yo caminaba tembloroso, subiendo el cuestarrón a toda prisa, anhelando recuperar otra vez el aluvión de emociones de la mañana anterior. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de pensar en mi nueva situación y me parecía que nada había ahora tan importante en la vida como ejercer con la mayor pulcritud aquel oficio que me había caído en suerte. Aunque nunca alcanzase otro beneficio que el de la satisfacción del deber escrupulosamente cumplido. La orgía sin límites, el desenfrenado placer de hincar un cuchillo en el cuello de una

ternera eran sin más discusiones premios inenarrables. Pero, en todo caso, algo que, embebido en el esfuerzo de la marcha, yo estaba dispuesto a colocar en un segundo plano entre las posibles recompensas que pudiera otorgarme mi oficio. Puedo afirmar sin temor a equivocarme, ahora que ya nada me va ni me viene, que, en aquellos momentos, me sentía con fuerzas para ser, por encima de cualquier otra consideración, el primer matarife que mataba en virtud de un compromiso que sólo había establecido conmigo mismo.

Y, sin embargo, a medida que me aproximaba al corralón, a medida que hasta mi nariz comenzaba a llegar el perentorio olor de los animales, el nerviosismo se apoderaba de mí obligándome, más que a caminar, a correr a toda velocidad.

Ya amanecía cuando alcancé las puertas del corralón. Recostadas en el polvo había media docena de terneras que ni siquiera se inmutaron ante mi presencia. Dormitaban confiadamente como si no fuera elementalmente cierto que estaban condenadas a muerte. Me detuve bajo el dintel de la entrada contemplando sus esponjosos cuellos. Parecían de terciopelo. Yo estaba temblando, pero era por la proximidad y la certeza del placer que sabía ya inmediato. En mi corazón no había ni el más mínimo indicio de duda. Las vaquillas tenían el mismo aire de indefensión que la del día anterior, pero yo conocía ahora el camino de la gloria y estaba deseando empezar mi tarea.

No obstante, una idea clamorosa se abría paso en mi cerebro con la velocidad de la luz: entre mis nuevas obligaciones debería encontrarse necesariamente la de dulcificar los últimos momentos de mis víctimas. Mi comportamiento del primer día no había sido únicamente producto del miedo o de la cobardía. Ni mucho menos. Había algo más que yo no había sabido descubrir en su momento, pero que, ahora, de pie sobre el escalón de granito, se abría ante mí como un ojo acuciante, como una inmensa bóveda henchida de sol y de campanas. Se trataba de la ternura. La ternura, o más bien la compasión, que rebosaba en mi corazón lo mismo que una leche que acabara de romper a hervir. Era cierto: tendría que matar porque no había otra

solución posible. Pero ¿por qué no hacerlo con amor? ¿Por qué no convertir el acto inexorablemente rígido de la muerte en un incendiario acto de amor? De amor no sólo para mí, del que únicamente yo saliera beneficiado, sino también y sobre todo para aquellas dulcísimas terneras a las que de todas formas nunca podría compensar del todo. Bien había comprobado yo que no era en absoluto necesario odiar para matar. ¿Acaso no había sido una descarga de amor aquella primera muerte que había propiciado con mis manos todavía inexpertas? ¿Y la ternera en su agonía no me había regalado, sin la menor exigencia de contrapartida, el placer más extenuante y más desaforado? ¿Y no había disfrutado ella, a pesar de ser un animal, con mis caricias preparatorias?, ¿podía dudar yo ahora razonablemente de que, si yo hubiera sido lo suficientemente hábil, ella hubiera gozado igualmente hasta el momento mismo de su imparable disolución? Con qué facilidad lo veía todo entonces, tieso como una estaca en la misma puerta del corralón. Entonces. Mi padre había estado equivocado durante toda su vida y había querido equivocarme a mí también: matar es más que nada un acto de amor.

Acuciado por estos pensamientos imparables salí casi a la carrera hacia el desolladero, preparé los trebejos con la mayor celeridad y volví al patio dirigiéndome sin titubeos a la ternera que me cogía más próxima. Era cárdena y tenía un morrillo empinado como una montañita. Me agaché a su lado y empecé a acariciarla con mimo. La obligué a levantarse abrazándome a su cuello y tirando blandamente de sus cuernos recién nacidos. Cuando estuvo de pie le pasé mis manos por su panza mientras susurraba en sus orejas de plata dulces palabras estimulantes, frases de ánimo y de cariño. Creo que sin proponérmelo de una manera consciente estaba agradeciéndole de antemano el placer que dentro de unos momentos iba a proporcionarme. Y esto a pesar de mis propósitos de hacía sólo unos minutos. La vaquilla mugía con mansedumbre. Su nariz temblaba exhalando un vaho pegajoso y su rabo se mecía a un lado y a otro enredándose entre mis piernas. Sin dejar de acariciarla un solo instante la

introduje en el carril fatídico y cerré la tranquera como en un descuido. La vaca me miraba casi sonriendo y ella sola continuó caminando una vez que hube desaparecido de nuevo en el interior del lóbrego cobertizo de despiece.

Velozmente agarré entonces el afilado cuchillo y me aposté junto a la portezuela por donde el animal debía asomar la cabeza en contados momentos. Estaba enajenado. Yo, enajenado, pero firme. Qué sencillo era todo. Sentía que en un abrir y cerrar de ojos iban a brotarme de nuevo las alas. Las décimas de segundo se transformaban en siglos de interminable espera. Era increíble. Ahora que sabía lo que se avecinaba me parecía que todo el placer del mundo podía concentrarse y recogerse en el cuenco de aquella jubilosa expectación. Ansiaba que la ternera terminara cuanto antes su recorrido, pero, al mismo tiempo, me desgañitaba frenándola mentalmente para que aquella espera no terminara jamás.

Al fin, la bovina asomó su enorme cabezota ofreciendo ante mis desaforados ojos la turgencia de su garganta. Estaba deliciosa. Casi como una muñeca, como si fuera de trapo. Volví a actuar exactamente como lo había hecho el día anterior: cerré de nuevo los ojos con la misma firmeza, aunque en esta ocasión para concentrar todas mis energías en el torbellino de la inmediata orgía. Disparé mi mano, armada con el mismo cuchillo, con idéntica certeza, con el mismo fervor y el mismo ímpetu. Sentí en mi cara y en mi estómago y en mi vientre el mismo chorro quemante de la sangre. Escuché el ¡plaf!, que certificaba la muerte… Y nada más. Ni los ríos se desbordaron, ni las tumbas se abrieron, ni la tierra se detuvo un solo instante, ni una sola campana interrumpió el silencio y la terrible soledad del desolladero. Nada. ¡Nada!

Primero me acometió la sorpresa. Luego el estupor. Enseguida un sudor helado que me bajaba desde la frente y me corría por las mejillas como una ventisquera. La ternera estaba muerta ante mí, y yo no había sentido nada. ¡Nada!

Vi que un cráter se abría bajo mis pies. Me acometió con la potencia de un tanque el irresistible hervor de maldecir y de pisotear a aquella bestia repugnante que todavía tenía los

ojos abiertos. A borbotones me subían las blasfemias pecho arriba. La ira me atravesaba las costillas, me zarandeaba sin compasión estrellándome violentamente contra las paredes del desolladero. Estaba atónito y rabioso al mismo tiempo. Debía tratarse de un error. Un error inmenso, por lo menos como aquellas sierras que me rodeaban, como un océano, para ser exactos. Alguien me había mentido hasta la saciedad, hasta las heces. Pero no podía pensarlo. Mi mente en aquellos momentos era un cataclismo. Un incendio voraz y destructivo. Una desolación.

A punto estuve de emprenderla a puntapiés con el animal muerto. Y luego de salir como un huracán y terminar con la vida de los otros cinco a bocados, a machetazos, a tiros de fusil. Pero me contuve. No puedo explicar por qué. No me es posible. De veras. Apenas puedo reconstruir los detalles. Al menos hasta aquel preciso momento. Unos segundos más tarde mis espantados ojos tropezaron con el cuchillo que aún temblaba en mis manos. De repente, en su hoja manchada de sangre, apareció la cara sucia de mi padre sonriendo estrafalariamente, invitándome con un guiño siniestro a dar rienda suelta a mis peores instintos.

Sólo entonces comprendí toda la historia. Las compuertas de mi entendimiento se abrieron y no quedó en mi alma ni un átomo de duda: mi padre se enfurecía con las terneras y se comportaba con ellas como un salvaje porque, en cada puñalada con la que culminaba el sacrificio, se le esfumaba la orgía que, como yo, había experimentado la primera vez. Como un sonámbulo desesperado la buscaba de nuevo en cada muerte y, tras cada garganta atravesada de un solo tajo, no encontraba más que el frío de un abismo sin luz y la soledad de un vacío helado que se le enroscaba en la tráquea como un nudo de cáñamo. No era otra cosa que la desaforada búsqueda de aquel primer desenfreno lo que le desequilibraba, lo que le empujaba al alcohol y a la fiereza. No hubiera sido capaz de continuar matando si no hubiera sido por la botella de aguardiente que se endilgaba cada mañana y por la ira con la que trataba a las becerras antes de degollarlas. Se volvía loco, y era esta locura la que le sostenía

en su oficio.

Estaba claro. La luz me había alcanzado con la violencia de un rayo que todo lo desgarra a su paso. Bien, me dije cuando lenta y reposadamente volví a recuperar la cordura: he aquí donde termina el juego y donde comienza la heroicidad. Yo había asumido una función, un lugar en el mundo y ahora ya no podía volverme atrás. Ahora era ya demasiado tarde. Había vislumbrado la belleza de un oficio ejecutado con la más noble precisión y no podía estar dispuesto a estas alturas a renunciar a él. Por encima de mi propio capricho o de mi propia desilusión se encontraba el compromiso tácito que había establecido conmigo mismo aquella misma mañana camino del matadero. Ahora, más claramente que en la subida de la cuesta, tenía ante mí la grandeza de cumplir una misión para la que, desdichada o gozosamente, estaba destinado desde mil años antes de mi nacimiento.

Cierto que en la muerte no había más orgía que el sobresalto provocado sin duda por la inexperiencia. Cierto que nunca más volvería a remontar el vuelo, que nunca más se me abrirían las carnes, que jamás volvería a alcanzar las cimas del éxtasis o de la locura. Cierto que no llegaba a aquel convencimiento sin un tremendo dolor y sin una no menor decepción. Pero no debía importarme. En lo sucesivo tendría que bastarme el sólido placer de matar por obligación, la vasta serenidad de entregarme en cuerpo y alma a un oficio que ponía en mis manos tan sencillamente la vida de unos animales mansos como la pena. No encontraría otra satisfacción que la derivada de abastecer de carne los mercados de la ciudad. De acuerdo. Sería a través de una ejecutoria marcada por el sacrificio y la austeridad como tendría que ganarme el reconocimiento y la admiración de mis conciudadanos. No importaba. Nada repulsivo habría en mi oficio si yo aprendía a realizarlo con el mayor esmero, con la más exquisita pulcritud. Podía ser apasionante incluso. Poco debía interesarme el placer de un instante cuando lo verdaderamente demoledor del asunto se encontraba precisamente en la constancia con la que, a lo largo de toda

una vida, estuviese dispuesto a cumplir con mi misión.

Sería apoteósico. Ahora lo comprobaba anticipadamente. Iría entrando en la gloria de los matarifes porque, a partir de aquel inesperado momento, yo ya no buscaría otro gozo que el de proporcionar la muerte a mis terneras con la más resplandeciente limpieza, con la dulzura más conmovedora. Mataría sin más acicate que el de la propia muerte, sin otra compensación que la de la eficacia con la que alcanzara mi objetivo. Mi vida no tendría en adelante el menor sentido fuera de aquella actividad que ya estaba empezando a impregnarme de orgullo.

El cuchillo continuaba temblando en mi mano, pero yo ya no veía la cara de mi padre. Había desaparecido. Por el contrario, ante mí se abrían las puertas de un futuro sereno en cuyo horizonte yo podía contemplar, sin más alteraciones, la corona de laurel con la que manos amigas venían a coronarme la frente. Nada me empujaría a matar más que la pura necesidad de liquidar a unas bestias nacidas inevitablemente para el sacrificio. Así sería como yo entraría en la historia de los grandes héroes de la ciudad. No serían precisos ninguna justificación ni ningún narcótico. Ninguna coartada. Jamás volvería a buscar la huida de la tierra, por placentera que esta fuera. Afirmaría mis pies en el suelo y me convertiría en el mejor matarife que hubiera existido nunca. El planteamiento no podía ser más sencillo: asumir mi destino con la mayor humildad, acatar la orden de mis antepasados con serena rectitud. He aquí una tarea que podía transformar a un muchacho de apenas veinte años en un héroe legendario.

Suavemente, como si en el desolladero se hubiera levantado una brisa que acariciaba mi cabeza, recuperé la calma y, lo que era mejor, el dominio de mí mismo. Dispuse los garfios, las cadenas y, con tajos seguros y certeros, descuarticé la ternera cuyos músculos rojos exhalaban un vapor caliente y oleaginoso. Las piezas de carne iban quedando apiladas con esmero en el fondo de la habitación. Muy pronto llegarían los carniceros en sus carricoches de madera. Encontrarían el matadero limpio y ordenado. Como

jamás lo habían conocido.

En lo sucesivo todas las leyes iban a ser cambiadas hasta la misma raíz. Se habían terminado los matarifes sanguinarios. Lo importante era la muerte, la carne troceada con la que debía alimentarse la ciudad. En eso estábamos de acuerdo. Pero ¿qué sentido tenía maltratar a los animales antes de degollarlos? ¿Acaso aquella furia que dominaba a mi padre podía suplir los efectos de una orgía inalcanzable? No. Hasta la sangre debía coagularse en las venas de las pobres vacas una hora antes de alcanzar la muerte. Seguro que su carne, sometida al tormento y al terror, debía volverse incomestible, debía endurecerse como uno de aquellos bloques de hormigón que orillaban el camino de subida al matadero.

Había que invertir los métodos. Era evidente. Se hacía preciso tratar a las terneras con mimo, con cariño. Había que dulcificar a toda costa sus últimos instantes. Era necesario amarlas, porque sólo amándolas conseguiría que el producto que salía diariamente de mi matadero fuera el mejor de la ciudad. Y, sobre todo, porque sólo amándolas podría tener su muerte verdadera justificación: Conseguir una alimentación de primera calidad para mis conciudadanos. Únicamente la necesidad de mantener esta ordenación civilizada, establecida desde el origen más remoto de los tiempos, conducía a las terneras al matadero. Esto era lo que había que dejar claro de una vez. Y asumirlo. ¿Qué mejor ofrecimiento que el amor del propio matarife podía hacerse a quien, como una ola, estaba condenado a morir violentamente? ¿No era ésta la única forma de mostrar mi agradecimiento a un animal que muriendo me permitía a mí continuar con vida? Entregando mi amor a las vaquillas su muerte sería dulce, pacífica, casi angelical. Una muerte que ni ellas mismas se hubieran atrevido a soñar. Una forma de matar y de morir que no haría más que redundar además en beneficio de mi propio negocio.

Así es que mi segunda experiencia con la sangre, más que sumergirme en el error en el que había naufragado mi padre, no hizo sino sacar a la luz de manera explícita y contundente

la razón, el argumento de mis más lejanas preocupaciones. Nada había tenido que ver el miedo o la impotencia en aquella dolorosa repugnancia que me provocaba la forma de trabajar de mi padre. Me daban auténtico asco las patadas con las que castigaba a sus víctimas, porque una fuerza, que entonces me resultaba todavía desconocida, se rebelaba en lo más profundo de mí haciéndome presagiar su terrible equivocación. Aquel mal trato no era otra cosa que un subterfugio, una engañifa con la que mi padre intentaba ocultar su monumental fracaso, su inmenso y terrorífico naufragio del que no había conseguido salir a flote. Ya no era posible mantener por más tiempo el disimulo por más lleno de piedad que hubiera podido estar en los primeros tiempos.

Poco a poco fui aprendiendo a amar a las terneras. En un principio mis atrevimientos se limitaban a cuatro caricias bobaliconas que repetía sin tino y sin otro resultado que el de asegurarme la confianza mansurrona de las vacas. Pero con el tiempo me convertí en un verdadero experto. Pude comprobar que hay una forma de amor entre el verdugo y su víctima que los aproxima inconfundiblemente a la eternidad. Me producía una alegría inenarrable ver a las vaquillas absolutamente entregadas y exhaustas antes de que el cuchillo terminara perentoriamente con sus vidas. Resultaba deliciosamente embriagador.

Como mi padre había terminado por sumergirse completamente en el alcohol y sus alucinaciones y había abandonado totalmente el matadero, pude abismarme en mis experimentos con entera libertad. Aprendí a conocer el carácter dócil de las vacas y a distinguirlas, no sólo por el aspecto de su pelaje, sino por la mirada simplona de sus ojos enormes o por el mugido gozoso con el que aceptaban mis caricias. Las había que venían trotando hacia mí tan pronto como me veían aparecer bajo el dintel del portalón. Debían, por el olfato o por un sentido extraordinario que nunca llegué a conocer del todo, comprender mi pacífica actitud. Otras, en cambio, se retraían y se agazapaban refugiándose junto a la tapia del corral, debajo de alguno de los cipreses y era preciso que yo sacara a relucir mis más seductoras artes para

que sus belfos gelatinosos dejaran de temblar.

Hasta tal punto llegó a cobrar importancia para mí la preparación del sacrificio que el acto mismo de la muerte terminó por adquirir un carácter secundario y casi ramplón. Se trataba de una culminación pasajera. Y, como toda culminación, a la que por su mismo concepto le es imposible convertirse en un estado definitivo, siempre me producía una amarga sensación de vacío y de oscuridad. En aquel apabullante momento en el que el cuchillo atravesaba la garganta de la vaca yo rozaba la plenitud, pero su esencia más íntima se me escapaba de las manos como una anguila escurridiza. A pesar de mi voluntad de eficacia, siempre me sentía inerme y desamparado ante aquella ascensión vertical que finalizaba de improviso sin haber alcanzado otro objetivo que el de estrellar a la ternera agonizante en el suelo. Peor aún: conseguía ver una luz grandiosa, sublime, la acariciaba con la punta de mis dedos, se detenía un momento en la cúspide de mis pestañas. Pero el estallido luminoso se apagaba de repente en el instante en el que la vaca se aplastaba sin vida contra el suelo, como si un ala impalpable y grotesca me la arrebatara despiadadamente de los ojos. Era desolador. Hasta tal punto que, si, tras el reconfortante proceso de preparación, continué matando a las terneras, fue porque era mi deber. Pero ocasiones hubo en las que estuve a punto de maldecir mi destino. Entonces me tentaba la idea de enterrar los cuchillos para siempre y pasar el resto de mis días rodeado de las bovinas en un interminable juego de caricias y de besos. Verdaderamente hubiera podido vivir toda la eternidad con la punta del cuchillo rozando el apetitoso cuello de una ternera, porque aquello era, mucho más que una promesa, el escalón de la gloria. Pero tan pronto como la hoja de aquél se clavaba sin resuello en la nervuda carne y la vaquilla caía fulminada, todo había terminado. Yo procuraba que este desenlace inevitable fuese lo más rápido posible.

Sin embargo, mis emociones crecían a medida que mis caricias y mis mimos iban tornándose más y más refinados. Como jamás me había encontrado con anterioridad en

semejante situación, todo era en mí intuitivo y primario. Y, no obstante, endiabladamente fácil. Como aficionarse al juego o al alcohol. Yo me veía forzado a desbrozar un camino. Pero éste estaba trazado desde un tiempo inexplicable y no representaba para mí la menor complicación rastrear su huella y avanzar bajo sus bóvedas en busca del triunfo.

Llegaba y, en la misma boca del portalón, me detenía a contemplar la media docena de vacas que esperaban pacientemente su hora. Me esforcé desde el principio en separarlas mentalmente, en calibrar su actitud, en profundizar en sus miradas de agua. Elegía desde aquellos metros de distancia cuál había de ser la primera víctima de la mañana. Procuraba que fuera la más dócil, tratando de adivinarlo sin aproximarme a ella. En ocasiones dedicaba a esta tarea previa su buena media hora. Era fascinante. Cada ternera resultaba ser completamente diferente de las demás. Aprendí a distinguir el color de sus ojos, la curva ablandada de sus ijares, los huesos que señalaban su columna vertebral asomando apenas por debajo de la piel, la grieta que dividía sus pezuñas y el tono sonrosado y suavísimo de sus ubres. Me convertí en un experto. Hubiera reconocido a una de aquellas vacas aunque, de haberlas dejado con vida, no me las hubiera vuelto a encontrar hasta después de cien años.

Tan pronto como había hecho mi primera elección preparaba velozmente los cuchillos y me dirigía a la ternera con paso cauteloso. Me abrazaba a su cuello y le hablaba a la oreja con palabras repletas de cariño. Pasaba y repasaba los dedos por su testuz de menta, deslizándolos hasta el belfo cuajado de espumas. Dirigía mis manos hacia su vientre masajeándolo como si se tratara de un enorme globo algodonoso y mullido. Me colocaba entre sus patas golpeando sus jarretes con mis nudillos. Besaba sus ubres hinchadas restregando mi lengua una y otra vez contra su piel porosa, succionando sus apretados pezones. La ternera se dejaba hacer mugiendo con paciencia. A veces parecía sonreír. Yo me daba cuenta del placer que le provocaba por la cantidad de babas que escapaban de su boca.

En aquel momento yo ya no necesitaba tirar de ella para que se dirigiese sin vacilaciones hacia el carril fatídico. Bastaba que me colocase en su embocadura y chasqueara mis dedos indicándole el camino. Me seguía como un perrillo faldero. Entraba con toda docilidad en el enlodado callejón, y yo no tenía más que salir disparado para atravesarla con mi cuchillo. Caía como una pelota de plomo. No le quedaba tiempo para sentir angustia.

Lo mejor de todo era que a mí me gustaba acariciar a las vacas. Es decir, descubría que no actuaba sólo por altruismo hacia mis víctimas o por facilitarme la labor, sino que todo aquel cloqueo de palabras amorosas, de besos y de abrazos me producían un abrumador deleite directamente relacionado con la propia acción de acariciar. Yo gozaba acariciando aquellos cuerpos robustos al margen de que las terneras experimentasen o no contento alguno. Sentía una alegría burbujeante que se me clavaba en la nuca como un largo beso y una especie de pasmo que me recorría la columna vertebral lo mismo que un largo y cálido gusano que no alcanzaba nunca su madriguera.

Fue, pues, de lo más natural que yo terminara por desnudarme para dar rienda suelta a mis sentimientos. Lo hice por primera vez un día en que el sol había amanecido especialmente brillante. No había ni una sola nube en el cielo. Las matas de romero estaban en flor y exhalaban un perfume sonoro que bajaba de los montes rebotando de serrijón en serrijón. Los gorriones preparaban sus nidos recogiendo del suelo ramitas insignificantes que transportaban con el pico como si se tratara de alfileres. El campo entero presentaba un magnífico aspecto de bullicio y de fiesta: restallaba.

Fue como una inspiración. Algo absolutamente intuitivo. Yo subía la cuesta silbando y deteniéndome a contemplar las aguas del canal que bajaban limpísimas o el tronco carcomido de las centenarias encinas. Me parecía que nunca había estado el camino tan hermoso, tan dulce. Hasta los peñascos rodeados de césped aparecían fulgentes, con un color gris seco que los llenaba de majestad. Me sentía

contento. Más aún: rutilante. En posesión de una fuerza que brotaba de lo más hondo de mí mismo. Cerca ya de los muros del matadero el olor acre de las terneras y sus mugidos ardientes estuvieron a punto de hacerme enloquecer. Un hueso crujió a la altura de mi rodilla y a mí me pareció que el amanecer se llenaba bruscamente de un fuego destructivo y abrasador que bajaba del cielo achicharrándome el alma.

Así es que, tan pronto como llegué al portalón, me arranqué la ropa a manotazos y me quedé completamente desnudo. Las vacas me miraron sin inmutarse. A mí me parecieron encantadoras en su indiferente mansedumbre. El fresco de la mañana se me enroscó entonces en el cuerpo. Pero su fino latigazo sólo sirvió para enardecerme aún más de lo que ya me había enardecido el camino. Esta vez no pude detenerme a examinar a las terneras. Me dirigí sin vacilaciones a la que tenía más próxima. Era una vaquita gorda, negra, con algunas manchas blancas, de cara larga y boca sonrosada: fascinadora.

Me dirigí hacia ella como si fuera el último paso que iba a dar en este mundo. Su olor a tierra seca y a paja quemada se me coló en la nariz como una peonza. Pero lo que me llevó al límite del paroxismo fue el contacto de mi cuerpo desnudo contra su piel salvaje. Era como hundirse en las arenas asfixiantes de un desierto. Me abracé a su lomo tenso y estuve así durante un largo rato mientras me sentía invadido por el galope de mi sangre y el palpitar sin ritmo de mi corazón. Bajé después hasta su vientre y me restregué contra sus enormes tetas. Un bosque de naranjos amargos me crecía en el paladar. Me ubiqué entre sus patas y me dediqué durante más de diez minutos a masajear sus ubres orondas. Hundía mi cabeza en la fofa bolsa, pegaba mis mejillas, mordía con mis dientes, pasaba y repasaba mi lengua en un recorrido que no tenía fin, chupaba los redondos pezones como si se tratara de trasegar el agua del mar. Era verdaderamente memorable. La vaca abría sus patas languideciendo y yo me fundía en sus ubres como un niño recién nacido que no encuentra la forma de dejar de mamar. Una bandada de golondrinas apareció revoloteando alrededor

de mi cabeza. Giraban velozmente, piando junto a mis oídos, con un zumbido de alas estremecedor.

Súbitamente deshice el abrazo y me dirigí hacia la cabeza de la vaquilla. Sus ojos se adormecían al conjuro de mis manos. Me pareció que su gozo era, al menos, tan abrumador como el mío. Sentía en mi pecho un hormigueo acuciante que no podría definirse más que con el nombre de amor.

La ternera entonces me miró fijamente. Yo había pegado mi vientre a su hocico humeante y ella sacó su lengua con la que empezó a recorrer mi cuerpo desde el cuello hasta el sexo. Yo veía que la noche comenzaba a caer, allá a lo lejos, sobre los tejados de la ciudad, pero me negaba a encender una luz para ahuyentar las tinieblas que se aproximaban velozmente. La lengua de la bovina, inundada de espumas, se detenía un momento en mi ombligo y luego regresaba a mis testículos con un bramido de mar lleno de furia, ensordecido por la tempestad. Las golondrinas se convirtieron en halcones y luego, en lo que tarda un siglo en rodar sobre el mundo, en potentísimas águilas que estremecían el aire de la madrugada con el batir de sus alas de bronce. Había ríos de vino espumoso que desbordaban sus cauces y un estruendo de batalla temible que se iniciaba en el centro exacto de mi corazón. Había largas columnas de soldados dispuestas a entrar en combate y toda una batería de cañones que disparaba sus proyectiles contra el sesgo del alba.

Yo estaba cada vez más exaltado. Sentía mi pene erecto como un ciprés y apenas podía contenerme. La ternera mugía cosquilleante y enseguida retornaba al babeo de su lengua impecable. Hubo momentos en que la verga entera se me perdió en su boca. Entonces era un calor de placenta, luminoso y ardiente, el que me subía por el estómago como si hubiera introducido mi falo en el interior de un pozo artesiano. Era demoledor. Yo suspiraba y gruñía y, en medio de la niebla que se iba amontonando a mi alrededor, me carcajeaba de mi padre que, a la búsqueda de un tesoro inexistente, no había sabido encontrar nunca aquella joya tan próxima. Qué imbécil había sido, pensé durante una fracción de segundo. Porque mi pensamiento era un corcho

precipitado en una catarata y nada, aparte de aquel batir de alas pegajoso y de aquel bombardeo insoportable, podía concretarse en mi imaginación. Sólo alcanzaba a atisbar vagamente que, si era cierto que existía un paraíso, éste tenía que empezar inexorablemente en la lengua implacable de una vaca.

De repente una idea felina reventó como un martillazo en todo lo alto de mi cerebro. La distinguía nítida y reluciente como una esmeralda. Me aparté de la vaca escapándome de su lengua y me precipité en la sala de despiece. Estaba enloquecido. Agarré el aguzado cuchillo y, regresando al corral, lo deposité temblando en el borde de la empalizada que limitaba el carril de la muerte. La idea cayó burbujeando hasta mis pies y yo me sentí como un pequeño genio izado hasta el templete de la gloria.

Me acerqué de nuevo a la bovina, pero esta vez tomé el camino opuesto al de su boca. Me detuve tras sus patas entreabiertas y aparté su rabo pringoso con exquisito cuidado. Frente a mí, ancho y diáfano, tenía el sexo de la ternera. Y era soberbio. Se extendía en una línea fofa, pero bien delimitada, semejante al perfil de una nube. Lo miré entusiasmado estudiando su brillo, el rumor que formarían sus labios al abrirse. Lo toqué con mis manos que ardían. Lo acaricié despacio, lenta y amorosamente, como hubiera acariciado un cáliz de cristal. Lo entreabría suavemente hundiendo mis dedos con ternura en aquella masa sonrosada y blanducha. Parecía una herida que no cicatrizaba nunca y también un bárbaro tajo en una sandía demasiado madura.

Para entonces yo me encontraba ya en el cénit del delirio. Las águilas raseaban el vuelo ignominiosamente propinándome terribles y dolorosísimos picotazos en los testículos. Me encaramé a horcajadas sobre la res, extendí mis brazos a lo largo de su lomo vibrante y me agarré con ambas manos a sus diminutos cuernos. Sentí que mi bálano rozaba la embocadura de la sandía y no tuve que hacer ningún esfuerzo para penetrar en su interior. Un mar de algas fosforescentes me recogió en su seno. La batalla del Pacífico o la de las Ardenas o la de Cavite, yo qué sé, acababa de

comenzar antes de que se anunciara la media noche. La vaca mugía ahora desaforadamente y yo veía las bombas caer a mi alrededor como esquirlas de estrellas que se empotraban humeando en los apretados bloques de granito contiguos al matadero. Estallaban formando un arco iris inenarrable de metralla y de rosas y luego un humo blanco inundaba el corral con un olor a incienso y a peces marinos que me transportaban directamente a la eternidad.

Sin necesidad de conducirla, la ternera enfiló entonces el reblandecido camino del carril de la muerte. A cada uno de sus pasos yo sentía que la vida se me escapaba por los agujeros de la nariz y que unos brazos de ámbar me conducían sin tocarme a través del fragor infame del bombardeo. Quería gritar para detener el tiempo, pero no conseguí más que gruñir apagadamente: Una especie de gorgoteo que se originaba en mi garganta como el quejido de un agonizante. La vaca se coló en el carril justo en el momento en que la bandada de águilas se posaba furiosamente en mi espalda. La presión de sus garras metálicas hacía inútil cualquier posible tentación de escapar de aquel atolladero. Pero yo no quería huir. Al contrario. Presentía que en contados segundos, que a lo mejor se convertían en milenios, una bomba atómica iba a reventar encima de mi cabeza. Pero no tenía miedo alguno a la muerte. La muerte estaba en mis manos, y yo me dejaba arrastrar hasta su lecho suavísimo como un pájaro hipnotizado.

En medio de la polvareda, todavía tuve fuerzas para agarrar el cuchillo en el instante supremo en el que la vaca pasaba babeando a su altura. Para entonces yo soportaba la rebelión de todas y cada una de mis células lo mismo que un diluvio. Pero era un peso blando, insignificante, como de corcho. Una tormenta de plumas aceitosas se apoderó de mi cuello. Tuve la visión de una bahía infinita en la que la vida y la muerte se abrazaban alborozadas como dos amantes que se reencuentran tras una larga separación. Era una especie de llanura cóncava y delgadísima en la que la nieve se extendía acolchada y caliente, con un olor dulce a cerezas maduras.

La bovina alcanzó entonces el ventanuco que daba a la sala de despiece y yo supe por qué los océanos inundaron la tierra. Alcé mi brazo sin el menor esfuerzo. Una lluvia de estrellas descendía velozmente atravesando el firmamento. Era de día, el sol restallaba en el cielo, pero yo veía las estrellas que se aproximaban incendiando la claridad de la mañana, devorándola con sus llamas incandescentes, borrándola, superándola. Era el preciso momento en el que el universo estallaba y la muerte corría por los valles helados perseguida de cerca por la vida. El momento en el que la vida se rendía sin condiciones ante la evidencia tranquila de la muerte. El dulce y elocuente momento en el que las águilas despedazaban mi cuerpo y luego lo engullían en descomunales bocados sanguinolentos. El momento terrible y hasta agorero en el que los tanques crepitaban y los soldados caían despanzurrados como puñaditos de arena. El momento innombrable, estrafalario y demencial en el que yo eyaculaba como una catarata y la ternera se doblaba mansamente sobre sus patas de alambre atravesada por la hoja reluciente de mi cuchillo. El grandioso, efímero y agobiante momento en el que la víctima y su verdugo se fundían como el oro en un mismo descabellado acto de amor y de muerte.

4

A partir de aquel día no hubo ni un solo amanecer en el que yo no matara a mis terneras entre los estertores de la cópula. Gracias a mi irrevocable decisión de afecto para con los animales había encontrado al fin el más apetitoso premio en la realización de mi oficio. Ya no podía hablarse de aquella orgía inesperada a la que me había lanzado mi bautizo de sangre. Aquel diluvio de metralla impalpable que me había conducido arbitrariamente a los confines del infinito, pero también de la desesperación. Ya no se trataba del maremoto que podía arrasar el matadero, arrastrando hasta la última de mis células sin la menor participación de mi voluntad. Un fuego volcánico y casi religioso, un mecanismo incandescente que si bien podía arrebatarme la razón y casi la vida, no es menos cierto que formaba parte de una especie de conspiración en la que yo no era más que un objeto inerme, una simple barquilla que soporta los embates del temporal sin posibilidad de defenderse.

Por el contrario, dejando aparte aquel único y ya lejano día en el que la vida y la muerte habían jugado a su capricho, nada se producía ya en el matadero que yo no hubiera pensado y propiciado de antemano. Llegaba, me desnudaba, copulaba con las terneras, las degollaba con la más exquisita habilidad y era yo exclusivamente el que movía todos los hilos de la trama. Una trama que yo podía tejer a mi manera sin que por ello se resintieran los pilares de mi oficio, al menos en aquello que tenían de más fundamental.

Y aún había más: aquella orgía iniciática y voluble con la que había comenzado mi camino de matarife no había sido más que un fuego fatuo. Una impresión vivísima ante la brutalidad de lo inesperado. Una novatada. La secuela inmediata de la propia acción de matar por primera vez. Nada habían tenido que ver mis sentimientos en el asunto. Nada había puesto yo de mí mismo, salvo el acto mecánico

de empujar un cuchillo hasta el fondo de una garganta indefensa y temblorosa.

Ahora había descubierto la invisible conjunción del amor y de la muerte. Cierto que mataba. Cierto. Pero las vaquillas morían ahora atiborradas de amor. Y era yo el que amaba. Yo el señor del universo. Yo, el matarife, el verdugo, el que ofrecía la muerte a manos llenas y, al mismo tiempo, el que regalaba trenes repletos de un jubiloso amor. A partir de ahora, las desahuciadas terneras ya no volverían jamás a encontrarse desamparadas en el supremo instante de la muerte. En lo sucesivo yo iba a demostrar día a día, y con cada animal sacrificado, que amor y muerte confluyen en la misma ribera, en la orilla del mismo océano, que es imposible separar el orto del ocaso, que un matarife puede ser asimismo un hombre colmado de sentimientos esperanzadores.

La muerte había adquirido así un aspecto de oleaje. Yo era un mar desaforado que se posesionaba de sus víctimas al tiempo que las engullía para siempre en sus entrañas insaciables. Era magnífico. Como esas tardes oscuras de mediados de noviembre en las que parece que el mundo está llegando a su término. Trompetas de metal brotaban de las nubes y una marcha triunfal descendía de las cercanas montañas convirtiendo al leve jovenzuelo que yo era en un héroe legendario de cabellos dorados y músculos de acero. Un paso más y el mismo Dios lejano no hubiese tenido más remedio que inclinarse ante mí.

Incluso las terneras se veían ahora en el corralón gordas y lustrosas, como emperatrices. Su piel, otrora polvorienta, aparecía brillante y tersa como la seda. Habían terminado por olvidar el miedo que en un tiempo todavía no lejano se respiraba en el matadero. Habían aprendido a morir con las pupilas encendidas de confianza y de amor. Y todo me lo debían a mí. Todo. Tenían razones más que suficientes para estarme agradecidas.

Aquellos años estuvieron marcados por el entusiasmo y la serenidad. Por primera vez en mi vida me sorprendía a menudo con la sonrisa en los labios. Era feliz. Vivía única y exclusivamente para mi matadero. Hice reformas y lo

convertí en un edificio blanco y aséptico que, desde lejos, se confundía con un pequeño y acogedor hospital. A fuerza de limpieza había conseguido borrar el inconfundible olor de la sangre coagulada. Me pasaba los días enteros, después de la matanza, pulimentando azulejos, sacando brillo a los cuchillos y a las hachuelas, regando el corral en cuyas cuatro esquinas planté unos cipreses, altos y esbeltos como mástiles, cuya intensa negrura contrastaba con el blanco de cal de las paredes.

Regresaba a mi casa al anochecer con las mejillas encendidas y la mirada radiante. A esa hora mi padre estaba siempre ausente. Él volvía bien entrada la noche, arrastrando su curda, tropezando con los muebles, arrojando esputos y maldiciones. Pero yo había acabado por romper todos los vínculos con mi padre y nada me preocupaba ya de él. Él tampoco se interesaba por los asuntos del matadero y nunca me hacía la más insignificante de las preguntas. Había envejecido. En sólo unos pocos meses había adquirido el aspecto de un hombre de ochenta años cuando, seguramente, todavía no había alcanzado los sesenta. Se moría a chorros. Las sábanas de su cama aparecían continuamente manchadas de sangre y, cuando tosía, expulsaba por su boca pedazos de hígado completamente podridos. Repugnaba mirarlo. De manera que yo procuraba toparme con él lo menos posible. No muy en el fondo me causaba una lástima que casi no podía controlar.

Sólo de tarde en tarde me lo encontraba, a mi vuelta del matadero, sentado en el patio, junto al pozo, prodigiosamente sereno y altivo. Sus manos descansaban sobre sus rodillas como un par de sarmientos comidos por el moho. Su rala cabeza se mantenía erguida sobre sus secos hombros, con una firmeza inesperada que confería a su figura la actitud de un viejo y apacible patriarca. En aquellas ocasiones me miraba directamente a los ojos, sin hacer caso de mi sorpresa, y me decía con una voz gastada pero enérgica:

—Cásate. No es bueno que andes siempre solo. Tienes que buscarte a una mujer o el matadero acabará por devorarte.

Pero, por amigable que resultara su presencia, a mí me

resultaba ya imposible creer en sus palabras. Las conocía. Y sabía que tras ellas no podía esconderse más que una nueva maldad, un postrer y desordenado apetito de volver a dirigir mi vida, de convertirse otra vez en el principal protagonista de la escena. Así es que daba media vuelta sin escucharlo, sin contestarle siquiera, cenaba cualquier cosa y me metía en la cama con rapidez. Me dormía gozosamente, pensando en mis terneras y viendo, más allá de las paredes del dormitorio, horizontales praderas sin límites en las que pastaban pausadamente enormes rebaños de vacas cuyo futuro me pertenecía en su totalidad. Dormía profunda y plácidamente, despertándome con rigurosa puntualidad media hora antes de que empezara a alborear.

Semejante al anterior, un nuevo día se iniciaba. Poco importaba que el sol apareciera, luminoso y radiante, brotando de la panza de la campiña o que las nubes encapotaran el cielo y diluviara con desesperación. Los días, repletos de felicidad, eran para mí todos iguales. Ni la más leve sombra de inestabilidad o de angustia alteraba mi vida. Vivía en pleno bullicio, en plena fiesta, en el círculo mágico de la alegría y de la paz.

Uno puede resumir en un sueño el abanico entero de una vida, la anatomía de cada uno de los minutos que nos deparará el porvenir. Uno puede incluso, en situaciones de euforia o de apasionamiento, atreverse a proyectar, a planificar, a sentar las bases sobre las que habrá de apoyarse ese incierto futuro al que, en una hora de éxtasis, vislumbramos luminoso y cumplido como una estatua ecuestre. Pero no se trata más que de un sueño. Lo real es siempre imprevisible. No hay palabra que pueda precisar con certeza la magnitud de este veredicto. Uno se desgañita por explicar, por aventurar el desenlace de un acontecimiento. Pero es la brutalidad de los hechos la que termina por imponerse. Es demoledor. De nada vale prevenir el peligro. Ni la fuerza de la serenidad sirve para oponer una muralla. Es difícil escapar al destino. A menudo, uno camina tan embebido en el eco de sus propios pasos que no resulta fácil reparar en esa sombra siniestra que extiende sus negras alas

como un blando murciélago. Pero la sombra está ahí, avanzando en silencio, y sólo espera el momento propicio para clavar sus dientes en el cuello del desprevenido. Pude comprobarlo en vivo la primera vez que me topé con una ternera inválida.

Para un matarife serio, cuya misión consiste por encima de todo en abastecer de carne los mercados de una ciudad, no hay excusa que pueda eximirlo de la menor vacilación, de la más mínima ambigüedad en el cumplimiento de su oficio. Se trata de perpetuar un orden sutilmente establecido a lo largo de la historia. Se trata de alimentar a una especie particularmente hambrienta. Y en estas condiciones no cabe alteración alguna de las reglas del juego. No hay víctima que merezca el indulto. No hay ternera que pueda escapar de la muerte porque, a partir de ese momento, el andamiaje se desequilibra y no se sabe nunca en qué lugar de la geografía volverá a encontrarse un límite a semejante desorganización. El tejido social es tan sumamente delicado que basta un insignificante alfiler para originar en el lienzo un agujero de proporciones inimaginables. La ausencia en los mercados de trescientos kilos de carne de vaca bien puede ser la chispa que haga estallar un incendio cuyas llamas den cuenta en unos segundos hasta del último eslabón de la convivencia ciudadana.

Nada de esto me resultaba desconocido. Y, sin embargo, aquel día tropecé con la piedra de toque en la que habían de estrellarse mis mejores proyectos. A partir de aquel día supe, como se sabe que tras el verano siempre llega el otoño, que en los cimientos del edificio tan esforzadamente construido había aparecido una fisura que, más o menos a la larga, podía poner en peligro mi oficio de matarife. Fue como un mal augurio y, al mismo tiempo, como el estallido de una pelea cuyo escándalo me cogió totalmente desprevenido y desarmado. La felicidad es verdaderamente un tabique de papel que un breve soplo de aire cuartea y tira por los suelos en cuestión de segundos. Lo peor del asunto era que el meollo del mal se encontraba incubado en la alacena de mi propio corazón. Aunque yo, pertrechado con trebejos tan diferentes

a los que habían utilizado mi padre y todos mis antepasados, no hubiera sido hasta entonces capaz de adivinarlo. Todo ello lo descubrí el día en que me topé por primera vez con una vaquilla mutilada.

La ternera estaba recostada contra el muro, en un rincón del corral, junto a uno de los cipreses y yo no descubrí sus deformidades hasta que no hube liquidado a las cinco anteriores. Fue como un zarpazo. Chorreando sudor, pero pletórico de entusiasmo, me aproximé al animal para rematar mi faena. Su piel tenía un rudo color de caramelo y, así recostado y distante, a mí me pareció bellísimo.

Pero, en cuanto estuve a su lado, su voluptuosa imagen estalló bajo el ciprés como el agua de una catarata. La ternera estaba tuerta. Le faltaba su ojo izquierdo y mostraba la cuenca vacía como la madriguera de un lagarto. De su garganta brotaba un enorme bulto que la obligaba a torcer el cuello hacia el cielo en una posición tan forzada que parecía que se le iban a saltar las vértebras. Tenía los cuartos traseros desviados del lomo en un ángulo de casi noventa grados. Y estaba coja de una pata a la altura del jarrete.

Cuando, no sin un terrible esfuerzo, conseguí ponerla de pie, presentaba un aspecto tan lamentable como el de un soldado que vuelve de la guerra y al que la metralla ha destrozado para siempre. El corazón se me salió del pecho. Lo sentí palpitar en mi boca e inmediatamente caer rebotando en la arena del patio. Comprobé que me quedaba vacío, hueco, inconsistente, como una pelota de humo que se desvanece al contacto con el aire. El sudor se me coagulaba en la frente y en las axilas. Empecé a temblar como un enfermo con fiebre. Me castañeteaban los dientes con el ruido de una locomotora y, en aquellos momentos, me resultaba imposible distinguir si era de pánico o de piedad. Sabía que las lágrimas habían comenzado a brotar de mis ojos por la humedad que empecé a sentir en las mejillas, pero me resultaba totalmente imposible levantar las manos para enjugarlas. Sentía en la garganta un nudo que me abrasaba, como un enjambre de arañas que se empeñaran en abrirse camino a través de la tráquea: era una sensación

insoportable, una sensación de tristeza semejante a la asfixia. Noté que me helaba. Me estaba quedando rígido y helado como un cadáver. Estaba paralizado y no podía mover ni un músculo de mi cara. Mi corazón había terminado por detenerse bajo las tres patas de la vaquilla y desde allí me enviaba sus últimas pulsaciones rebosantes de compasión. Era una compasión grisácea y lívida que se me enroscaba al cuerpo como el abrazo de un moribundo. Hubiera querido gritar que me ahogaba, que la tierra se negaba a tragar mi cuerpo putrefacto, pero los pájaros habían emigrado hacia algún lugar cálido y confortable y yo sabía, pese a los efluvios de insecticida que brotaban de todos los rincones, que las palabras habían huido con ellos. Fuera de las tapias del corralón, entre los serrijones que rodeaban el matadero, no había quedado ni una mancha de hierba, ni un solo redondelito de musgo.

Era horroroso. La ternera me miraba con su ojo sano como si aún no se hubieran inventado los cuchillos. Pero yo veía el brillo de su pupila y era como el de un niño que se despierta en su cuna y no encuentra la rebosante teta de su madre. Supe que el matadero había desaparecido de la faz de la tierra y que un navío fantasma ocupaba su lugar por el fulgor de aquel ojo impasible. Me taladraba. Se ubicaba en mi cerebro como un bisturí. Yo escuchaba el crujido de mis venas al partirse, el bisbiseo de mis células dividiéndose. Me sentía quebradizo y volátil como una hoja de pan. En aquellos momentos un liviano golpe de brisa me hubiera pulverizado. Pedí casi instintivamente que se levantara el huracán, que me arrastrara por el camino abajo, que me destrozara y luego repartiera mis átomos por toda la superficie del planeta. Comprendía exactamente, aunque sin llegar a pensarlo, sin posibilidad alguna de explicación, por qué se nace y por qué se muere y una nebulosa de terror se apoderó de mí.

Era un terror que me revelaba la compasión. De improviso dejé de llorar. Mecánicamente. Sin participación alguna de mi voluntad. Escuchaba el estremecimiento de mi pecho, pero ahora se producía mezclado con una lejana algarabía de

dulzura aparatosa y casi cruel. Me supe juez y parte de un juicio estrafalario y me vi miserable como un avaro en el recuento de sus monedas. Incontrolablemente me encontré contemplándome a mí mismo desde el farallón de una nube, aturdido bajo el silencio irrepetible de la mañana. Fuera de mí, a mi alrededor, no se oía ni el más leve susurro. Era como si la vaca y yo nos encontrásemos en un desierto y el temblor de la arena o el humo del olvido nos hubiesen convertido en estatuas de sal. Más aún: como si no hubiera nadie ya en el mundo a quien recurrir para salvarnos. Descubrí que, en efecto, el animal y yo éramos los únicos habitantes del planeta y, a partir de aquel terrorífico segundo, supe que nunca sería capaz de llegar a matarlo.

Lo supe como el golpe de un arma arrojadiza. No podía razonarlo. Me veía paralizado frente a la ternera y sabía, por pura intuición, por puro sarcasmo, que, aunque volviese a caminar alguna vez, nunca conseguiría clavarle el cuchillo en la garganta. Es más, si me esforzaba, no me era difícil entender, en medio de aquella desolación, que estaba negando mi oficio, que lo estaba traicionando. Pero no podía hacer nada para modificar el curso de los acontecimientos. Nada. No podría matar a aquella desgraciada ternera ni aun por el precio de mi vida. Era la compasión la que me paralizaba. Estaba claro. La compasión y la piedad. Me desgarraba ver a aquel ser deforme que me miraba con la humildad irreprochable de su único ojo. Lo hubiera tomado entre mis brazos y lo hubiera arrullado como a un niño de pecho: lo hubiera alimentado con biberones de leche y miel. ¿Cómo iba a ser capaz de matarlo? Ni siquiera me planteaba la pregunta. Lo sabía y bastaba.

Poco a poco pude mover un brazo y luego una pierna. Comprendí que de nuevo volvía a ser dueño del movimiento, que mi sangre recuperaba el calor y la vida. La oscuridad pasaba como la ronda de un centinela. La ternera se había acercado a mí y me lamía las manos con su lengua untuosa. No sé si comprendía mi desilusión y mi tortura. Me sentía flotando entre algodones y, al mismo tiempo, tan quebrantado como si me hubieran dado una paliza de

muerte. No pude hacer otra cosa que abrazarme al cuello de la vaca y llorar, ahora sí, a raudales y sin cortapisas, junto a sus doradas orejas, embargado por su mismo dolor y su misma invalidez. El sol estaba ya muy alto y, allí abrazado a la vaquilla, a mí me parecía que acababa de desvelar un secreto que jamás debió haber salido a la luz.

Entonces me acometió un estallido de furia. Me separé de la bovina y rudamente la obligué a caminar golpeando con saña sus ijares. La dirigí hacia el portalón y, cuando llegamos al umbral, le di un último golpe en el anca de la pata sana y la azucé para que desapareciera de mi vista. La ternera mugió desconsolada y luego salió renqueando monte arriba hasta perderse detrás de un recodo formado por las peñas de granito.

Creí que todo terminaría con la desaparición de la vaquilla. Pero el asunto no había hecho más que empezar. Tan pronto como la hube perdido de vista, el ataque de furia no hizo más que recrudecerse. Era una furia destructiva que yo sentía crecer, no contra el miserable animal, sino contra mi propia ineptitud. Me sentía fuera de mí. En el centro de un remolino creciente que me zarandeaba con el vendaval de su oleaje. Durante cerca de una hora estuve corriendo alrededor del corral, indeciso entre atravesarme el vientre de una cuchillada o incendiar el tranquilo edificio en que había convertido el matadero, abandonando, a continuación y para siempre, un oficio que acababa de deshonrar con la más cobarde de las omisiones. Echando espuma por la boca pateaba el muro de argamasa o lo golpeaba con mis puños como si se tratara de apurar el veneno hasta la última gota. Muy pronto me despellejé los nudillos de los que empezó a manar una sangre fluida que salpicaba la tierra del patio.

En medio del cataclismo de mi desesperación, un torbellino de preguntas me asaeteaba el cerebro. Pero no había nada que preguntar. Nada. Como un poseso corría de ciprés en ciprés estrellando mi cabeza en sus ásperos troncos que apenas se estremecían con el impacto. De cuando en cuando me detenía en el centro del patio, alzaba los brazos al cielo, mascullaba una maldición y luego caía de rodillas,

destrozado y humilde, como un reo inocente ante la vesanía de sus jueces. No tenía derecho a pedir la más mínima explicación. No había razones que pudieran justificar lo sucedido. No había, sobre todo, la menor excusa para mi deplorable comportamiento.

La inmensidad del suceso se abría ante mí como una llaga purulenta que me devoraba por completo. Todo estaba despiadadamente claro: había caído en un pozo del que ya nunca más podría volver a salir. Había sentido pena y piedad y ternura. Eso era lo que restallaba como un látigo bajo el cielo de la corraliza. Me había dejado dominar precisamente por el único sentimiento que me estaba verdaderamente prohibido: la compasión. Había brotado como una astilla del ojo perdido de la vaca y se me había alojado directamente en el centro del corazón. Había jugado conmigo convirtiéndome en un pelele, en una auténtica y miserable ruina. Lo comprendía como si un rayo vivo hubiera hecho explosión en mitad del corral.

Poco importaba que mi comportamiento se hubiera producido como una reacción irracional e involuntaria ante la presencia de una ternera mutilada. Poco importaba que aquella reacción hubiera resultado incontrolable y avasalladora. Eso era lo más canallesco del asunto, lo imperdonable: la ausencia de control. Se había producido un accidente. De acuerdo. Pero yo no había tenido las suficientes agallas para dominar la situación.

Era desesperante: el brillante matarife había dejado escapar a una de sus víctimas, le había regalado la libertad en lugar de terminar de un tajo con su vida. No había exculpación posible. Es más, ni siquiera había salida. Yo mismo me había metido en el avispero. No había sabido prever, vislumbrar los escollos de la travesía, sus indudables dificultades. Cegado por el fulgor del aparente éxito acumulado durante el correr de los años, me había olvidado de mantener los pies en tierra. Y me había estrellado como una garrapata. Había fracasado. Y para siempre. ¡Para siempre! Ante mí se extendía el resultado de todo un aprendizaje mal dirigido y peor encauzado. No era posible

cambiar impunemente las reglas de un oficio tan viejo y tan elaborado. La derrota más ruinosa, el descalabro más absoluto eran la recompensa a mi desfachatez.

¡Dios! Me quemaba la rabia. O la desesperación. Sentía en mi cabeza el pellizco de unos dedos de acero y no podía hacer nada para escapar de aquella tremenda sensación de naufragio. No podía hacer nada, allí cegado en el centro del patio, para cortar aquel nudo tremendo o para lanzar un berrido definitivo que hiciera saltar por los aires hasta la última piedra del matadero.

Debieron transcurrir varias horas. Acaso todo un día. O todo un año. No lo sé. El tiempo había perdido su valor de serpiente que todo lo devora. Y, no obstante, lentamente, casi como crece una flor, me fui encontrando más y más sereno. Era una serenidad sin rugosidades, plana, de pozo sin fondo, ante la que no aparecía ninguna luz ni se dibujaba el más leve paisaje. Me encontraba exhausto. Bufaba malherido. Con el infinito cansancio que me aplastaba contra la arena del corral desaparecía mi irritación y aquella especie de quemadura indeleble que me empujaba a la rebelión y a la violencia. Pero, en su lugar, lo mismo, que un grillete rodeando la garganta, había aparecido la decepción y un desaliento semejante al olvido. Me sentía como una víbora que sólo merece ser pisoteada por el caminante. Aborrecible.

Tambaleándome como el borracho que nunca había sido abandoné el matadero. Pero no tomé la vereda que descendía hacia la ciudad. Por el contrario, enfilé hacia el campo abierto permitiendo que mis pies se zambulleran en medio de los matorrales. No tenía fuerzas ni para dirigir mis pasos. Los jarales estaban en todo su esplendor y los montes aparecían nevados del blanco de las flores. Pero el blancor de las laderas no me producía el más mínimo consuelo. En la habitación de despiece quedaba la carne desparramada de cualquier manera. Como en los viejos tiempos de mi padre. Daba igual. Que la recogieran los carniceros. Que se la repartieran a su antojo. La vida deja de tener el menor sentido a partir del momento en que empezamos a descubrir nuestras miserias. La vida y la muerte. Es un círculo que se

cierra entre los eructos de un beodo.

El olor del romero y de la resina de las jaras no hacía más que aumentar mi desasosiego. Era terrible lo que me había sucedido. Terrible. Terrible y bochornoso. ¿Cómo había podido dejarme dominar por los sentimientos? ¿Cómo había podido eludir mi responsabilidad precisamente ante la ternera que más necesitada estaba de la muerte? Hasta aquella misma mañana me había creído frío, insensible, formidable, dotado de una fuerza capaz de provocar la muerte de las vacas entre la sarracina de los mayores gozos. Me había creído con bríos suficientes para convertir el seco instante de la muerte en un acto de amor. Y era todo mentira. ¡Mentira! Aquella enorme desgarradura era toda una revelación: allí donde el amor debió triunfar con mayor gallardía, allí donde la muerte debió haber cobrado su pieza con mayor rotundidad había triunfado la clemencia y, por tanto, la cobardía.

La cobardía. Justamente. Pocas veces las palabras definen tan fielmente una actitud, una naturaleza. Cómo me estallaba aquélla en mitad de la cabeza. Bajo tanta aparente bizarría no se ocultaba más que la pulpa de un miserable cobarde. Me habían aterrorizado las deformidades de la vaca de puro ser cobarde. Pero no, terror no. Había sido la compasión. Una compasión apabullante y demoledora, como un vómito de sangre, que había conseguido paralizar mi brazo.

Un cúmulo de pensamientos contradictorios cruzaban por mi mente con la velocidad de un caballo desbocado. Por momentos me exaltaba reconociéndome magnánimo como un señor feudal. Inmediatamente me hundía en el más lóbrego de los calabozos. Había sido tocado por la misericordia, luego aún conservaba intactas las mejores cualidades de un ser humano, luego aún no se había destruido mi derecho a la felicidad. Pero en mi oficio había que ser de una frialdad inalterable. Era posible incluso conmoverse de piedad por la víctima, abandonarse a los deleitosos efluvios de la ternura. Lo que no podía estar permitido bajo ningún concepto era burlar la muerte. Eso jamás. Una regla de oro debía ser cumplida hasta el agotamiento: las terneras tenían que

perecer bajo el cuchillo. Absolutamente todas. Sin excepción. ¿De qué otro modo, si no, hubiera podido justificarse mi presencia en el mundo? Yo no era más que un simple ejecutor; una especie de médium sin posibilidad real de decisión; un insignificante tornillo perdido en las entrañas de la máquina. ¿Bajo qué talismán me había sido conferido el don de perdonar la vida? ¿Bajo qué especie de milagro ruin? Las cosas claras: no estaban permitidas las engañifas. Podían los trenes llegar con retraso a las estaciones o no llegar jamás. Podían las nieves, arbitrarias y locas, arrasar las cosechas en mitad del verano. Podía pararse el mundo y cuartearse y hundirse. Pero un matarife verdadero no podía fallar nunca. Nunca. Un jifero tenía que ser necesariamente un individuo indiferente a los arrebatos del corazón. Por humana que hubiera podido parecerme hacía sólo unas horas, la compasión jamás podría llegar a formar parte de mi patrimonio. Lo exigía así la conservación de aquel orden casi cósmico que un día había conseguido penetrar y que no podía ser alterado por los melindres de un hombre pusilánime. El mío era, por encima de cualquier otra consideración, un oficio sagrado.

Abismado en la turbamulta de aquellos pensamientos que me zarandeaban, alcancé la orilla de un arroyuelo cuyas aguas corrían entre espumas y cabriolas. No se escuchaba el canto de un solo pájaro. El silencio caía del cielo, rojo como un mazazo. Mecánicamente me despojé de los zapatos, me remangué el pantalón y me metí en la corriente, al tiempo que me sentaba en una piedra lisa y blanca con anchas vetas rojas. Fue como si me despertara de una pesadilla o como si unas manos grandes y robustas me tirasen a la vez de las orejas. El contacto con la frialdad del agua me devolvió la ecuanimidad. De repente comprendí que no podía dejarme vencer por una ternera tullida y que mi viejo oficio, el engranaje que tan firmemente me ligaba a la vida, no podía irse al traste sólo porque una vez no había cumplido con mi obligación.

Mansa y casi cordialmente acepté que no somos de acero y que siempre es posible pecar de negligencia, sobre todo

cuando nadie nos ha puesto al corriente de los escollos que habríamos de encontrar en el camino. Mansa, pero enérgicamente, reconocí que estaba exagerando, que un solo error no puede destruir toda una vida, que mis manos estaban tan limpias como antes, tan firmes y tan decididas como siempre a continuar con una tarea que, entonces más que nunca, me parecía el punto de apoyo imprescindible para continuar viviendo. Mirado con serenidad el asunto, lo único que yo necesitaba era abrir mi atención con presteza para que lo sucedido aquella mañana no pudiera volver a suceder jamás.

Pero la serenidad era precisamente lo que más echaba en falta en aquellos momentos. A pesar de la calma del lugar, que me envalentonaba, el desconcierto no dejaba de hurgar en mi conciencia como una enorme oruga que intentara romper las paredes de su nido. Más que nada me preocupaba entonces el origen de lo que, con no poca ligereza, yo no consideraba más que un error, un tropiezo pasajero susceptible por tanto de una eficaz enmienda. En efecto, seguramente no se había tratado más que de un accidente externo a mí en el que, aunque actor importante, yo no había participado más que en calidad de instrumento, de víctima inocente, de testigo sobresaltado por lo inesperado de los acontecimientos. Mas si, inesperadamente o no, yo no hubiese podido actuar de otra manera, si el cáncer de la piedad estaba ya latente, a saber desde cuándo, en mi corazón, ¿cómo iniciar otra vez el camino de la muerte, cómo tomar de nuevo los cuchillos sin que un temblor cobarde se apoderara de mi mano paralizándola, inutilizándola, convirtiéndola en un muñón helado que nada ni nadie podría recuperar? Si esto era así, y por momentos la certeza me aplastaba, nunca más regresaría al matadero. Nunca. Jamás. Por encima de todo no estaba dispuesto a matar las vacas de otra manera a como las había venido matando durante los últimos años.

Este nuevo pensamiento que se abría camino en mi cabeza a machetazo limpio me empujaba de nuevo hacia la oscuridad. No sin un gran esfuerzo, antes de tomar una

decisión definitiva, caí en la cuenta de que todo era una cuestión de tiempo y que, al día siguiente, tan pronto como me encontrase de nuevo frente a las terneras, sabría exactamente cómo tendría que actuar. Pero el tiempo es terrible y siniestro, y siempre actúa a contrapelo de nuestros deseos. El sol estaba en todo lo alto del cielo. Apenas era mediodía. Faltaba todavía un montón enorme de horas para que oscureciera y luego para que se hiciera de noche y luego aún para que volviera de nuevo a amanecer. Una inmensidad. Un infinito.

Fue entonces cuando, inesperadamente, recordé la tasca en la que, con mi padre, había empezado a celebrar mi bautizo de sangre. Fue la segunda revelación de la mañana. Me levanté de un salto, saqué los pies del agua, los sequé con hierbas de la orilla, me puse los zapatos y eché a andar casi al trote rehaciendo el camino que acababa de recorrer.

Aquello sí que era ya el comienzo de una decisión: iba a coger la segunda borrachera de mi vida. Iba a beber hasta que el alcohol me cegara, hasta perder la conciencia por completo. Iba a beber sólo para que el tiempo, con su paso cansino, dejara de avivar aquella horrible candela de mi remordimiento. Los pájaros habían regresado del silencio y alborotaban revoloteando de encina en encina, saltaban por entre las ramas y pasaban rozando mi cabeza, como si quisieran hacerme recapacitar todavía, una vez más, con el roce atrevido de sus alas. Pero yo apenas si los escuchaba. Apartando las matas de jara trepaba por la ladera del monte como si corriera en busca de un tesoro.

A los pocos minutos estaba otra vez en la plaza, al lado de las puertas del matadero. Ni me atreví a mirarlas. Crucé de una acera a la otra y me metí en la tasca jadeante y sudoroso. El sol entraba a raudales hasta el fondo del mostrador iluminando la habitación como si se tratara de la entrada del infierno. Desde detrás de la barra, el tabernero, calvo y tripudo, con un mandil grasiento que apenas le tapaba la panza, me miró desconfiado, huidizo. Su enorme papada, que casi le llegaba hasta el pecho, se tensó como la piel de un tambor y, en su boca de mastín desdentado, apareció un

gesto de desagrado como si acabara de entrar un pedigüeño o un recaudador. Pero su gesto cambió en cuanto le pedí una botella y un vaso. Babeando más que sonriendo salió del mostrador dando saltos de elefante, limpió una de las mesas con un trapo mugriento, antes de colocar sobre ella el vino y el vaso, y me dijo en un tono casi confidencial:

—¡Enhorabuena!

—¿Enhorabuena? ¿Por qué? —le pregunté a mi vez sin disimular el tono de desafío.

—Ya veo que ha decidido seguir las costumbres de su padre. Hace usted bien. Por eso le felicito. El vino enciende el corazón y es imprescindible en ciertos oficios. Me daba tanta pena no verle por aquí.

Ni siquiera le contesté. No merecía la pena. Es más, de no haberme sentido tan decepcionado, le hubiera dado un par de bofetadas… El tipo no tenía ni idea de lo que me empujaba a su tasca y ya estaba tratando de congraciarse conmigo. Me senté en una silla de anea y comencé a beber mientras él regresaba bufando a su lugar junto a los fregaderos.

La segunda botella no tuve necesidad de pedírsela. Me la trajo en cuanto me vio llenar el último vaso. Para entonces mi jovialidad había crecido hasta un punto que no pude por menos que decirle:

—Eres un tipo servicial, sí señor. Un tipo agradable. Todo un señor camarero. Pero no tienes razón: el vino no enciende el corazón, se limita a enturbiarlo. Por eso, en vez de partirte la cara, te la cubro de besos.

Y aprovechando que estaba inclinado sobre la mesa, lo besuqueé largamente con lágrimas en los ojos, mientras él se dejaba hacer sin oponer resistencia.

—No sabes el favor que me estás haciendo —le dije cogiéndole un puñado de papada—. A partir de este momento te nombro pinche en mi matadero. Nos vamos a divertir los dos. Sí, señor. Tú con tu vino y yo con mis cuchillos.

A aquella hora ya tenía yo una borrachera más que mediana. La tasca había tomado para mí el aspecto de un pequeño palacio oriental, en el que yo era el jeque y el

tabernero, el eunuco que estaba dispuesto a seguirme hasta la muerte. Veía las empolvadas y ennegrecidas botellas, colocadas en repisas en la pared del mostrador, y me parecían gemas multicolores destinadas a coronar mi portentosa cabeza. El propio mostrador era ya la balaustrada de mármol de una escalera que ascendía directamente al quinto cielo. Las sillas, divanes que, de un momento a otro, iban a ser ocupados por exquisitas huríes de ojos, boca y pechos húmedos y ampulosos como los de mis vacas.

A propósito de mis vacas recordé que eran dulces y amables, y estuve a punto de echarme a llorar ante el temor de no volver a verlas jamás. Pero escancié un nuevo vaso y volví a recuperar la euforia. Contrariamente a la primera vez que había bebido, ahora lo veía todo nítido y casi perfumado. Nada me daba vueltas, como entonces. Y aunque era verdad que el vino avivaba mi imaginación obligándome a crear un mundo irreal y aparatoso, yo sabía bien en qué silla me sentaba o en qué mesa apoyaba mis brazos.

Por eso no me extrañó en absoluto ver recortarse en el dintel de la puerta la figura de mi padre. Lo que sí me extrañó fue su porte digno y espigado, su actitud de juez horripilante, la seriedad de su rostro, velado por los efectos del contraluz, en el que yo reconocí, a pesar de todo, un gesto de nobleza e incluso de rejuvenecimiento, tan en contradicción con los destrozos que había hecho en él su habitual estado de profunda ebriedad.

Pero ni un solo momento dudé de que en efecto se trataba de mi padre y no de una nueva finta del alcohol. Por eso le grité sin moverme de la silla:

—Te tomé la delantera. Ya ves que empiezo a seguir tus consejos.

Y, viendo que no se movía del dintel, continué animándolo:

—De verdad, no te guardo ningún rencor. Anda, pasa y bebe conmigo. Hoy el que paga soy yo.

Mi padre se adelantó, en efecto, pero, antes de que diese el segundo paso, comprendí que aquel día no íbamos a emborracharnos juntos. Más bien al contrario: en su mano

derecha había aparecido una fusta de cuero que enarboló en el aire mientras mascullaba con la voz más diáfana y terrible que yo nunca le había oído:

—¡Eres un sucio traidor!

Y sin detener su movimiento recorrió la distancia que le separaba de mi mesa y comenzó a descargar sobre mí unos golpes de fusta tan violentos y tan precisos que en unos segundos mi cara, mis hombros y mi espalda se llenaron por completo de verdugones.

Yo intentaba protegerme con los brazos sin hacer nada para repeler su ataque. Una voz interior me aseguraba que en aquel momento no podría defenderme de mi padre ni oponiéndole un ejército entero de mamelucos. Su ira firme y rotunda, perfectamente controlada, por otra parte, le convertía en un ser omnipotente que se limitaba de una manera fría y descarnada a ejecutar su justicia.

El tabernero quiso intervenir intercediendo por mí, sujetando a mi padre, tratando de sacarle de la tasca. Pero mi padre se zafó de él estrellando su pesada mole contra el mostrador, que pareció partirse en dos con el impacto.

Lo único que pude hacer entonces fue aprovechar aquel breve instante de confusión para levantarme y echar a correr escapando de la taberna. Si alguna vez había tenido una borrachera, no lo recordaba en absoluto. Lo que sí estaba era aterrorizado. Como un perro apaleado.

Apenas salí a la plaza, mi padre corrió tras de mí dispuesto a rematarme en cuanto me alcanzara. Me aterrorizó aún más comprobar que corría como si de repente hubiera recuperado el vigor y la lozanía de su primera juventud. Corría de tal manera que supe que terminaría por darme alcance. Pero no me detuve. Enloquecido, creí encontrar mi salvación en el matadero. Como si me hubiesen crecido alas, di un salto, me agarré al borde de la tapia, me icé con fuerza y salté al corral. Sin dejar de correr, me dirigí al portalón, eché el cerrojo y las trancas y me consideré a salvo.

Mas, tan pronto como me di la vuelta, apoyando la espalda contra la roja madera de la puerta para recuperar la respiración, vi la cabeza de mi padre asomando por encima

de la tapia, exactamente en el mismo lugar por el que yo había saltado. Inmediatamente aparecieron sus manos y su torso y luego sus piernas alzándose en el aire como un par de látigos.

Sólo entonces comprendí que no tenía escapatoria y, rechazando cualquier otro pensamiento, rechazando incluso la idea de implorar clemencia, me dirigí tambaleándome al mismo sitio, junto al ciprés, donde aquel mismo amanecer me había encontrado tumbada a la ternera lisiada. Me dejé caer, me acurruqué en la tierra amarilla, metí la cabeza entre mis brazos y esperé que la muerte me acogiera en su seno con la mayor prontitud.

Tras deslizarse de la tapia, mi padre comenzó a avanzar hacia mí con una solemnidad grandiosa que yo adivinaba por el crujido de sus pasos en la arena. Cada una de sus pisadas sonaba en mis oídos como un golpe de gong. Era un sonido pavoroso que me convertía rápidamente en poco más que una piltrafa humana: en una miserable mota de polvo lista para ser barrida por el viento del atardecer.

Mi padre se detuvo a poco más de medio metro de mi cabeza. Pude ver la punta de sus botas negras y los bajos de su pantalón chorreantes de polvo. Pude ver la sombra de la fusta a un centímetro de mi frente, el puño que la aprisionaba, el brazo que se levantaba en el aire como una catapulta.

Creí escuchar un gemido de angustia escapando del pecho de mi padre. Pero lo que escuché realmente fue el trueno de su voz clavando los últimos tablones del cadalso.

—Siempre fuiste un cobarde —dijo—. Por eso te has convertido en un traidor.

Inmediatamente comenzó a golpearme de nuevo con unos golpes firmes y regulares, como si los estuviera descargando una máquina más que una persona.

Yo me mantenía inmóvil, hecho un ovillo en el suelo, sin soltar una queja. Pero no podía resistir el dolor. Me brotaba de las mismas entrañas, más que de los golpes, como una ganzúa que fuera abriéndome y abriéndome desde lo más profundo. Era, más que humillante, insoportable.

En medio de una espesa niebla que comenzó a levantarse delante mismo de mis ojos, yo notaba cómo la fusta me arrancaba tiras de piel de la espalda, puñados de pelos de la cabeza. Pero mi padre seguía golpeándome con una saña precisa, infalible, con una ira serena que ni siquiera le aceleraba la respiración.

De repente, a los golpes de la fusta vinieron a unirse las patadas que comenzó a propinarme mi padre. Se sucedían alternativamente: un fustazo en la cabeza, en los hombros o en la espalda y, a continuación, una patada en los riñones. Pero, para entonces, yo había dejado ya de sentir el dolor. Un sabor a sangre cálida y amarga se me agolpó en la boca e inmediatamente un vómito rojo se estrelló contra la arena del patio salpicando las botas de mi padre. Me pareció que la noche extendía sus alas de cuervo sobre el corral. Intenté mantener los ojos abiertos en la seguridad de que, si los cerraba, nunca más volvería a abrirlos. Pero un brazo de agua tiraba de mí hacia las profundidades de la tierra, hacia la abrupta cueva donde moran las sombras. En aquel preciso momento tuve la certeza de que nunca más volvería a salir a la superficie. Lo último que escuché fue el chirrido de los cerrojos y de las trancas de la puerta y los pasos marciales de mi padre que se perdían muy rápidos camino de la ciudad, camino del ocaso, camino de la nada.

5

Todo lo que he aprendido en esta vida se lo debo a mi padre. Lo confieso. Sobre todo en lo que se refiere a mi oficio. No es que, necesariamente, uno aprenda a caminar por la vida a costa de los demás. Pero, en mi caso al menos, seguramente como pocas veces ocurre, se produjo una simbiosis singular entre mi padre y yo que me permitió continuar la tradición del matadero por un camino tan personal como inédito.

Si no hubiese sido por el aprendizaje que me brindaba mi padre, si todo lo hubiese tenido que aprender por mi propia cuenta, me hubiese visto obligado a seguir sus pasos milímetro a milímetro, sencillamente porque las características del oficio me lo hubiesen ido imponiendo. Gracias a sus desvelos y, sobre todo, gracias a su más que preocupación por inculcarme el viejo modelo de vida que él creía imprescindible, pude yo ir reconociendo, aunque no sin dolorosas desgarraduras, las tergiversaciones y malentendidos, los falsos pilares sobre los que hasta entonces se había venido asentando mi profesión.

En otro tiempo había aprendido por qué mi padre mataba las vacas con aquella saña y con aquella ira salvaje que hacían de él un energúmeno despiadado mucho más que un matarife eficaz. Aquel descubrimiento me había servido a mí justamente para prevenirme y para convertir el matadero en una isla de amor.

El día en que recibí de mi padre aquella descomunal paliza por no haber sido capaz de matar una ternera tullida, aprendí por qué bebía y por qué se emborrachaba. Supe, precisamente por su forma mecánica de golpearme, que él había tenido el mismo tropiezo que yo. Supe, aunque nadie jamás me lo hubiese dicho, que, años antes, había recorrido como un sonámbulo el mismo camino hasta el arroyo, entre el trémulo olor de las jaras y el silencio maléfico de los

pájaros. Supe en fin que, agonizante y desarmado, febril y estupefacto, había regresado hasta la plaza, había entrado en aquella apestosa tasca y se había zambullido en el vino para nunca más salir de él.

Aquella paliza fue la que me salvó. No por las heridas que me produjo, sino porque me abrió los ojos una vez más permitiéndome reconocer y separar la verdad del error. Sin duda alguna, con aquella paliza, mi padre no había querido más que infundirme el pavor suficiente como para que yo no pudiera volver a matar si no lo hacía entre los ardorosos vapores del alcohol. Lo conocía y sabía que aquéllos eran sus métodos y sus intenciones. Pero yo escapé de aquel atolladero con el convencimiento de que, mucho más que la piedad o la compasión, el alcohol era el principal agente que podía dar al traste con mi obra.

No sé el tiempo que permanecí tendido en aquel rincón del patio donde mi padre me dejara, perdida la conciencia, desangrándome lentamente. Volví en mí suavemente, al contacto de una especie de vapor sonrosado que me entraba por la nariz como una aguja imantada. Abrí los ojos. Una ternera mansa me lamía la cara y el pecho restañando mis heridas. Otra, enteramente blanca y redonda, tumbada a mi lado, me transmitía su calor como un tónico que me devolvía la vida. Había amanecido otra vez a pesar de mis temores. El sol, mudo y pacífico, bañaba de luz las copas de los cipreses.

Empecé a incorporarme como si realizara cada movimiento por primera vez. Me dolía todo el cuerpo, con un dolor agrio y astillante que apenas podía controlar. Tenía el pecho y la espalda en carne viva, con trozos de mi ropa ensartados en las heridas. Pero, tan pronto como estuve de pie y vi la media docena de vacas que me rodeaban contemplándome bobaliconamente, recuperé las viejas riendas de siempre y me sentí con los mismos bríos y la misma gallardía de cada amanecer.

Olvidando sin esfuerzo mis dolores, tendí la mano a los animales. Los palpé uno por uno comprobando la perfección de su anatomía. Estaban más bellos que nunca. Entonces, bullendo de impaciencia, como si hiciese años que no

aparecía por el matadero, entré precipitadamente en la sala de despiece y me apoderé de mi viejo cuchillo de cachas de caoba. Regresé hasta el patio. En la cúspide del ciprés más alto se había posado un mirlo que inundaba con sus trinos el rectángulo del corral. Elegí mi primera víctima casi por instinto mientras, mentalmente, agradecía al pájaro la música que me regalaba. El mismo hormigueo brioso de siempre despertaba en mis testículos, al tiempo que mi verga se tensaba poderosamente asomando por entre la destrozada tela de mi pantalón.

Con la misma euforia, el mismo amor, la misma pasión demoledora de todos los días, monté a la vaca, la penetré sin esfuerzo, me agarré a sus cuernos y la conduje hacia el estrecho carril. Con la misma seguridad clavé el cuchillo en su cuello. Y con el mismo estruendo y aparatosidad eyaculé en sus entrañas mientras el animal se desplomaba sobre la tierra amarilla y sucia, roto para siempre el hilo de su vida.

Sólo cuando hube sacrificado de idéntica forma las cinco terneras restantes volví a reparar en mi deplorable estado. Aunque no tan vivamente, el dolor reaparecía como si millones de sanguijuelas se me hubieran clavado en la piel. Las heridas del pecho tenían un aspecto horrible, como debían tenerlo las de la espalda. La fusta había abierto surcos en la carne, surcos largos y profundos que, enturbiados por la arena, la suciedad y el lengüeteo de la vaca, habían adquirido un color negro verdoso repugnante. Debía además tener fiebre porque me pesaban los párpados hasta la extenuación. Un rumor de trompetas afiladas bajaba de la sierra, tan próxima, asaetándome los oídos.

Creí que de nuevo iba a perder el conocimiento y que mi padre volvía a saltar la tapia del corral, esta vez con una botella de aguardiente en las manos y una sonrisa irónica en su venenosa boca.

Intenté serenarme agarrándome al clavo de mi último triunfo: lo importante estaba hecho. Había matado a las vacas sin el menor reproche y sin el más mínimo remordimiento. No podía claudicar entonces, llegado a aquel punto. No podía dejarme vencer ni por el dolor ni por mi padre.

Haciendo un esfuerzo supremo tomé un balde de cinc y lo llené de la sangre aún caliente de las terneras. Me despojé de lo que me quedaba de ropa, cuidando de arrancar hasta los últimos hilos que se me habían embutido en la carne. Cuando terminé, lloraba sin poder contenerme, pero las punzadas del dolor comenzaban a remitir. Entonces me metí en el balde y me di un largo y cuidadoso baño con aquella sangre que humeaba. Fue prodigioso. Una inmensa paz, semejante al olvido, me recogió en su seno. Una paz bienhechora que cicatrizaba mis heridas y calmaba mi espíritu. Algo glorioso.

Una hora más tarde salí del balde, me lavé con agua corriente borrando las huellas de la sangre, me embutí en un viejo mono, con el que habitualmente solía realizar las faenas, abandoné el matadero y tomé, casi alegre, el camino que descendía hasta mi casa. El sol, más brillante y más vivo que nunca, me acariciaba la cabeza y los hombros. Un perro amigo se acercó a mí ladrando y moviendo la cola con entusiasmo. Una bandada de palomas cruzó el ancho cielo en dirección a la sierra. Un anciano, montado en un burro viejísimo, me sonrió al cruzarse conmigo, como si comprendiera las razones de mi paso ligero, el motivo profundo del brillo altanero de mis ojos.

Así pues, el asunto había quedado zanjado: en nada me había afectado aquel pequeño fracaso puesto que, como cada día, había vuelto a cumplir religiosamente con mi obligación. Mejor aún, ahora sabía que mi camino era el acertado y que nunca caería en las redes miserables y estériles en las que había caído mi padre. Yo no necesitaba estimulante alguno para continuar matando con el mayor fervor. El único estimulante era mi amor por las vacas y aquel relámpago sublime entre cuya luz las degollaba.

Por otra parte, en mi situación, nada podía resultarme más lógico que el hecho de que yo no quisiera matar a un animal inútil. Yo no era un matarife corriente. Mis pretensiones iban más allá de la simple realización de un oficio. Yo era un artista. Un virtuoso. ¿Cómo podía aceptar de buen grado proporcionar la muerte a quien, si no le hubiesen administrado los mejores cuidados, nunca hubiera llegado

con vida al matadero? No. Mis víctimas tenían que ser perfectas, porque la muerte sólo es luminosa y sublime cuando destruye una vida en la plenitud de sus facultades. Y no es que yo tratara de justificar mi ataque de compasión. Simplemente, y para decirlo en pocas palabras, me hubiera convertido en un miserable tahúr si me hubiera limitado a rematar sin más a un animal que nunca había merecido vivir y que debió ser liquidado tan pronto como abandonó las ardorosas entrañas de su madre.

Uno se reviste de fortaleza, de desprecio. Uno intenta embutirse en la armadura del orgullo y de la presunción. Uno intenta, por fin, cubrirse con el escudo de la lógica. Pero son corazas que se despellejan al menor contacto con la hojarasca. El resplandor de aquel fracaso, que no acababa de diluirse en el olvido, me golpeaba los ojos en los momentos más inesperados amenazando con dejarme ciego. Cuidé de que los ganaderos no volviesen a traer para su sacrificio un animal inútil. Esto ya era todo un síntoma que reflejaba mi inseguridad. Pero es que, además, a partir de aquel oscuro día, me resultó imposible volver a caminar por la ciudad con la actitud indiferente y confiada con la que lo había hecho siempre. La visión inesperada de un lisiado, de un cojo, de un tullido, de un niño mongólico, me arrojaba de sopetón en un lodazal de piedad en el que me hundía sin remedio pataleando como un ratón atrapado en un cepo. Mi pecho temblaba, corrían las lágrimas por mis mejillas y no me quedaba otra salida, si no quería verme abrazado al infeliz desconocido, entre el revuelo de la multitud, que la de partir a la carrera como si pretendiera escapar de un incendio.

Fue una época de estupor y sobresalto. Ante la aparición de uno de aquellos seres monstruosos me acometía un sentimiento de indefensión sólo comparable al que puede experimentar un prisionero ante el pelotón de fusilamiento. Poco a poco fui analizándolo mejor. Era en realidad un sentimiento contradictorio que me empujaba a la actividad más que a la renuncia. Por absurdo que pueda parecer, cada vez estaba más convencido de que aquella invalidez, aquella deformidad, sólo podían haberse producido con mi

complacencia. Si no también con mi participación. De esta manera me sentía culpable de aquellas monstruosidades como si, por comparación, en mi normalidad, se encontrara la causa o el origen de su aparición en la tierra. Se trataba, por consiguiente, de una culpabilidad que me impulsaba a actuar, a intentar reparar, de la forma más inconcebible y en medio de la repugnancia y el horror, la tragedia irremediable de aquellas criaturas repelentes.

El día, por ejemplo, en que descubrí a mi padre muerto en su cama, embadurnado de vómitos negros, con las mejillas asquerosamente verdes y las manos agarrotadas alrededor de la garganta, estuve a punto de sufrir un desmayo. Me quedé petrificado. El asco me arrancaba el estómago a zarpazos. Pero la compasión me atacó con tal brío que un desierto de amargura y de desolación se apoderó de mí. De repente, contemplando aquel cuerpo nauseabundo al que tanto había odiado mientras estuvo con vida, la gubia del recuerdo comenzó a roturarme el corazón. El peso de una deuda que nunca me había planteado pagar y que ya no podría pagar nunca me aplastaba contra las losetas de la habitación. Allí, arrodillado al borde de la cama, cuando ya era demasiado tarde, comprendía, como si me abrieran la cabeza con un hacha bien afilada, que todo lo que tenía, el aprendizaje de un oficio, su transmisión casi como un arcano, la tranquilidad que hasta hacía relativamente poco había rodeado mi vida, se lo debía a aquel hombre que, aunque miserable y desaprensivo, no había dejado de preocuparse de mí ni un solo minuto de su existencia.

Intentando acariciar, sin conseguirlo, aquella frente huesuda y tristísima, mi memoria volaba aún más atrás. Sumergido en la oscuridad del tiempo, alcanzaba a descubrir a un hombre joven que se iniciaba, a base de tropiezos y malentendidos, en el camino de su profesión. Yo lo había tenido más fácil. Indudablemente. Y en lugar de agradecérselo, en lugar de compartir con él unos descubrimientos y unas alegrías que sólo por su causa yo había conseguido alcanzar, me había limitado a ignorarlo. Todavía peor: a despreciarlo.

Sí, sí. El estado de descomposición al que había venido a parar mi padre era, en lo sustancial, obra mía. Había sido necesario que él se hundiera en la podredumbre hasta ahogarse en ella para que mi triunfo hubiera tenido lugar. Yo jamás hubiese alcanzado aquella perfección en el sacrificio de las terneras si no hubiese tenido el acicate de su perdición. Su ruina había sido la base de todos mis éxitos.

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos con una fuerza incontenible. Eran unas lágrimas siniestras y voraces que pugnaban con las arcadas que me producía la visión del cuerpo de mi padre. Unas lágrimas que me ablandaban el corazón convirtiéndolo en una papilla agria y amarga como una bolsa de bilis. Al mismo tiempo, un impulso inhumano me empujaba a actuar con la máxima celeridad. Tenía que subsanar, aunque fuera a toro pasado y sin verdadera validez, aquel inmenso desatino que nadie más que yo había provocado.

Imponiéndome al asco que me mantenía atornillado junto al guarderón de la cama, me levanté y salí de la habitación. Fui al patio. Llené una cubeta con agua del pozo. Tomé jabón y una esponja y regresé al dormitorio con el pulso como una locomotora. Entre arcadas y lágrimas desnudé por completo aquel hediondo cuerpo y me dispuse a lavarlo. Lo hice con mimo, con suavidad y con detenimiento, como si se tratara de restaurar una escultura valiosa. Dejé su piel brillante como el seno de un cáliz. Retiré, no sin considerable esfuerzo, las manos de su garganta y las anudé a su pecho. Cerré sus ojos descascarillados y aquella boca desdentada de la que, en vida, no habían salido más que maldiciones. Afeité sus mejillas y peiné sus cabellos humedeciéndolos con un perfume de azahar. Cambié las sábanas de su cama y busqué un par de velas que coloqué a un lado y a otro de la cabecera. Cuando las encendí, el resplandor descolorido y lúgubre de sus llamas me ofreció la imagen de un hombre al que nunca había conocido.

Sólo entonces me sentí satisfecho y en paz. Una calma dulce me llenaba de serenidad. Sabía que nada de lo que acababa de hacer tenía mérito alguno. Mas, a pesar de todo, a

pesar de mí mismo que no hubiese debido querer otra cosa que incendiar aquel cuerpo nauseabundo, me sentía descargado de un peso atroz y lacerante. La compasión y la culpa cedían su lugar a la ternura y al orgullo. Un orden invisible, pero no por ello menos ominoso, reaparecía entre las cuatro paredes de la habitación llenando el breve espacio con un perfume amoroso y perfecto.

La vida es compleja como la pulpa de una naranja. Tiene sus cascos jugosos, sus nerviaciones áridas, sus grumos agridulces, su semilla incipiente. No puedo negar a estas alturas que la de un matarife aquejado de la enfermedad de la compasión lo es hasta proporciones escandalosas. Porque no fue otra cosa que la compasión la que me hizo enamorarme de Simona. Un matarife que se precie de serlo no debería enamorarse más que de las vacas que sacrifica a diario. Es más, en su vida no puede haber lugar para un amor que no conduzca directamente a la muerte, que no se cumpla, como una profecía, en el momento exacto de la muerte. Un matarife honrado está obligado a saber que amor y muerte son palabras, conceptos, hechos cuyos significados se cruzan siempre en la misma antecámara del corazón, que, por más favorables que se presenten las circunstancias, no puede haber ninguna esperanza para el objeto de su amor. Nada de esto me era desconocido. Al contrario, a pesar de las recomendaciones de mi padre para que me casara, yo estaba dispuesto a continuar mi vida solo. Pero, desde el aciago día de la ternera lisiada, aunque continuaba matando las vacas con la mayor solicitud, mis convicciones naufragaban, y yo no encontraba la forma de volver a enderezar la nave.

La primera vez que vi a Simona los árboles casi recién plantados en el Parque Cruz Conde habían perdido todas sus hojas expoliados por el frío del otoño. Fue un flechazo en toda regla. Más aún: un lanzazo que me partió el corazón. Desde la muerte de mi padre yo había adquirido la costumbre de bajar a la ciudad después de terminar mi faena en el matadero. Comía en cualquier figón de los Portales o de la Ribera y luego dedicaba la tarde a pasear por las callejuelas de la Judería, por la Magdalena o por el barrio de San

Agustín. A veces me metía en un cine, al azar, sin preocuparme excesivamente por la película que proyectaban. Algunas tardes en las que me sentía especialmente satisfecho con mi trabajo, me iba a los Jardines de los Patos y, desde allí, me echaba a caminar hacia abajo hasta el nuevo parque que habían construido junto al Cementerio de la Salud.

La tarde en que conocí a Simona un viento helado descendía desde la sierra ensombreciendo los campanarios de la ciudad. En las islas del río, las gaviotas se apiñaban tiritando. Más lejos, hacia la campiña, las nubes se adensaban amenazando lluvia. Apenas podían distinguirse las largas hileras de olivos sino como una masa gris y macilenta. De las alcantarillas ascendía un olor pestilente que se incrustaba en la cavidad de la nariz como el golpe de una bayoneta. Nos encontramos en los jardines del Parque Cruz Conde, justo en la glorieta donde las rosas se mantienen lozanas todo el año. En aquella tarde opaca, de presagios y malaventura, sus pétalos habían empalidecido, como si una bandada de niños los hubiera pintado con tiza.

La vi venir de lejos, recortada bajo el plomo del cielo, meciendo sus caderas al compás de las ráfagas de viento. En un primer instante apenas si le presté atención. Si en aquel momento hubiese girado a la derecha perdiéndose más allá del seto de cipreses, jamás hubiera podido describir el color verdinegro de su pelo, el fulgurante tumulto con el que brincaban sus senos o la curva insolente a la que se soldaban sus muslos.

Pero continuó caminando en línea recta, cimbreándose como el ala de un cuervo por entre los rosales, y ya no hubo lugar en la tierra que no fuera testigo de su presencia. Desde los más empinados dientes de la sierra hasta la calcárea llanura de la campiña, los árboles, los arroyos, el río, el fragor de las avenidas, las torres de las iglesias y el espinazo de los tejados habían sido usurpados por la figura de aquella mujer que me entraba por los ojos con la fuerza de un cañonazo.

Era como un omnipotente imán que me paralizaba. Una imperiosa bengala que se abría sobre mi cabeza

incendiándome con sus infinitos hilos de vivaces colores. Recordé sin proponérmelo el día ya lejano en que sacrifiqué mi primera ternera. Recordé el prodigioso momento en que atravesé su cuello con mi cuchillo y el inesperado y glorioso cataclismo que se apoderó de mí. Pensé velozmente que no podía ser cierto. Que era imposible revivir aquella apoteosis. Que el corazón se rompe solamente una vez.

Pero había algo en aquella mujer, en su forma de andar, en la incertidumbre con la que se agarraba a su bolso, en el levísimo vaivén con el que movía su cabeza, que me fascinaba, provocándome el mismo desasosiego, el mismo temor y la misma incertidumbre que aquella primera ternerilla rubia y cautivadora. Se acercaba más y más, y yo no podía hacer otra cosa que contemplarla por encima de cualquier argumento, misteriosamente separado de mi cuerpo que permanecía clavado al suelo como una estaca, suspendido en el aire como un vencejo acechante unos instantes antes de salir disparado hacia su presa. Era algo abrumador y empalagoso. Como si la tierra se hubiera aplastado por los polos, y yo, sin dejar de ser yo, me hubiese convertido, por la violencia de la mutación, en una libélula sin cerebro detenida ante una flor de indescriptible colorido. Apabullante.

Sólo cuando la tuve a menos de dos metros de mí el velo de la fantasía se rasgó atravesado por un rayo de inusitada violencia. Mis ojos se hundieron en su cara de la misma manera que un saltador se clava, desde la altura del trampolín, en el cristal del agua. La queja de la tarde moribunda cayó sobre mis hombros aplastándome sin piedad. Allí estaba la explicación del recato de sus manos y del desafío a un tiempo de sus caderas. Allí estaba la inclinación dolorosamente pacífica y resignada de su cabeza y el duelo a muerte que entablaban sus pechos con el aire. Allí estaba, sobre todo, aquella desorbitada aunque intangible aura que orlaba su silueta como un campo magnético.

Tenía un labio leporino que convertía su boca en un agujero irregular y mal cerrado por el que inevitablemente se le escapaba la saliva. Su mejilla derecha, de piel

amelocotonada, aparecía cruzada por una enorme cicatriz blancuzca que le bajaba desde la sien derecha hasta el mentón. Su ojo izquierdo, descomunalmente hinchado, estaba situado literalmente fuera de su órbita, colgando de un amasijo de venas coloradas, ofreciendo el aspecto de un foco luminoso medio destrozado de una certera pedrada.

Era verdaderamente estremecedor. Una aparición demoníaca. O, peor aún, la concretización más lacerante del terror. Aquella cabeza no era más que una falsificación cruel de una cabeza humana. En la cara de Simona aparecía concentrado todo el mal que un dios salvaje y hediondo podía proporcionar a sus criaturas. Era brutal. Demoledor.

Como en una desangelada pirueta me vi de nuevo ante la vaquilla mutilada cuyo sacrificio no había podido llevar a cabo. Comparadas con aquella blasfemia, las deformidades de la vaca no pasaban de ser diminutas contrariedades que incluso podían tomarse en broma. Simples rasguños, simples arañazos sin importancia. Aquel amargo y ya lejano día, yo había aprendido qué era la compasión y las funestas consecuencias que podía acarrearme. Había aprendido más: si yo no había sacrificado la ternera, había sido únicamente porque me consideraba culpable de sus deformidades, porque, de una manera inconcebible y hasta burda, me veía obligado a aceptar que sus carencias estaban motivadas por mi normalidad. Se trataba de una cuestión de suma y resta. De la misma manera que la brutalidad y las borracheras de mi padre habían hecho posible mi dulzura y mi abstinencia. En el supuesto reparto con el que en mi mente veía formado el mundo, tanto la ternera como mi padre se habían llevado las peores tajadas. Yo, la mejor. Allí estaba el origen de mi culpa. Era la culpa, como una poderosa ancla, la que me ataba irremisiblemente a la compasión. No había que ser un lince para comprender que un matarife puede experimentar cualquier sentimiento menos el de la culpabilidad. Éste era mi desgarramiento y ésta era mi derrota.

Plantado allí, frente a aquella cara imposible que representaba para mí el colmo del desequilibrio, sabía que tenía que huir si no quería caer en las redes de la compasión.

Es más, ordenaba a mis piernas que partieran a la carrera, pero mis piernas se negaban tercamente a obedecer. Una oleada de furor comenzó a subirme pecho arriba, como una siniestra culebra que me enardecía con sus colmillos. Me daba cuenta de que me encontraba en el centro del fuego cruzado de dos enemigos irreconciliables: de una parte, la piedad; del otro, la rabia que este sentimiento me provocaba. Y esta sensación de impotencia y de desconcierto me empavorecía. Tan pronto me sentía sacudido por la ira como bañado enteramente por un chorro de miel líquida y tibia. Ambos sentimientos se entrecruzaban y sobreponían alternativamente hasta conseguir que mis ojos se llenaran de lágrimas. Alucinante.

En medio de aquel rapidísimo desorden maldecía la ocasión en la que mis pasos me habían conducido hasta aquel siniestro jardín. Al mismo tiempo, un redoble de pensamientos brevísimos, que me pinchaban como alfileres, irrumpían imperativamente en mi cerebro: ¿qué miserable ser, azar o maleficio había reunido en una sola cara tanta desventura? ¿Qué fatal designio había podido gozarse hasta el extremo de concentrar tal cantidad de mal en tan escasos centímetros de superficie humana? ¿Qué camino de orfandad inenarrable no habría recorrido aquella desvalida criatura hasta llegar a toparse conmigo? ¿Podría encontrarse aún en su corazón un sentimiento distinto del de la simple y desnuda venganza? ¿Era justo atreverse a dudarlo?

El dique que contenía las aguas de mi imaginación había saltado por los aires y aquéllas escapaban libremente con la furia incontrolada de un tornado. No. No era imaginable tanta crueldad. No podía ser posible. Mis ojos me estaban engañando. Debía tratarse de la oscuridad de la noche que avanzaba imparable o del embrutecimiento malsano al que, a pesar de mi creencia, me habían conducido mi oficio y mi soledad.

Pero volvía a mirar a la mujer en la fracción de segundo en la que ella todavía no había levantado el pie del suelo para iniciar otro paso y podía comprobar, desarbolado, que no me equivocaba: ella estaba allí, con su labio y su ojo y su

mejilla extraídos implacablemente de una cámara de tortura. Su ojo sanguinolento casi reposando en el tabique nasal. Su mejilla atravesada por un glaciar en el que aún perduraba la nieve. Su boca inacabada, con aquel fluir de saliva grasienta que se le convertía en sargazo húmedo, en escupitajo de idiota.

Nunca me había sentido tan mal. Ni siquiera cuando dejé en libertad a la vaquilla inválida. Nunca, como en aquel inacabable segundo, me había parecido tan torpe la vida, tan amarga y tan catastrófica. Todas las fibras de mi ser vibraban como laminillas de vidrio a punto de quebrarse. El estupor es ese silencio tajante que nos agarrota ante una tempestad de arena o ante una cara destrozada que no acaba de cruzarse en nuestro camino. No podía hablar, no podía decir nada, pero mi mente era un volcán en erupción. No era posible creer en un error de la naturaleza. Había que admitir el sinsentido de la tragedia. Porque no hay error posible cuando es la vida entera la que aúlla con desesperación. La tragedia estaba ante mí en aquella pelota de carne deforme, en aquel amasijo de células y átomos que coronaba un cuerpo de sofocante esplendor. ¡Cuántas noches de insomnio no se habrían precipitado sobre aquella cabeza! ¡Qué cantidad de años de inagotable sufrimiento no se habrían ido acumulando con irresistible tesón! No cabía suponer mayor tristeza. Al contrario, siempre me quedaría corto en el cálculo del horror. Siempre. Tenía que ser como una soga apretando en el cuello sin llegar a partirlo o como un callejón del que se comprende que no tiene salida cuando un toro nos viene persiguiendo.

Me encontraba en un barrizal gelatinoso del que no me veía con fuerzas para salir. Es más: del que ya no podría volver a escapar nunca, nunca. Era agobiante. Parecía que en un solo segundo la noche había caído por completo y que Simona, de la que todavía no conocía su nombre, y yo nos habíamos quedado petrificados como dos muñecos imbéciles. Pero con la llegada de la noche se había encendido una luz amarilla que alumbraba hasta cegar el calvero del parque. Era una luz pegajosa y casi repugnante a cuyo resplandor yo descubría brutalmente lo más ruin y detestable de la vida. Ni

un solo grupo de aquella masa viscosa se quedó entre las sombras. Lo que veía frente a mí no era sino el reflejo de mis propios terrores y de mis más ocultas y remotas debilidades. Ahora sí que no había subterfugio posible. Ni escapatoria. Sentía en mi pecho los aldabonazos de la vieja culpa y con ellos los de la no menos antigua y atosigante compasión. Y descubría, con la misma angustia con la que se descubre una enfermedad incurable, que el peso del destino acababa de caer definitivamente sobre mí.

Así es que estaba allí, detenido frente a aquella máscara terrorífica que no terminaba de cruzarse conmigo, como un cretino al que el vuelo de una mosca deja paralizado durante un milenio. Era lastimoso. Mi gallardía, mi presencia de ánimo, el control de mis emociones que yo había creído totalmente recuperados tras el asunto de la vaquilla y el entierro de mi padre, volvían a rodar por el suelo como un trío de cabezas segadas por una guillotina.

Seguramente en algún lugar del parque aullarían unos perros enardecidos por la aparición de una luna medio tapada por las nubes. En el cobijo de los setos de boj parejas enamoradas intercambiarían caricias sin palabras. Allá abajo, entre el laberinto de callejas que formaban los viejos edificios de la ciudad, se encenderían las luces de las salas de estar, y hombres apelmazados volverían a sus casas con olor a sudor y a herramientas. En el hospital, cuya mole blancuzca se alzaba en un costado del parque, enfermos de piel mustia gemirían sin consuelo. Un mundo de cuchicheos, de interjecciones sordas, de abatimiento o de esperanza se equiparía una vez más para resistir el paso de la noche. Pero yo no oía nada. Enredado en una madeja satánica, mi cerebro era un caos en ebullición, un agujero por el que se me escapaban las fuerzas para huir de aquel pozo sin fondo con la mayor prontitud.

No sé continuar. Por más que me concentro y pugno para encontrar las imágenes hay una zona velada en mi memoria que se niega al recuerdo. Vuelvo atrás repetidamente intentando reconstruir ese insignificante movimiento que señala un balbuceo, una mano que se extiende y corta como

una navaja de afeitar, una sonrisa estúpida que se abre lo mismo que un eructo, un alarido que nace de la asfixia para estrellarse contra una cabeza desportillada. Pero todo es confuso y desordenado. Acecho el levísimo instante en el que el labio inconcluso de Simona parece contraerse como la boca de un reptil. Busco un atajo para recuperar uno a uno los fogonazos que deben estar escapándose de su ojo tumefacto. Hinco el bisturí con firmeza intentando diseccionar en la distancia los cartílagos de la terrible pausa. Olfateo entre sus escondrijos. Husmeo entre una tupida red de venillas azules. Pero todo es inútil. Una muralla de silencio se alza frente a mi evocación y no hallo la manera de hacer saltar sus piedras de basalto. Es insufrible. Hay un río que se pierde en las profundidades de la tierra, una maraña de cables que lo embrollan todo, que enredan las pistas hasta hacerme confundir el rencor con la tristeza. Encerrado en este ataúd en el que me pudro lentamente, retorno a los primeros temblores de aquella tarde otoñal, rehago paso a paso el sendero de grava, el murmullo de las ramas frotándose contra las ramas. Al final siempre me estrello contra el muro y no puedo encontrar el desenlace. Es como la huella de un caballo borrada de la arena por el viento. Reconozco esta piedra, esta mata de juncias, esta vieja trinchera. Descubro la mirada plomiza de un ojo, la sombra estática y traidora de un lunar. Pero todo es tan frágil y lejano como un relincho. Puedo empezar a enloquecer. En medio de mi impotencia me asalta una jauría de leprosos diabólicos. Yo quiero huir, pero me atrapan con sus garras descarnadas. Grito antes de sumergirme en un bosque frenético. Me acometen convulsiones. Intento recobrar la esperanza de que al fin daré con el camino exacto: fundir de nuevo la historia para que no parezca tan absolutamente irreal, tan cárdena y huesuda. Intento buscar una justificación. Pero es verdad que las piezas se niegan a ensamblarse. Es verdad que no queda más que una mancha verde de sudor o de esputos: una mancha de lefa completamente verde que desciende de la colina como una burbuja a punto de reventar. Utilizo el destornillador como un sacacorchos. Me lo clavo en la sien y lo hago girar

buscando la pegajosa masa encefálica. La solución tiene que estar aquí: en el fondo de esta caverna donde todo se funde como en un alto horno. Un matarife no ha nacido para pensar, ni siquiera para intentar recordar batallitas perdidas de antemano. Es inútil proponérselo. Los músculos se niegan a obedecer porque no reciben más que órdenes contradictorias. La noche avanza de nuevo y entonces es ya como un veneno fulminante. No es posible resistir por más tiempo el desafío de este rompecabezas. Uno no sabe nunca de qué lugar de la habitación le van a llover las bofetadas. No hay defensa apropiada. Verdaderamente no hay la menor posibilidad de defensa. Sólo esta descomunal incertidumbre acerca de un mínimo y miserable segundo. Esta culebra que repta hasta esfumarse. Este calor y este vacío. Este hueco irrellenable con hechos que pasaron pero que se niegan tercamente a explicarse. Es una extraña enfermedad en la que recaigo cien, millones de veces. Una enfermedad insaciable que me absorbe como un remolino cenagoso. Me revuelvo con energía, con rabia. Intento angustiosamente pelear contra este bramido asolador. Me impongo a las convulsiones empleando hasta los últimos rescoldos de mis fuerzas. Intento recuperar mi mansedumbre con una serie de razones que hablan de lo intocable, de lo inevitable. Pero no puedo olvidar del todo. Los recuerdos, anteriores y posteriores a aquel fatídico segundo, me alcanzan como mazazos y arranco otra vez desde el principio, desde el aullido del viento en los campanarios, desde el escalofrío de una llanura sin color. Pieza a pieza vuelvo a recomponer el mosaico con infinita paciencia, con toneladas y toneladas de paciencia. Mas nuevamente aparece el ciempiés que todo lo disloca, el manotazo que emborrona el encerado, el temblor casi obsceno de mis labios, la locura, la presencia perpetua de Simona.

Todo lo más que alcanzo a comprender es que Simona está ante mí, con su boca y su ojo y su mejilla hendida, lo mismo que una res indefensa que espera mis caricias. Y ahora, después de tanto tiempo, ya no puedo precisar en qué finísimo momento le cruzo la cara a bofetadas, aparto a

correr como una flecha o me entrego a sus brazos como un pez oxidado que exige urgentemente la presencia del mar.

6

El amor es inexplicable. De veras. Lo afirmo ahora que no tengo absolutamente nada que ganar. La gente habla del amor porque jamás ha conseguido vivirlo. La gente concibe el amor como un carromato de sueños que pasa a media tarde derramando jazmines, pétalos de amapola, dulces rositas de pitiminí. Hablan y no paran de lo que no son más que cualidades externas: su resplandor de aljófar, su risa de muchacho, el perfume que brota de su adorable fruto. Imaginan el amor como una calandria que desgrana sus trinos en el alféizar de una ventana encantada. Como un espejo dorado más allá del cual la vida adquiere dimensión de cometa, de pez volador. Pero estas alharacas no son más que una engañifa. ¿Qué sabe nadie cómo cortará un hacha antes de descargar el golpe en la raíz de una cabeza?

En numerosas ocasiones el amor es un incendio que devora a sus víctimas sin que éstas acierten a comprender lo que les está ocurriendo. Me limito a constatar un hecho ahora que verdaderamente ya no importa nada. A la vista de los datos posteriores, de aquella tarde inclemente sólo me es posible concluir mi enamoramiento de Simona. Mi enamoramiento o mi perdición.

¿Mas, se trataba de amor? Durante mucho tiempo me creí sinceramente enamorado de mis vacas. Vivía para ellas. Me ejercitaba en mi propia supervivencia sólo para encontrarme cada amanecer con sus testuces blancas. Concentraba toda mi vida en aquel portentoso momento en el que un hombre insignificante como yo se convertía en caudillo y, al mismo tiempo, en perfume de acacia que rueda y se derrite por las calles más vulgares. Desparramaba mi corazón, lo abría como una esponja mientras ascendía por la tortuosa pendiente, mientras afilaba los cuchillos. Lo volvía del revés y luego lo estrujaba hasta la última gota entregándoselo a las terneras mientras las montaba, mientras iba degollándolas como el

primer suspiro con que se gana el día. Ni un solo amanecer falté a la cita con la puntilla dispuesta, ni una sola mañana claudiqué ante la monotonía de la repetición.

Pero me equivocaba. Uno no puede amar si de antemano sabe que nunca va a encontrar correspondencia. Uno no puede amar si el objeto del amor se escapa de las manos como una peonza que vuela, si la muerte liquida en un momento, por glorioso que sea, al receptor del amor, si ya no hay un cubículo sobre el que derramar nuestras mentiras, nuestras alegrías o nuestras esperanzas. Esto es evidente. Uno no puede amar una idea que se esfuma, un oficio que jamás responde ante una maldición o una caricia. La situación era exactamente ésta: por mucho entusiasmo que yo derrochara en mi labor, cuando acababa la faena, a mí no me quedaba más que los brazos chorreando de sangre y una especie de astilla impertinente que me arañaba el alma con una terca vocecilla de ansiedad. Es cierto que me sentía satisfecho. Pero, sin que yo lo advirtiera entonces, a mi alrededor se iba formando un vacío negro y espeso cuyas brumas más próximas me obligaban a deambular por la ciudad, a regresar a mi casa como un autómata, sin otro objetivo que el de matar las horas que iban del mediodía a la noche, de la noche al amanecer. Aunque lo adornase con cintas de colores o con requiebros heterodoxos de amor, yo no hacía otra cosa que cumplir con un deber. Yo estaba ciego. Y era una ceguera denigrante.

Sólo ante Simona la luz se hizo en mis ojos como la punta de un cuchillo. Supongo que debimos cruzar algunas palabras de saludo, un apretón de manos o una declaración explosiva y ruidosa que rompiera el conjuro que nos mantenía paralizados. No lo sé. Cuando me reencuentro en la memoria, cuando consigo sobreponerme a este calor tan húmedo y tan desagradable, cuando por fin rechazo esa nube de humo que envuelve las décimas finales de un segundo en que todo me resulta velado e inexplicable, cuando por fin respiro hondo y recupero el hilo del recuerdo, me veo caminando del brazo de Simona por la vereda que, atravesando el parque, descendía hasta la ciudad.

Ella caminaba tensa y espectante. Pero yo iba brincando como un potro. Había empezado a llover. El agua se arremolinaba en la cúspide de los abetos y luego caía sobre nuestras cabezas en gruesos goterones que parecían pedradas. Pero ni a Simona ni a mí nos importaba la lluvia. A mí por lo menos me resultaba incluso agradable. Por primera vez en mi vida llevaba del brazo a una mujer. Por primera vez sentía su respiración mezclándose y confundiéndose con la mía. No podía dar crédito a lo que me ocurría. Era una sensación de poderío y de seguridad, de firmeza y de audacia mezclados a partes iguales. Como si de repente me hubiese convertido en un gigantesco navío de acero contra el que nada pudiera hacer la violencia de las tempestades.

Yo guiaba a Simona a través del barro, que iba inundando rápidamente el caminillo, pero mi corazón estaba a punto de estallar. Nunca lo había sentido tan alborotado, tan cerca de mi boca. Era como un carbón encendido que chisporroteaba sin cansancio. La luna, asomando por entre los jirones de nubes, iluminaba brevemente y como en zigzag la suave ladera que descendíamos. A mí me parecía que temblaba y que de un momento a otro iba a caer a mis pies para rendirme pleitesía. Tenía unas ganas enormes de reír, pero el agobio de la felicidad contraía los músculos de mi cara como si estuviese a punto de sufrir un ataque.

Al llegar a la altura del cementerio, Simona tuvo un estremecimiento y sentí que intentaba cobijarse en mi pecho como una tórtola en su nido. Abrí los brazos y la rodeé tiernamente acercando mi boca a su oído.

—No tienes nada que temer —dije, concentrando toda mi atención en la magulladura de su ojo—. Estas manos endulzarán tu dolor.

Ella pareció sonreír con su labio mordido, pero yo no vi más que una cabeza que se inclinaba blandamente sobre mi hombro y una mano que buscaba la mía para corroborar mis palabras.

—Tu sufrimiento ha terminado —continué, sintiendo que la sangre hacía crujir mis venas—. A partir de esta noche ya no volverás a llorar jamás. ¡Jamás!

La lluvia que empapaba su pelo tamborileaba sobre las hojas de las adelfas. Pero donde el tambor atronaba infatigablemente era en el cobertizo de mi pecho. Sentía unas ansias irresistibles de trepar a la tapia del cementerio y caminar sobre ella haciendo equilibrios de malabarista. De trepar a los árboles y saltar de ciprés en ciprés, apoyándome sólo en sus vértices casi invisibles, lo mismo que un funámbulo con alas en los tobillos.

Apenas podía contenerme. Mis músculos se inflaban como un acordeón en plena sinfonía. Aquel gesto de Simona, el apretón de su mano en la mía, incendiaba la noche. El fuego crecía y se extendía por toda la ciudad como una estampida. Era un incendio magnífico que iluminaba la sierra y la campiña, que me devoraba por dentro y por fuera sin provocarme el más mínimo dolor. No veía flautas, ni estrellas, ni peces voladores. No veía rubíes inflamados, ni arcos iris de sangre meciéndome en el cielo. Pero el calor que me embriagaba sobrepasaba en luz, en colorido, en alegría a todo cuanto me había sido dado vivir hasta entonces, a todo lo que yo me hubiese atrevido a imaginar jamás.

De repente no pude aguantar más y, separándome de Simona, me puse a danzar delante de ella que me miraba con una expresión atónita en su cara destrozada. Daba volteretas en el aire, andaba con las manos, hundiéndome en el barro hasta los codos. Cuando vi que empezaba a sonreír, llena de incertidumbre, le grité:

—¡Voy a ser tu payaso! ¡No deseo otra cosa que verte reír! ¡Siempre!

Terminé mis piruetas con un salto mortal que dio con mis huesos en mitad de un charco de considerables dimensiones. Empapado de barro amarillo, pero exultante, retorné al lado de Simona tomándola de las manos. Ella reía ahora abiertamente ante mi lamentable estado. Parecía, no obstante, que iba a recriminarme algo, pero no permití que hablara.

—¡Vamos! —dije mientras tiraba de ella con apasionamiento—. ¡Tenemos que celebrarlo! ¡No voy a dejarte escapar! ¡Esta noche he descubierto mi camino!

Volvimos a caminar bajo la cortina de lluvia. Sentía el agua colarse por mi cuello, resbalar por mi espalda y bajar en canalillos helados por mis piernas. Pero no sentía el más mínimo frío. Al contrario: una lengua dorada me envolvía por completo electrizándome con su vapor. Nunca me habían parecido tan ciertas las palabras como en la última frase que acababa de pronunciar. En efecto: aquella noche había descubierto mi destino. Había descubierto a alguien en quien poder volcarme durante todo lo que me quedase de vida. Un ser, no sólo dispuesto a aceptar mis caricias, mi ternura, mi amor, sino a responder a ellas con algo, una sonrisa, por ejemplo, total y absolutamente distinto de un estertóreo mugido y un borbotón de sangre como una marejada. Un ser que no se convertiría en una montaña de carne caliente y asfixiante tan pronto como mi mano cayera sobre su cuello. Un ser, en definitiva, a quien yo podría amar sin tener que matar.

A través de la Puerta de Sevilla entramos en el Alcázar Viejo. El empedrado de las calles, barnizado por el agua, relucía a la luz de los faroles que acababan de encenderse. Recordé la fonda de los Portales en la que había comido con mi padre hacía ya tanto tiempo y por la que no había vuelto a aparecer desde entonces. Por unos momentos pensé que podría ser un buen sitio para llevar a Simona. Pero lo rechacé enseguida. Simona merecía algo mejor. A pesar de lo que yo había vivido en ella, aquella fonda era un lugar infame que hubiera desagradado a Simona, a la que, a pesar de las deformidades de su cara, no le faltaba un porte delicado y, hasta cierto punto, elegante. Calculé mentalmente el coste de una cena decente mientras disimuladamente palpaba la cartera en el bolsillo interior de mi chaqueta. «¡Al diablo los cálculos!», me dije, decidiéndome por Casa Rubio, una taberna antigua pero confortable, con una cocina excelente. Llevaba por lo menos diez años haciendo economías. Aquel momento bien merecía no reparar en gastos.

Bajo la torre de la Mezquita, que se erguía imponente, estratégicamente iluminada por unos focos blanquísimos, Simona, después de hurgar en los bolsillos de su falda con

unos dedos muy largos, sacó un pañuelo empapado en el que pretendía secarse el agua de la cara. No sabía si reír o esconder su cabeza bajo el cuello de mi chaqueta. Su pobre labio leporino se contraía temblando como si se le fuese a desgajar del todo de la boca. La cicatriz de su mejilla se había convertido en un trozo de soga empapado de sangre. Yo vi bien que de sus ojos caían gotas de agua que nada tenían que ver con la lluvia. Hubiera debido pensar que la felicidad la trastornaba. Pero el golpe de una coz me reventó en el pecho. Un animal, pegajoso como una serpiente, se me enroscó en el cuello apretando con sus uñas heladas. Entonces, hecho un mar de melaza, la estreché entre mis brazos y besé aquel labio inexistente como si se tratara de reanimar a un cadáver. Como si en aquel beso me jugara la vida. Ella empezó a sollozar entrechocando sus dientes con los míos, Iludiéndose en mi boca mansamente, lo mismo que un molusco, mientras se dejaba estrechar entre mis brazos con la docilidad, la simpleza y el abandono de una ternera. Su ojo desorbitado se paseaba por mi mejilla como la punta de un cigarro encendido.

—No quiero que vuelvas a llorar —le dije cuando vi que se calmaba.

Y continué, poniendo mis manos en sus hombros que parecían a punto de quebrarse:

—Ya has llorado bastante en tu vida. Quiero que a partir de hoy sepas lo que es la alegría. Quiero hacerte feliz.

Y aún, dándole una suave palmada en la mejilla sana e inclinándome cómicamente hasta tocar el suelo con mi rodilla:

—Desde esta misma noche me voy a convertir en tu esclavo más sumiso. Ya verás cómo al final te convences de lo hermoso que resulta vivir.

Me levanté aspirando el resuelto perfume que brotaba de sus senos, la besé tiernamente en la frente y volví a cogerla por el brazo tirando de ella con suavidad hacia la calle Deanes. La luz amarillenta y fría de los faroles creaba un bosque de sombras hacia la plaza del viejo hospital de agudos. Por las cunetas de la calzada el agua se atropellaba

corriendo veloz hacia las alcantarillas. De la calleja de la Hoguera surgió la voz desordenada de un borracho que ascendió por entre el crepitar de la lluvia como el gruñido de un cerdo. Simona pasó entonces su brazo por mi cintura y yo sentí que el resplandor de la noche me poblaba la cabeza de flores.

El patio cubierto de Casa Rubio estaba atestado de jugadores de dominó que se recriminaban a gritos los errores después de cada mano. Pero las voces enmudecieron tan pronto como traspasamos el escalón de la entrada. Un silencio espectante, roto apenas por algunos cuchicheos recelosos, sustituía bruscamente al griterío. Como atraídas por una luz fosforescente todas las miradas se dirigían hacia nosotros. Aunque nuestro estado era lamentable, pude comprobar que se quedaban clavadas como arpones asustados en el rostro de Simona. Eran unas miradas en las que se mezclaban por igual el terror, el desprecio y la reprobación, la repugnancia que les provocaba la cara atormentada de Simona.

A través de aquel silencio que hería, el camarero, de cara desmesuradamente roja y labios de caballo, nos condujo entre atemorizado y violento hasta una mesita libre situada junto al brocal del pozo. Su lengua trastabillaba miserablemente al enumerar la lista de las tapas que podíamos consumir. Tomó nota en una libretilla manchada de grasa y se alejó velozmente en dirección a la barra haciendo sonar los tacones de sus zapatos.

Mas no por ello se quebró la tensión del ambiente. Yo intentaba aparentar indiferencia ensayando una sonrisa simbólica que no llegaba más allá de mis dientes. Pero el chasquido de las miradas iba subiendo de tono. Ahora se habían tornado provocativamente hostiles, exigiendo, como en un ultimátum, nuestro abandono del local. Simona se tapó el rostro con las manos ahogando un sollozo que le perforaba el pecho y la garganta. Hizo ademán de levantarse y se apoyó con los codos en el brocal del pozo. Su cabeza rozó las ramas de una gitanilla sin flores que colgaba del gancho de la polea. Pensé anonadado que iba a tirarse al pozo para evitar la

humillación. Es más, vi su pecho de vidrio perdiéndose en la negrura del agujero. La sangre se me subió a la cara y me anegó la frente y las mejillas. Primero sentí un mazazo en la nuca y luego un arañazo en el cuello que me espoleaba. Era como si me hubiesen amarrado a una silla y, colocando un embudo en mi boca, me hubiesen obligado a beber una abundante ración de vitriolo. Me puse de pie como si me abrasara y me enfrenté rabiosamente a aquella concurrencia sin escrúpulos ni piedad.

—¡Es mía! —grité—. ¡Mía! ¡Y la amo!

Sorprendidos por mi reacción, que no esperaban, los rostros completos pero hediondos que nos miraban, vacilaron. Hubo un momento de equilibrio cortante en el que pareció que iban a abalanzarse sobre mí para descuartizarme. Por fin, poco a poco, con una lentitud que imitaba la muerte, bajaron sus ojos volviendo a concentrar su atención en el mosaico de las fichas. Casi enseguida las voces recuperaron su interrumpido vigor y los jugadores volvieron a enzarzarse en sus tremebundas peleas.

Yo estreché a Simona entre mis brazos y la obligué a colocar sus manos encima de la mesa. Después me senté de nuevo en la silla y se las cogí con las mías apretando fuertemente hasta que me blanquearon los nudillos.

—Sólo debes mirarte en mis ojos —le dije poniendo en mis palabras la seriedad de una sentencia.

Y como vi que encogía sus hombros con indiferencia, insistí:

—Para mí no hay otra más hermosa que tú. Te lo juro. Me gusta tu cara. Como está. De otro modo nunca me hubiera enamorado de ti.

Las fibras de su cicatriz titilaban como hebras de seda. Sus senos enérgicos se distendieron bajo la humedad de la chaqueta. Su cuello se dobló mansamente hasta hacer reposar su mejilla herida en el envés de mi mano derecha.

Comimos sin dejar de mirarnos como si intentáramos reconocernos después de una larga ausencia. A Simona se le escapaban trozos de comida por el agujero de su labio. Pero yo, aunque me parecía sumamente gracioso, me hacía el

desentendido temiendo volver a herirla. De cuando en cuando, su mano larga y fina buscaba la mía más allá de su plato. Entonces me la acariciaba con insistencia, como si pretendiese esconder sus dedos debajo de mi piel. Yo me sentía dichoso y expansivo. Había bebido un poco de vino y estaba dispuesto a admitir que hay situaciones en las que la bebida puede ser tan hermosa como dedicarse en cuerpo y alma a regentar un matadero. El pecho se me alborotaba como el de un gorrión. Mi frente estaba a punto de estallar de gozo.

Ni una sola mirada nos siguió cuando abandonamos la taberna. El brío de mis palabras había convertido a aquellos miserables insolentes en inofensivos muñequitos parlantes. Al salir a la calle la lluvia había cesado y una luna atrevida se paseaba alegremente por entre un amasijo de nubes. Yo sentí una cosquilla breve en los testículos y pasé mi brazo por el hombro de Simona hundiendo mi boca en la curva de su cuello. Me hubiera gustado llevarla a mi casa, o al matadero. Pero me pareció demasiado pronto, demasiado precipitado. Así es que volvimos a caminar sin un rumbo prefijado, aunque mis pasos tomaron obstinadamente la dirección del Campo de la Merced.

No había un alma en las calles. Sólo de tarde en tarde el fugaz ladrido de algún perro mordía cansinamente las esquinas. Yo notaba que a Simona le gustaba el contacto de mis labios porque doblaba el cuello con rápidos estremecimientos. Entonces comencé a acariciar con mi lengua aquella piel tan tersa como yo no había conocido nunca. Pareció que la tocaba con la punta de un cuchillo: se irguió y luego se dobló sobre sí misma terminando por abrazarme aplastando sus pechos contra mis pulmones.

—Esto no es más que el principio —le susurré derramando mi voz en su oído—. Voy a hacerte olvidar tu sufrimiento. Voy a hacer que tú misma te ames.

Sus manos habían resbalado por mi espalda hasta detenerse en mi cintura. Su vientre, plano como la superficie de un hacha, rozaba el mío inundando mi cabeza con un aluvión de imágenes entre las que destacaban el corral

amarillo del matadero y los cuatro cipreses de sus esquinas, largos y negros, como encapuchados.

Entramos en el Campo de la Merced por la puerta que daba al hospicio. Al pisar el camino de gravilla, Simona vaciló un instante amagando un gesto de contrariedad o de temor. Su ojo desorbitado chisporroteaba. Miró su reloj mostrándomelo ostensiblemente y arrugó su entrecejo como si me recriminara lo tarde que se había hecho. Pero yo tiré de ella suavemente, pegué mi pierna a su crujiente muslo y la conduje hasta un banco de madera colocado en el borde de la plaza central. Mi pene chisporroteaba, tenso bajo la tela del pantalón. La grácil silueta de una becerra apareció ronroneando junto al tronco de un eucaliptus gigantesco. Era una becerra clara y dulce, como un pan de azúcar. Mas la rechacé con energía, comprobando, como en un latigazo, la diferencia primordial entre una y otra piel, entre la piel diáfana y cristalina de Simona y la otra crespa y dura de las terneras.

Nos sentamos sin ruido. Los chorros del agua de la fuente, brotando de la boca de unos tritones gordos y relucientes, que la luna iluminaba ahora con intensidad, parecían tiras helicoidales de un metal caprichoso y riente. Simona se quedó mirándolos fascinada. Yo me abracé a ella taponando con mis labios el agujero de su boca.

Al principio no reaccionó. Se mostraba nerviosa, tensa, como si olfateara un peligro inminente, una nueva humillación o algo más terrorífico y definitivo. Pero la acción de mi lengua trabajando sus encías fue calmándola poco a poco. Noté que se relajaba al tiempo que abría sus dientes y anudaba su lengua con la mía. Su respiración quedó en suspenso durante un largo minuto. Después, rompiendo el beso bruscamente, se desparramó en un profundo suspiro. Su rostro terrible se había dulcificado otra vez, pura emoción en sus mejillas, pura delicadeza y laxitud en el promontorio de su ojo furibundo.

Sentí que aquella dulcedumbre me incendiaba y desabroché ávidamente su chaqueta, introduciendo mi mano bajo la tela de su camisa. Mis dedos inexpertos rozaron la

cereza de sus pezones. Eran duros como bolas de roca y coronaban unos pechos redondos que abrasaban. Inesperadamente la manía de la comparación volvió a lucir en mi cabeza. Quise besarlos, lamerlos, morderlos como tantas veces había hecho con las ubres de mis vacas. Lo hice. Con temor al principio, como si fuesen a quebrarse al contacto de mi boca. Después, desaforadamente, inundándolos de saliva, ahogándome en ellos.

Simona puso sus manos en mi cabeza acompañando con su latido mis desordenados movimientos. Su garganta era un puro resuello. Su boca se me pegó a la nuca como una ventosa. Una ventosa afilada y cortante que parecía querer alcanzar mi yugular. Tuve la intuición de que, si introducía mi mano bajo su falda, acabaría por degollarme.

Pero la introduje a pesar del peligro, sintiendo que era el peligro precisamente, sus turbulentos cuernos, los que me espoleaban.

Cuando alcancé su sexo, un relámpago rojo estalló en el centro del parque despertando a las palomas, acuchillando mi espalda, desgarrando velozmente el vientre de Simona. Miré su cara un segundo. La tensión del placer la embellecía difuminando milagrosamente sus deformidades. Unas levísimas gotas de sudor, que habían aparecido en su frente, le daban un aspecto de diosa coronada de perlas, de rubíes, de esmeraldas.

No lo pensé ni un momento más y me lancé al vacío dispuesto a comprobar el límite de sus fuerzas y de las mías, las dimensiones de aquella especie de túnel larguísimo por el que yo veía cómo Simona se volatilizaba. Volví mi cabeza hacia sus piernas y la hundí bizarramente en la maraña de su sexo. El vello, rizado como virutas de acero, me hirió crudamente los labios. Sufrí una impresión desagradable: las terneras no tenían vello y su sexo era dulce y espumoso, suave y acogedor. Pero continué avanzando con mi lengua por entre aquel bosque de espadas como si pretendiera derribar un muro de basalto.

Noté cómo Simona se envaraba, cómo cerraba sus muslos aprisionando entre ellos mi cabeza, cómo se tensaba su

vientre. Mi lengua había llegado a una especie de gruta húmeda y aterciopelada cuyas paredes vibraban sin control. Allí se detuvo un momento inspeccionando los pliegues de la piel, saboreando un intenso perfume a albahaca como jamás había conocido en el pringoso barrizal de las terneras. Mas, enseguida, azuzada por los quejidos que escapaban del pecho de Simona y por mi propia excitación, mi lengua se lanzó a un galope desenfrenado que llenaba de truenos y de astillas el inmedible silencio de la noche.

Las quejas y los lamentos de Simona iban siendo cada vez más escandalosos. Su pecho se quebraba como un tronco de madera reseca. Yo sentía la violencia desgarradora con la que aquel escándalo me golpeaba los testículos. Pero continuaba moviendo mi lengua como si de un momento a otro fuese a ver a una de mis terneras rodar a mis pies con el cuello convertido en una catarata de sangre.

De repente, las uñas de Simona se clavaron en mi espalda hundiéndose frenéticamente a través de mis ropas. Sus piernas se levantaron en el aire formando un arco tenso, un arco que se combaba rígidamente a punto de partirse. Dio un grito, más bien un alarido largo y profundo que llegó hasta las últimas oscuridades del parque, y se desplomó escurriéndose en el banco como una madeja de lana.

Creí que de verdad perdía el conocimiento, incluso que expiraba. Velozmente pensé en la inutilidad de mis cuchillos, en la brava fiereza de mi lengua recién descubierta. Un aguacero de pánico comenzó a caer sobre mi cabeza humillada. Pero miré la cara de Simona y un sollozo de júbilo fue el que me atravesó la boca inundándome de sol y de campanas: sonreía. Sonreía como si acabara de alcanzar el paraíso, como si todas las palomas del parque hubiesen venido a anidar en su pelo, como si una mano mágica y cariñosa hubiera bajado de las nubes llevándose en su vuelo ardoroso sus monstruosas deformidades. La pálida luz de la luna hacía brillar sus labios, la punta de su nariz dilatada, la piel casi transparente de sus párpados. Noté que sus manos se reanimaban lentamente y que, llenas de agradecimiento, se enlazaban a las mías. Por primera vez en mi vida supe lo que

era verdaderamente la felicidad y cómo, hasta entonces y sin saberlo, no había hecho otra cosa que buscarla en vano.

Las primeras luces del alba, anunciándose con timidez por la lejanía de la campiña, nos alcanzaron en el mismo calvero del parque donde la tarde anterior se había producido nuestro encuentro. Las rosas amarillas de los parterres se volvían a mirarnos titilando de asombro. El seto de cipreses, como una muralla afilada, se abría lleno de gozo hasta formar un arco, una escalinata, un atrio de sonrosada piedra, la entrada de un palacio fabuloso de inenarrable grandiosidad. El albero de los caminillos se había convertido en fino polvo de oro que se pegaba a nuestros zapatos convirtiéndolos en joyas que brillaban cantando en medio de la oscuridad.

Sin dejar de navegar sobre una de aquellas nubes que todavía cruzaban el cielo al tiempo que enlazaba mis manos por detrás de su cintura:

—Sólo la muerte podrá separarnos —dije concentrando toda mi atención en la magulladura de su ojo—. Sé lo que me digo —continué apostillando cada una de mis palabras con un apretón de mis brazos—, sé lo que me digo porque estoy acostumbrado a ver la muerte.

Le di un tierno beso en la frente, mientras contemplaba una vez más sus ojos maravillados y partí casi a la carrera camino de la ciudad, camino del matadero donde ya me estarían esperando las terneras, donde, un día más, como en un ciclo indeclinable, debía volver a cumplir con mi ineludible deber.

Por primera vez, desde que había descubierto el método, aquel día no copulé con las vacas mientras las mataba. Aunque sin ira, sin asperezas, las degollé rápida y bárbaramente, hundiendo el cuchillo en sus gargantas con un golpe mecánico que agilizaba la acción, pero que la despojaba completamente de su grandioso esplendor, de aquella incandescente aureola de obra de arte. Un dolor tenso y frío, como un descuartizamiento en vivo, me pulverizaba los testículos, subía por mi vientre, se agarraba a mis vísceras inocentes y me las desgarraba sin piedad, sin la más mínima

gota de piedad.

7

Fueron unas semanas de inenarrable felicidad. Las mejores de mi vida. Seguro. Nunca me había sentido tan decidido, tan audaz. Prendido del ojo tumefacto de Simona, de su labio agrietado, recorrí caminos desconocidos que me hicieron comprender la terrible soledad en la que, a pesar de las terneras, había estado viviendo hasta la tarde en que la conocí. A partir de aquel día comencé a vivir en un permanente estado de plenitud y de satisfacción. El horizonte, iluminado por el resplandor de aquella mujer, se abría ante mí como una carpa infinita y yo me sentía el hombre más importante de la tierra, el más bondadoso, el más genial. Esta sensación era verdaderamente prodigiosa.

Ya no se trataba sólo de mi carrera de matarife. Una carrera que había aprendido a amar, ciertamente, pero que a veces se me hacía tan pesada y tan monótona que, si alguna vez conseguía alcanzar el reconocimiento de mis conciudadanos, ya no sería sino después de un tiempo de continuo progreso que me parecía desmesurado. Ahora, al fin, sin proponérmelo, sin soñarlo siquiera, sin haber llegado a sospecharlo, me encontraba con alguien ante quien mis explosiones de ternura recibían una recompensa inmediata. Una recompensa que se materializaba en el temblor de un ojo, en el apretón de una mano, en el rubor incandescente de una mejilla relampagueando en la noche exclusivamente para mí.

Durante todo el otoño y parte del invierno no dejamos de vernos ni un solo día. Yo no había vuelto a copular con las terneras. Ahora me apresuraba a degollarlas certeramente soliviantado por una urgencia que me empujaba a realizar la faena con la mayor celeridad. Sabia, pero fríamente, con la precisión de una máquina, las descuartizaba y las desollaba, apilaba la carne separando las distintas piezas, limpiaba las pieles, fregaba la habitación. Pero todo lo hacía sin ilusión,

como si de repente me hubieran brotado alas y el matadero se me hubiera convertido en un cepo del que me resultaba imposible escapar.

Tan pronto como terminaba mi trabajo me echaba a volar efectivamente. Bajaba el cuestarrón casi sin poner los pies en el suelo, atravesaba la carretera sin reparar en los automóviles y me metía en mi casa como una exhalación. La verdad es que aquellas prisas carecían de fundamento porque luego no sabía cómo matar el tiempo, ya que de todas formas no podía ir al encuentro de Simona hasta la caída de la tarde. Me lavaba concienzudamente, preparaba complicadas comidas que acababa por tirar a la basura, procuraba conciliar un sueñecillo que no conseguía atrapar jamás. No las horas, los minutos pasaban con tan exasperante lentitud que parecía que nunca acababan del todo. A lo largo del día, mi nerviosismo no hacía más que crecer y crecer.

Sólo cuando el sol, por fin, comenzaba a declinar largándose de las ramas del limonero, yo empezaba a calmarme. Entonces volvía a lavarme, me afeitaba, me perfumaba, me ponía ropa limpia, masticaba una hoja de hierbabuena para dar buen sabor a mi boca y, con paso elástico y firme, tomaba el camino del Parque Cruz Conde, como si saliera a descubrir una tierra de promisión. Con todo, la prisa había desaparecido. Ante la proximidad de un nuevo encuentro con Simona procuraba demorarme para no llegar a la cita antes que ella. Sin mayor explicación, me encantaba paladear la desazón que sin duda se produciría en su pecho ante la posibilidad de que yo no apareciera.

Tan pronto como asomaba por una esquina del rectángulo de las rosas la descubría sentada en un banco de piedra, con las manos en el regazo, la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro derecho y los ojos perdidos en la lejanía de la campiña. El sol ya se había ocultado del todo y una luz grisácea, huidiza, llenaba de patetismo la amorosa figura de Simona. El desmayado abrazo con el que me recibía, el beso fugaz con el que respondía al volcán que estallaba en mis labios, no apagaba mi entusiasmo, sino que avivaba la hoguera de mi ternura, el fuego luminoso de mi compasión.

Todas las tardes hacíamos el mismo recorrido. Tirando suavemente de sus manos la levantaba del banco, le pasaba mi brazo por la cintura y así, muy juntos, pero sin pronunciar palabra, volvíamos a caminar despacio por las callejuelas de la Judería, por el Buen Pastor, por la plaza de las Tendillas. Al fin, ya bien cerrada la noche, llegábamos al Campo de la Merced. Allí era donde cada noche volvía a producirse el milagro de la primera. En aquel mismo banco de madera que, al menos para mí, había terminado por convertirse en una especie de santuario prodigioso, Simona volvía a caer desmayada de placer entre mis brazos. Sus ojos se cerraban envueltos por la niebla del éxtasis instantes después de que mi lengua hubiera alcanzado el alveolo de su sexo. Su respiración se paralizaba momentáneamente. Sus brazos se deslizaban por sus muslos hasta terminar yertos y flácidos en el asiento del banco. Sus mejillas empalidecían hasta tomar el color de la muerte.

El trance de Simona era abrumador. Tan vivido resultaba que hubo ocasiones en las que llegué a pensar que podía estar muerta de verdad. Un sudor frío, como una soga atada a la garganta, me bañaba en un segundo todo el cuerpo haciéndome tiritar como un azogado. Sin embargo, poco a poco, los labios de Simona se animaban, su respiración, que, en realidad, no había llegado a apagarse del todo, recuperaba su ritmo, sus manos, largas como suspiros, buscaban mansamente las mías con un himno de agradecimiento en cada uno de sus dedos.

Era precisamente aquella resurrección majestuosa, que yo acechaba gimiendo de alegría, la que me convertía en soberano del mundo, en mago portentoso en cuyas manos de acero se concentraban a un tiempo la muerte y el placer, el dolor y la vida. Eran aquella resurrección, aquel retorno inmóvil de Simona, los que me llenaban de emoción y de dicha. Encima de nosotros, en un cielo abrumadoramente limpio, una legión de estrellas brincaba en silencio. Pero yo no tenía ojos más que para contemplar el rostro feliz de Simona. Se transfiguraba. Hasta el punto de que donde un momento antes no había más que terror y sufrimiento

aparecía una luz radiante que ocultaba por completo sus terribles heridas. Un milagro así era el que jamás podrían ofrecerme mis terneras. Y un milagro así era el que, sin saberlo, yo había estado esperando durante toda mi vida.

Ya de madrugada dejaba a Simona en el calvero del Parque Cruz Conde y yo regresaba a mi casa rebosante de satisfacción. Dormía a pierna suelta, abrazado a aquella imagen tierna que nadie más que yo era capaz de iluminar. Sólo al amanecer, cuando la primera luz del alba se filtraba por la ventana de mi dormitorio y yo me despertaba, volvía a acuciarme la prisa. Era una especie de aguijón que se me clavaba entre las costillas y que no me dejaba vivir hasta que no volvía a encontrarme con Simona.

¿Qué es lo que convierte a un hombre en un pelele, en una piltrafa humana? ¿Qué es exactamente lo que obliga a un hombre a abdicar de su origen, a salirse del camino, a poner en la picota sus mejores virtudes? De repente, uno pretende estrujar la vida con sus manos y, en el intento de sacarle hasta la última gota de jugo, no hace más que romperse la crisma contra un muro. Uno no se conforma nunca con lo que posee y siempre pretende más, más, más. ¡Ay, si nunca me hubiera movido del matadero! ¡Si nunca me hubiera despegado de mis vacas!

Con el correr de los días una idea catastrófica comenzó a abrirse paso en mi imaginación: ¿qué ocurriría cuando Simona me viese ejecutar a las terneras? ¿Cuál sería su reacción más inmediata? ¿Temblaría de terror o estaría dispuesta a alzar su brazo junto al mío para ayudarme en la faena? Y lo que había comenzado siendo una simple idea terminó por convertirse en una obsesión: tenía que subir conmigo. Simona. Cuanto antes.

Comprobé que, en realidad, nada, salvo la fiebre de mis caricias, me ligaba a aquella mujer y que, cualquier tarde, a pesar de su aparente entusiasmo, a pesar del agradecimiento que me demostraba, podía faltar a la cita para no volver a aparecer jamás. La simple intrusión de aquel pensamiento me hacía sufrir con sudores de muerte. No podría soportarlo. No podría resistir aquella ausencia. Sí, era necesario que Simona

subiera al matadero. Era necesario que me viera matar a las terneras. Más aún, era imprescindible que participara conmigo en el sacrificio. Aquélla sería la única manera de ligarnos a un proyecto, de establecer un pacto que sólo la muerte podría desbaratar. ¡Dios! ¡Sería apoteósico! ¡Tenía que convertirla en mi cómplice para que nunca, nunca se alejara de mí! Estableceríamos una alianza más dura que el acero, más firme que la desesperación. En lo sucesivo, a partir del momento en que me acompañara, yo mataría las vacas al lado de Simona. Ella me entregaría los cuchillos, ella me ayudaría a descuartizarlas, a preparar la carne, a recoger la sangre. Después haríamos el amor con toda la ternura que guardaba en mi pecho, y nada ni nadie serían capaces de separarnos nunca.

Una semana al menos tardé en redondear esta decisión. Durante otra más o quizá durante diez días, estuve tratando de encontrar el momento propicio para exponérsela a Simona. Pero hubiera podido disponer de toda una vida y no hubiera sido capaz ni siquiera de insinuarle el asunto. Cada vez que intentaba abrir la boca un inverosímil relampagueo en el ojo enfermo de Simona me paralizaba. La duda me arrancaba la lengua, me la cortijeaba en pedacitos inservibles. Imaginaba una negativa por su parte y se me abrían las carnes. Pensaba en la probabilidad de que se aterrorizara con sólo nombrarle mi oficio y era como si un tren se estrellara contra mi corazón.

Por fin, una noche, incapaz de exponérselo directamente, decidí poner en práctica el proyecto, dejando que los hechos hablaran por mi boca. Premeditadamente prolongué mis caricias en el banco del jardín después de haber atrasado mi reloj sin que Simona lo advirtiera. Había una niebla no muy espesa que convertía en diminutos soles las farolas del hospicio, pero la temperatura era suave, casi agradable. Debían ser cerca de las tres de la madrugada cuando me levanté del banco tirando suavemente de Simona. Ella tenía la cabeza reposada en mi hombro y, sin abrir los ojos, se dejó conducir sin mostrar el menor signo de sobresalto. Aquella docilidad, por otra parte no muy diferente a la de todas las

noches, me pareció un signo de buen agüero.

Salimos del jardín firmemente enlazados. Pero, en lugar de dirigirme hacia el barrio de Simona, giré hacia la derecha, hacia la parte de la sierra. Simona no dijo nada y se dejó guiar sin oponer resistencia. No sé si, entre la oscuridad de la noche, las gasas de la niebla y los vapores del éxtasis del que no había terminado de salir por completo, llegó a darse cuenta de mi maniobra. En todo caso, caminaba en silencio pegada a mi costado y yo me sentía a cada paso más seguro y más feliz.

En la pequeña escalinata de la Acera de Guerrita vaciló un momento, como si se le hubiese atascado un tacón en el pavimento o al fin hubiese descubierto mis propósitos. Abrió su ojo sano. Oteó el horizonte intentando traspasar la aceitosa barrera de la niebla. Por último lo clavó en mi frente, justo en mi entrecejo. Pensé que iba a abofetearme o a echarse a llorar. Pero me sonrió complacidamente, con una sonrisa de la que había desaparecido la hendidura de su labio. Una sonrisa que a mí me pareció de seda, de miel, de terciopelo.

Empecé a sentirme eufórico y juguetón. Era evidente: Simona conocía mis intenciones y las aceptaba. Simona conocía adonde conducía aquel camino y estaba dispuesta a continuarlo hasta el final. A lo lejos, como un estridente aullido, sonó el pitido de un tren. Su ronco ulular atravesó la niebla y fue a perderse por un laberinto de calles y callejas hacia el cauce del río. Yo aproveché el tupido silencio que siguió para rodear con mis manos el cuello de Simona y apretar fieramente con una fuerza perfectamente calculada.

—¡Soy Jack el destripador! —dije en su oído procurando poner mi voz más cavernosa—. No tienes escapatoria. Vas a morir como una ternera.

Noté que se estremecía y maldije la broma.

—En serio —dije intentando rectificar—, no tengas miedo. De un momento a otro va a amanecer. Hoy vas a conocer la felicidad.

Besé su boca palpitante comprobando que ella respondía a mi beso animosamente, dispuesta a dejarse conducir hasta

donde yo quisiera llevarla.

En efecto, las primeras luces del amanecer, tímidas y como ahogadas, nos alcanzaron en la cima del viaducto. Desde lo alto del puente el panorama era inquietante: por entre la niebla, que caía hasta las vías como el vaho de una respiración, se divisaban las largas e inmóviles columnas de los trenes. Parecían espinas dorsales de gigantescos saurios que en cualquier momento podían ponerse a caminar. A lo lejos, el macizo de la estación, del que brotaban unas luces amarillas que convertían la bruma en destellos de ámbar, parecía un lóbrego puerto destrozado por la tempestad. Por detrás de nosotros la ciudad dormía aún como una enorme medusa fosforescente. Hacia adelante comenzaban a distinguirse las primeras estribaciones de la sierra, sucias y decrépitas, como si las hubieran cubierto con una capa de escorias de carbón.

Justo en el punto más alto del puente Simona se detuvo. Se quedó clavada como una res. Como si una pared invisible le impidiera seguir avanzando. Me detuve también mirándola de perfil, sin saber a qué atenerme. Su cabeza había caído sobre su pecho y sus manos se agarraban firmemente a los pliegues de su falda. Sentí que el puente crujía, que los pilares temblaban y que una grieta enorme, que acababa de abrirse atravesando la calzada, me engullía como una bola de plomo. No obstante, haciendo acopio de todo mi valor, me planté frente a Simona y le atenacé los brazos con mis manos que sudaban copiosamente.

—Dentro de poco debo estar en el matadero —le dije procurando dar a mi voz un tono de firmeza—. Tú lo sabes. Quiero que vengas conmigo. Quiero que me acompañes.

Simona no se movió. Ni siquiera se dignó mirarme. Sus ojos permanecían perdidos por encima de mis hombros. Yo tiré de ella, primero suavemente, luego con energía, casi con violencia. Ella continuaba impertérrita.

—No es suficiente con nuestros encuentros —le decía intentando vencer su resistencia—. Sólo si entras en mi oficio entrarás en mi vida.

Y ante su tozudez, ante la desconocida energía con la que

se afianzaba al suelo, continué en un tono conciliador y al mismo tiempo solemne:

—Nada podrá separarnos cuando hayas presenciado cómo mato a las vacas.

Pero ella ni se movía ni me escuchaba. Había terminado por agarrarse al barandal de hierro y se mantenía allí, de espaldas a mí, mirando tercamente las vías, con la mitad de su cuerpo volcada hacia el vacío y la otra mitad hincada en el pavimento como un marmolillo. Era sofocante. Yo intentaba ya arrastrarla sin más rodeos o la empujaba apoyando mis manos en su costado mientras continuaba deslizando en sus oídos palabras dulces, promesas seguras de felicidad. Pero no conseguía que se moviera. Ni siquiera lograba que respondiera a mis súplicas, aunque fuera con una maldición.

Poco a poco comencé a enardecerme y a sentirme furioso. A pesar de que intentaba conservar la calma, no podía. Un grito sordo y grasiento, como una cuchillada, había empezado a desgarrarme el pecho. Arriba, en el matadero, las terneras debían estar ya rebulléndose inquietas, impacientándose por mi tardanza. Aquel convencimiento tenía la virtud de irritarme aún más vivamente. A los ruegos y a las promesas vinieron a unirse veladas amenazas de abandono al tiempo que mis empellones se hacían cada vez más y más brutales. Cuando pasó el primer automóvil con los faros enturbiados, no pude resistirlo más: agarré a Simona por la nuca y estallé hecho una verdadera furia:

—¡Está bien! —le grité— ¡no creo que esté pidiéndote un imposible! ¡O me acompañas ahora o no me acompañarás nunca!

Y como vi que permanecía inmóvil, sin inmutarse, remaché:

—Tú lo has querido. Púdrete con tus heridas y tu desesperación. No volveremos a vernos. Nunca encontrarás a nadie que te endulce la vida como te la he endulzado yo.

Y sin esperar una última y ya imposible reacción por su parte, eché a correr en dirección a los depósitos de agua potable. La dejé en mitad del puente sin volver la cabeza para ver si me seguía, o daba media vuelta y se alejaba, o

terminaba por arrojarse a las vías del tren cuya bronca llamada parecía no haber dejado de escuchar desde el mismo momento en que se había detenido.

Furioso y destrozado, como si hubiera recibido una paliza de la que nunca podría vengarme, herido en lo más vivo de mi orgullo y, al mismo tiempo, sangrando de dolor, hube de hacer un gran esfuerzo para no volcar en las terneras la frustración que me devoraba. Es cierto que, como en las últimas semanas, tampoco copulé con ellas, pero conseguí matarlas pulcramente, sin una sola cuchillada de más, sin un mísero golpe bajo que, posiblemente, hubiera conseguido calmar mi exasperación y mi angustia. El sentido del deber, que aún no había sido violentado del todo, la imagen de mi padre repartiendo mordiscos y espumarajos entre las terneras, continuaban teniendo para mí la suficiente fuerza como para dejar de comportarme como un matarife cabal, como el matarife que, hacía ya tanto tiempo, me había propuesto ser.

Mas, insisto, ¿qué es lo que convierte a un hombre en un pelele? ¿Qué es lo que le saca de su camino? ¿Qué es lo que le hace abandonar sus más remotos ideales? ¿Acaso el amor, más que un bálsamo o una caricia, es, ante y sobre todo, un vehículo de perdición?

A partir de aquel día todo empezó a ir de mal en peor. Uno no sabe nunca en qué berenjenal se mete cuando se enamora de una mujer. Es como una tela de araña que te envuelve con sus hilos invisibles hasta terminar por encerrarte en un capullo grasiento del que ya es imposible escapar. Ahora que lo contemplo con cierta perspectiva lo comprendo con meridiana claridad: uno vive apaciblemente hasta que se enamora de una mujer. No hay distancia más larga que la que separa el amor de la serenidad. Durante años la vida se remansa en un pequeño cúmulo de actividades, sin que para nada aparezca el funesto deseo de convertirse en refugio de penas, en colmena de miel o de ternura. Uno puede confiadamente andar por las ciudades o atracarse de viento sin que, una fría tarde, el corazón se hiele más allá de la boca. Pero cuando se abren las escotillas, cuando aparece

el caimán, cuando se cruza un labio o un ojo virulento, entonces es mejor tirarse de cabeza por un acantilado. No hay nada más posesivo ni más acuchillante. Es la desintegración en toda regla. La hecatombe.

Aquel día, tan pronto como maté la última ternera y mucho antes de que comenzara a despiezar la primera, la magnitud inmensa de lo que había sucedido en el puente comenzó a sacudirme como un huracán. Por mi cabeza pasaba una y otra vez el recuerdo de la desgraciada ternera inválida a la que un día, por compasión, había perdonado la vida. Ahora era un rebaño entero el que desfilaba ante mis atónitos ojos, un zarrapastroso ejército de bovinas inútiles. Pero el dolor que me proporcionaba aquella visión era una caricia comparado con el terremoto que conmovía hasta la más insignificante de mis células ante el recuerdo de Simona abandonada en lo alto del viaducto. Su actitud de indefensión, su lastimoso silencio, su silueta borrosa doblada sobre el barandal, eran cuchillos diabólicos que me desgarraban. La certeza de la ruptura se convertía en un puño de acero que me golpeaba hasta el aplastamiento. No temblaba por mí. Mi temor estaba provocado enteramente por Simona. Habría regresado sola, atravesando las desoladas calles con sus pasos huidizos, con la cabeza baja para ocultar en lo posible las atrocidades de su cara, con sus manos agarradas al asa de su bolso a falta de mi brazo, a falta de un asidero más firme en el que apoyarse para no sucumbir. Aquella imagen desvalida y cruel se me atravesaba en la garganta como un hueso que me asfixiaba haciéndome derramar al mismo tiempo un diluvio de lágrimas.

En estas condiciones, no sé como conseguí terminar la faena. Era como si cada golpe de hacha que descargaba sobre la carne fofa de las vacas lo descargara sobre mis músculos y mis articulaciones. Veía rodar mis miembros por el suelo del desolladero. Veía correr mi propia sangre en un río grotesco que enfilaba la puerta del corral. Veía mi cabeza botando sobre la arena amarilla. Apenas podía comprender que el hacha volara a un lado y a otro de la habitación sin errar ni uno solo de los golpes.

Creo que no llegué ni a cambiarme de ropa. Tan pronto como lancé el último tajo dejé atrás el matadero y enfilé la vereda que llevaba a la ciudad. La bajé corriendo, calculando el tiempo y la distancia, agarrándome a la idea descabellada de que Simona no hubiese abandonado todavía su lugar en el puente. La desesperación me daba alas. Ni siquiera notaba que había empezado a llover y que el agua atravesaba rápidamente mi ropa, diluyendo la sangre coagulada, convirtiéndome en una especie de fantasma sangriento, de aparición demoníaca. Sólo una obsesión me dominaba: llegar al puente y hacer las paces con Simona. Hincarme de rodillas ante ella, revolcarme en el suelo, arrastrarme a sus pies, aceptar que no quisiera acompañarme. Lo que fuera con tal de volver a sentir su mano descansando en mi brazo, su respiración junto a mi boca, el brillo de su ojo tumefacto hundido entre los pliegues de mi corazón.

Pero Simona no estaba. Lo supe en cuanto crucé el paso a nivel y divisé la silueta del puente emborronada por la lluvia. El mundo se me cayó en pedazos. Una luz vivísima me hizo comprender, como no lo había hecho hasta aquel preciso momento, el cenagal al que me arrojaba mi torpeza. No había remedio. Era cierto: la había perdido. Y sólo yo era el único culpable, yo que no había sabido plantear el asunto, yo que no había tenido la suficiente paciencia para deponer mis ímpetus momentáneamente hasta encontrar una mejor ocasión, yo que no había sabido renunciar a tiempo. Lo había arriesgado todo a un solo envite. Y había perdido. Así de crudamente debía confesarlo: había perdido.

Frené mi carrera en el mismo punto del viaducto donde hacía apenas tres horas se había detenido Simona. Me agarré al barandal con fuerza, en el mismo sitio donde ella había tenido sus manos. Si me esforzaba un poco, aún podía percibir su calor, su perfume. Hacia los Santos Pintados apareció el morro de un tren que se aproximaba jadeante. Traía la luz encendida y era como un ojo sarcástico que me invitaba a huir, a olvidar. Cada vez estaba más cerca. El puente entero temblaba ya ante su proximidad. Se trataba de un tren de mercancías, largo y oscuro como un tenebroso

gusano de ultratumba. Ahora estaba ya a menos de cincuenta metros y seguía avanzando entre un fragor de hierros que ensordecía. Mi aspecto debía ser tan deplorable, mi decisión debió parecer tan clara que los automovilistas, que en aquellos momentos atestaban el puente cruzándolo, comenzaron a hacer sonar las bocinas de sus automóviles y a gritar que no me arrojara.

Pero yo no había pensado en el suicidio. Al contrario, aquellos minutos de inmovilidad sirvieron para tranquilizarme moderadamente y, al mismo tiempo, para alcanzar el frágil convencimiento de que aún me quedaba una esperanza. Fuera como fuese, Simona no podría haberse marchado para siempre. Era más, lo probable sería que aquella misma tarde, aunque sólo fuese por la fuerza de la costumbre, volviera a acudir al lugar de nuestras citas. Estaba seguro. No me cabía duda de que el sufrimiento de Simona tenía que ser infinitamente superior al mío. A fin de cuentas ella era más desgraciada que yo, ella había sido la abandonada, ella, independientemente de mí, tenía más motivos de queja, de angustia y de pánico que yo. En todo caso, aunque desconocía su domicilio, la ciudad no era tan grande y a mí no me resultaría difícil volver a encontrarla.

Así es que abandoné el puente del viaducto y, con paso tranquilo y el corazón provisionalmente sereno, me dirigí a mi casa. Me lavé, me cambié de ropa, comí lo primero que encontré a mano y volví a salir encaminándome hacia el calvero del parque en el que habitualmente acostumbraba esperarme Simona. Sentado en el banco, bajo los rayos de un tímido sol, esperaba verla aparecer de un momento a otro con el estallido de sus caderas, con el resplandor de sus senos, con la suave inclinación de su cabeza volcada perpetuamente hacia su hombro derecho. Una voz interior, calmosa y amable, me gritaba que no me impacientara, que ella habría de volver, que un amor tan vasto y poco razonable como el nuestro no podía derrumbarse en sólo unos minutos de incomprensión y de torpeza.

Pero no vino. No vino aquel día, ni al otro, ni al otro, ni al otro. La desesperación ocupó definitivamente el centro de mi

vida. Era una desesperación agria que me empujaba al remordimiento, pero también a la desgana y a la hostilidad. Cada tarde, mucho antes de la puesta del sol, me sentaba en aquel banco de piedra con la esperanza milagrosamente renovada. Y cada madrugada, con los nervios destrozados por la improductiva espera, subía directamente al matadero, rotos mis parietales, sumido en un barranco de pesar que cada día se iba tornando más y más profundo, más y más oscuro y maloliente. Mataba las terneras con absoluta sequedad, con absoluto distanciamiento. Luego, al descuartizarlas, volcaba toda mi ira sobre aquellos cadáveres inocentes, pulverizando su carne y sus huesos, convirtiéndolos en un montón de pulpa que nadie sería capaz de aprovechar. Donde hasta hacía tan poco tiempo había habido ternura y camaradería, donde había triunfado el amor por encima de la propia muerte, no quedaba ya sino frialdad y una actitud descabellada que yo continuaba equiparando al cumplimiento del deber, pero que no consistía más que en una carga que poco a poco se me iba haciendo intolerablemente aborrecible.

Mi propio negocio comenzó a resentirse. Con el correr de los días, acabé por convencerme de que Simona jamás volvería al lugar de nuestras citas. Mas no por ello la di por perdida. Al contrario: a partir de aquel momento, me lancé a una búsqueda desenfrenada, no sólo por el propio barrio del Parque Cruz Conde, sino por toda la ciudad. Tan pronto como mataba las terneras, sin llegar siquiera a despiezarlas, bajaba la cuesta al trote, recorriendo a continuación las calles, entrando en las iglesias, en las tiendas, en los bares, en los cines. Tuve aún el juicio suficiente como para sistematizar mis pesquisas. Dividí la ciudad en sectores y no entraba en uno nuevo hasta no haber revuelto por completo el anterior. Llegué a llamar a las puertas de muchas casas con la ilusión de ver aparecer a Simona, o a alguien que la conociera, al otro lado del dintel. Pero era como buscar una aguja en un pajar. Regresaba a mi casa a altas horas de la madrugada, tan cansado y tan triste que cada vez me costaba un mayor esfuerzo levantarme a la hora adecuada para subir al

matadero. Cuando me levantaba, además, era tal la impaciencia que se apoderaba de mí que me faltaba tiempo para degollar a las vacas y volver como un poseso a aquella búsqueda inútil que me estaba consumiendo.

Un día, por fin, ya no aparecí por el matadero y la terneras se quedaron allí, esperando mi aparición como se espera la medicina que ha de calmar nuestros dolores. Fue el día más negro de mi vida. Pero no fue el último. Desde entonces, acuciado por el cansancio y por la desesperación, dejé de acudir muchos días, a veces hasta una semana entera. Las terneras, que los ganaderos no dejaban de llevar, amontonadas en aquella polvorienta cárcel, mugían desesperadamente, a punto de enloquecer de hambre e incertidumbre. Había días en los que sus mugidos se escuchaban por toda la ciudad como lejanas y acusadoras trompas. Cuando, de tarde en tarde, me veían aparecer, pálido y seco como una caña, se arremolinaban a mi alrededor embistiéndome unas a otras, pugnando por alcanzar la suerte de ser sacrificadas sin el tormento de una nueva espera. Entonces, yo, sin miramientos ni consideración, me apoderaba del cuchillo y la emprendía a puñaladas matando a las pobres vacas aún más salvajemente que las había matado mi padre. El corralón se convertía así en un sangriento campo de batalla, con un montón informe de animales agonizantes que se retorcían gimiendo sin consuelo, hasta que la última gota de su sangre se les escapaba de las venas recién acuchilladas.

Era bochornoso. Canallesco. Ahora sí que mi noble oficio, realizado y transmitido honradamente de generación en generación, estaba siendo traicionado y pisoteado por mí. Si continuaba matando, aunque tan bellaca como arteramente, lo hacía no en el cumplimiento de una misión para la que estaba destinado desde el mismo momento de mi nacimiento, sino para no arruinar definitivamente mi negocio, para asegurarme un sustento del que en absoluto me hacía merecedor.

En realidad, yo asistía a aquella situación intolerable como un muñeco de trapo cuya posesión se disputan al

mismo tiempo dos críos enfurruñados. Día tras día la oscuridad se iba haciendo más densa a mi alrededor. La oscuridad y una apatía malsana que me empujaba inexorablemente a la desintegración. Sentía los miembros de mi cuerpo desgajarse y quebrarse como insignificantes palillos de dientes, pero era tal mi sensación de derrota que casi no me atrevía ya ni a respirar.

Y, no obstante, ocasiones hubo, cuando inesperadamente recuperaba la lucidez, en las que comprendía diafanamente la necesidad de abandonar para siempre aquella búsqueda estéril. Entonces me pasaba dos o tres noches en vela tratando de convencerme, mediante argumentos, que trataba de asentar sobre la columna de la sinceridad, de que nada sería más fácil para mí que olvidar aquella ruina de mujer, tacharla del calendario como si pudiera ser cierto que nunca había aparecido en mi vida. Con la mayor claridad veía entonces que no existía otro camino para recuperar la serenidad y, sobre todo, la limpia ejecutoria de mi oficio.

Eran unas noches abrumadoras tras las cuales siempre terminaba dándome un largo baño de agua helada con el que creía purificarme de las maldades de los últimos días. Luego regresaba al matadero con el alma en los labios y, durante una semana entera, volvía a convertirme en el jifero eficaz que daba muerte a las novillas como si se tratara de conducirlas al paraíso. Durante unos instantes volvía a saborear con entero placer el suave licor del deber honestamente cumplido, lo mismo que si mi corazón hubiera puesto coto de verdad a aquella búsqueda atosigante que convertía en cenizas el largo andamiaje de mi trayectoria.

En unas pocas semanas, tres o cuatro a lo sumo, mi vida se convirtió en una guerra a muerte entre dos enemigos que cada vez se tornaban más irreconciliables. Miles de veces, perdido en el desbarajuste del fuego cruzado entre mi deber de matarife y mi amor por Simona, que no había hecho más que crecer con la separación, miles de veces, intentaba razonar que no podía ser imposible conciliar ambos extremos. Entonces, confiando más en mis anhelos que en mis fuerzas, me aseguraba a mí mismo que todo era una cuestión de

disciplina: serían suficientes unos breves días de autocontrol y autodominio para acertar a repartir mi tiempo, y sobre todo mis energías, entre la ejecución de las terneras y la búsqueda cada vez más atosigante y feroz de Simona. Llegué incluso a construirme un camastro y a pasar las noches en el desolladero para que el amanecer me sorprendiera en presencia de las vacas sin posibilidad de escapatoria. Logré dormir al menos cuatro noches seguidas en aquella habitación de azulejos blancos donde, a media mañana, volvía a apilarse la carne como en los mejores tiempos. A media noche, con la cabeza hundida entre los hombros y el corazón casi paralizado en el fondo del pecho, subía la empinada cuesta bajo el resplandor de las estrellas. Como un idiota narcotizado me repetía una y otra vez que, si aquel día tampoco había sido capaz de encontrar a Simona, al menos no añadiría a mi desolación el bochorno de dejar de cumplir con mi deber.

Cierto día, después de haber comido un mal trozo de carne en La Parra, entré por los Patios de San Francisco para dirigirme a la Ribera. Era ya primavera y un sol rubio y riente bañaba de luz la fachada de la iglesia. Pero yo no veía más que una cordillera de nubes que iba alzándose a mis espaldas a medida que avanzaba por el empedrado. En la calle de la Feria, una puta madura, redonda como un tonel, me lanzó un guiño y me invitó a pasar con ella al burdelillo. Hice un alto y la miré fijamente a los ojos. Cuál no sería mi aspecto que vi cómo se encogía horrorizada, cómo daba media vuelta sin pronunciar palabra y cómo se perdía velozmente en el interior de la casucha. Al momento dos nuevas putas miraron por un ventanuco, se cubrieron la cara con las manos y cerraron con violencia el postigo de madera.

Yo no sufrí el menor sobresalto. Por entonces pocas cosas podían ya impresionarme. Cada vez veía más claramente la cancela infranqueable que me cerraba el camino. Cada paso que daba sin encontrar a Simona era ya como una despedida seca y cortante, un adiós que me distanciaba no sólo del matadero, sino también de la ciudad, del mundo. Imparable e inexorablemente, estaba consumiendo las últimas reservas de

esperanza, las últimas reservas de fe. Me negaba a pensar en el futuro, incluso en el más inmediato. Pero sabía perfectamente lo que haría si no lograba encontrar a Simona en un plazo que estaba tocando a su fin.

La Cruz del Rastro, abandonada en medio de la calzada, me pareció más sola y más quieta que nunca. Sus brazos de hierro eran negros machetes que cortaban el viento. Me detuve unos instantes para ceder el paso a un par de automóviles cansinos y luego crucé la carretera como si tratara de cruzar el océano. Al otro lado, el barandal de la muralla recibió el peso inerte de mi cuerpo fríamente, sin inmutarse. Allá abajo, lamiendo el muro de piedra se deslizaba el río, ancho y silencioso. Sus aguas bajaban limpias y transparentes. Tentadoras. A la derecha, a lo lejos, los ojos del puente romano las filtraban formando remolinos y rápidos de espuma que ya no se amansaban hasta más allá de los molinos y de las diminutas islas, hasta más allá del nuevo puente. A la izquierda, la barca que hacía la travesía, navegaba en medio de la corriente procedente del Campo de la Verdad.

Mis ojos contornearon su ágil silueta. El golpe de los remos rompía la quietud del agua levantando salpicaduras que se perdían en la distancia. El barquero remaba con fuerza. Vagamente distinguía su espalda desnuda, su cabeza, acompasando el movimiento de los remos. No traía más que un pasajero. No, un pasajero no: una pasajera. Sentí el bombeo de la sangre en mi corazón como una locomotora. ¡Era Simona! Me quedé como un poste, caído sobre el barandal. No podía ser cierto. Me equivocaba. Intenté concentrar mis débiles energías en la flecha de mi mirada. ¡Sí! ¡Era ella! ¡Simona! ¡Mi Simona! Venía acurrucada en el asiento de popa y, aunque no podía ver su cara, sí veía la inclinación sutil de su cabeza sobre su hombro derecho. ¡Era ella! ¡Ella! ¡No cabía la menor duda!

Procuré contenerme para no lanzarme de cabeza al vacío. Toda la amargura que arrastraba conmigo se me convertía velozmente en un estallido de nervios.

—¡Simona! —grité con la voz rota por la alegría—. ¡Estoy

aquí! ¡Aquí!

Y levantaba mis brazos, moviéndolos en el aire para llamar su atención. Su inmovilidad me hizo volver a vacilar. ¡Pero era ella! ¡Simona! Aunque no pudiera oír mi voz que, en realidad, apenas me salía del cuerpo.

Ahora podía distinguir ya su melena verdinegra y sus manos cruzadas mansamente sobre sus piernas. Los nervios me zarandeaban. La barca parecía haberse inmovilizado en el centro del cauce. El barquero continuaba remando enérgicamente, pero la corriente, tenaz aunque invisible, hacía retroceder a la embarcación lo que avanzaba en cada golpe de los remos. Volví a gritar hasta sentir que mi garganta se quebraba. Pero sólo conseguí llamar la atención de algunos transeúntes y de un par de ciclistas que se detuvieron y me rodearon asomándose al río, pensando sin duda en un accidente. Miraron a derecha e izquierda y, al comprobar que nadie se ahogaba, me asaetearon con preguntas idiotas envueltas en fingida solicitud.

Pero yo no estaba para enfrentarme a nadie. La barca parecía que al fin conseguía imponerse a la corriente y avanzaba de nuevo acercándose con lentitud a la orilla. Di un salto y apreté a correr hacia el embarcadero. Bajé la cuesta a trompicones, a punto de estrellarme, a punto de acabar en el agua por causa de la inercia. Me parecía mentira que aún pudiera saltar y reír y gritar. Me parecía mentira que Simona hubiera levantado al fin la cabeza y me mirara con sus ojos pasmados, con un rictus de incredulidad en su boca partida, con un temblor de azogue en sus manos de espuma.

La ayudé a bajar de la barca y, trémulo y suplicante, con la frente transida y el pecho atravesado por mil hilos de seda, caí de rodillas ante ella abrazándome a sus piernas que restallaban.

—¡Perdóname! —le dije poniendo en cada sílaba un trozo de mi alma—. Te he buscado por toda la ciudad. No he dejado de buscarte ni un solo día. No quiero volver a separarme de ti. ¡Nunca! ¡Nunca!

Ella me obligó a levantarme tirando dulcemente de mis hombros. Después se abrazó a mí como si me recuperara tras

una larga y terrible enfermedad. Lloraba sin ruido. Las lágrimas rodaban por sus mejillas formando un charco tenue en la hondonada de su cicatriz. Pero yo sabía que eran lágrimas de agradecimiento y de alegría. Lo notaba en la forma en que hundía su cabeza en mi cuello, en la forma protectora y resuelta con la que anudaba sus manos a mi espalda.

Caminamos ribera abajo buscándonos los ojos, los labios, las palabras. Simona intentaba una y otra vez explicarme su negativa a acompañarme al matadero insistiendo en que no tenía nada que perdonarme. Pero yo le tapaba la boca respondiendo entrecortadamente que nada me importaba con tal de volver a tenerla de nuevo entre mis brazos. Ella insistía en hablar sin dejar de devolver mis besos y yo volvía a insistir en aceptar sus reglas, sus condiciones, lo que quisiera antes de encontrarme con una nueva negativa, antes de volver a separarnos.

Sólo cuando, deteniéndose frente a la puerta del Alcázar y mirándome profundamente con su ojo sano, me aseguró que no tenía miedo a subir al matadero, pero que sólo lo haría cuando estuviéramos casados, mi corazón crujió como un cristal que se rompe.

Inopinadamente la imagen de mi padre apareció flotando sobre la torre del homenaje. Recordé su consejo: «Cásate. No debes seguir solo». Pensé que aquélla era su última jugarreta para arrastrarme a su terreno. Pensé que más tarde o más temprano mi padre acabaría saliéndose con la suya.

—¡Casarnos! —exclamé en un suspiro mecánico.

Simona seguía mirándome llena de ansiedad. Vi que se estremecía ante mi exclamación y que una sombra incierta recorría su mejilla quemada. Vi que sus manos se cerraban sobre las mías hasta blanquearles los nudillos y que sus pechos de marfil se paralizaban bajo la tela de la camisa.

—¡Casarnos! ¿Por qué no?, —lancé al aire la moneda de mi risa—. ¡Cuando tú quieras! ¡Ya! ¡Mañana! ¡Hoy! ¡Cuando tú quieras!

Vi que hasta su ojo purulento se llenaba de fiesta. Pocas veces, o acaso nunca, la había visto reír con aquella alegría

clara y abierta con la que acogió mis palabras. Me besó en la boca con tal intensidad que hasta el vello de la nuca se me quedó sin aliento.

Luego volvimos a caminar ribera abajo en dirección al puente nuevo. La ciudad espejeaba como si acabara de recibir un baño de azahar. El río cantaba coplas que la brisa arrastraba hasta la Calahorra. La Mezquita dormitaba plácidamente sumida en sus recuerdos. A lo lejos, la sierra era un escudo de bronce que protegía del frío, de las nieves, de los negros espíritus que querían regresar del pasado. Mi padre estaba muerto y enterrado y yo no tenía absolutamente nada que temer.

8

De modo que nos casamos. Fue el trece de mayo, día de la Virgen de Fátima, tal y como lo dispuso Simona. Nunca sabré si ella eligió aquel día premeditadamente o todo fue una ironía del destino. No parece muy lógico que una mujer se case precisamente el día de una virgen. Yo jamás me hubiera casado, ésa es la verdad. No porque temiese una jugarreta póstuma de mi padre, aunque ésta hubiese pasado por mi cabeza, sino porque no necesitaba de ningún papelote ni de ningún refrendo público para conservar mi amor por Simona. En aquellos días hubiera afirmado con la mayor rotundidad que podría vivir una eternidad junto a Simona sin que aún no hubiese hecho más que empezar a amarla. Pero ella así lo quiso. Y, al reencontrarla, después de tanto sufrimiento, yo no sabía cómo complacerla para que al fin subiera conmigo al matadero. Yo estaba dispuesto a pasar por todo con tal de conseguirlo. Por todo.

Pretendo precisar, atar hasta el último cabo, como se atan las espigas en una gavilla. No es fácil. Uno siente la tentación de buscar más justificaciones de la cuenta y lo único que consigue es enfangarse cada vez más en este barrizal en el que acaba convirtiéndose la vida. No es fácil. De veras. Lo intento para no claudicar ante mí mismo, para continuar conservando la ilusión de que aún estoy vivo y, sobre todo, para asegurarme de que los hechos sucedieron tal y como sucedieron, tal y como los estoy contando.

El trece de mayo la ciudad amaneció rutilante. Yo, hecho un manojo de nervios. Después de una noche de sueño intranquilo y desasosegado, desperté con el convencimiento de que un terremoto zarandeaba mi cama. Las paredes de la habitación temblaban como si fueran a desplomarse. La lámpara de hierro que colgaba del techo se balanceaba furiosamente amenazando con estrellarse sobre mi cabeza. Los postigos de la ventana giraban velozmente sobre sus

goznes golpeando el paramento y los cristales alternativamente. Las ramas del limonero crujían zarandeadas por el viento. Pensé que la tormenta era el peor augurio para un día de boda. Pero no se trataba más que de una ofuscación de mis sentidos, alterados por la emoción de tan señalada fecha.

Comencé a levantarme procurando ejecutar cada movimiento con el mayor aplomo. Miré el reloj en la mesilla de noche: no eran más que las seis y cuarto. Tenía tiempo de sobra para intentar serenarme, para asearme detenidamente y para vestirme el impecable traje que había comprado hacía sólo dos días. Pero no podía controlarme. Ni siquiera cuando maté mi primera novilla me había sentido tan agitado, tan fuera de mí. Se me escapaba el cubo de agua que sacaba del pozo; derramaba la taza del café que pretendía beber sin quemarme; tropezaba con el escalón del patio y estaba a punto de partirme la cara contra sus losas amarillas; perdía la camisa blanca o no podía recordar dónde había dejado los pantalones retirados hacía sólo un momento de su correspondiente percha. En mi vida había peleado tan denodadamente para anudarme los cordones de los zapatos.

Debía parecer un poseso corriendo a un lado y a otro de la casa. Entraba en la habitación que había sido de mi padre y me plantaba delante de su cama, cruzaba los brazos sobre el pecho, me estiraba llenando los pulmones de aire y le gritaba, como si todavía estuviera vivo:

—¡Maldito canalla! ¡Ahora que mi mujer va a vivir en esta casa, no quiero verte borracho ni un día más! ¡Óyeme, viejo del diablo, ni un día más!

Pero inmediatamente caía retorciéndome sobre el colchón y, balbuciendo incoherentemente, con los ojos arrasados de lágrimas, continuaba:

—¡Voy a ser feliz ahora que tú ya no puedes verlo, padre! ¡Padre! Donde quiera que estés, quiero que sepas que siempre te he querido. ¡Siempre! ¡Si pudiera tenerte ahora a mi lado!

El silencio que respondía a mis palabras secaba mis lágrimas, me echaba fuera del colchón, me obligaba a estirarme otra vez y a volver a gritar como un endemoniado:

—¡Escúchame, viejo imbécil! ¡Has pretendido hacerme a tu imagen, a tu medida! ¡Pero yo he conseguido escaparme de ti! ¡He sido más listo que tú! ¡Más listo que tú!

Estas últimas palabras las pronunciaba volviendo en mí y saliendo atropelladamente de la habitación. En efecto, me decía volviendo a mi dormitorio para terminar de peinarme, había sido más listo que mi padre, pero, si no me dominaba, iba a terminar como él. No, peor que él, porque acabaría tirándome al pozo o ahorcándome de una rama del limonero. Recorriendo el pasillo con un puñado de romero en los labios, comprobaba, no sin admiración, que la alegría también puede matar y que hay un confuso punto de equilibrio más allá o más acá del cual resulta prácticamente imposible guardar la compostura.

No sé cómo lo conseguí, pero el caso es que al fin me encontré completamente equipado frente a la luna del armario. Estaba irreconocible. Ciertamente, la corbata me ahogaba como si me la hubiera clavado al cuello, pero me veía tan elegante con ella que estaba seguro de que en unos minutos sería capaz de vencer aquella insignificante tortura. El flequillo me caía a medio vuelo sobre la frente y en mis ojos brillaba una luz acuosa semejante al estallido de una flor. Me encontraba en verdad muy atractivo. Llameante. No había olvidado el más mínimo detalle: ni los gemelos de plata con la imagen del rey Alfonso XII, que antes que yo habían utilizado ya mi padre y mi abuelo en idénticas circunstancias, ni el capullo de rosa prendido en la solapa de la chaqueta como una escarapela.

En la calle, el sol blanqueaba la ciudad cubriéndola de sábanas resplandecientes. El asfalto relucía limpio, recién lavado. Los balcones reventaban de gitanillas rojas. Las acacias de la carretera de Trassierra derrochaban un aroma bonachón que caía sobre mis hombros como un tierno manto. En el paso a nivel los trenes maniobraban haciendo sonar sus silbatos, breves y saltarines, como si jugaran a «tula» o discutieran. Más abajo, brotando de lo hondo de los jardines, las palomas levantaban el vuelo, caían en picado, me rozaban la frente con sus alas y luego volvían a subir como estrellas

fugaces.

Yo marchaba exultante, brincando más que andando. Cruzaba las calles como un atleta que se dirige a recoger el premio de su triunfo. Mi premio era Simona. Una Simona viva, palpable, fresca y blanca que, a partir de aquel día, jamás se apartaría ya de mi lado. Ella sería mi compañera. Ella subiría conmigo, cantando, la empinada pendiente que conducía al matadero. Ella me ayudaría diariamente en el sacrificio de las novillas. Pronunciaba su nombre, lo gritaba silenciosamente mientras alcanzaba la esquina de la plaza de toros y sentía como me inundaba una sensación de alivio y de certeza, una clara sensación de confianza y de paz.

Cuando llegué a la plaza de la iglesia, Simona me esperaba en la boca del atrio. Se había refugiado en la penumbra como un farol de aceite y atisbaba a través del postigo de la portada con un vago gesto de inquietud en sus manos. Llevaba un vestido pálido que le bajaba hasta la mitad de la pierna y una chaqueta negra, de terciopelo, que se atirantaba ostensiblemente a la altura de su pecho. Un sombrerito de fieltro, que oscurecía su frente, recortaba su cara sin compasión.

Vuelvo a verla otra vez brotando mágicamente de una nube de humo: inmóvil y espectante bajo la inmensidad del arco de piedra, parecía estrictamente la imagen de la soledad y el abandono. Pero estaba hermosa. Magnífica. Su ojo sano brillaba como una perla. Su frente y su barbilla desafiantes contrastaban animosamente con aquella especie de súplica que fluía de su ojo malherido y de su labio inconcluso. Se había coloreado las mejillas y la tremenda cicatriz semejaba más bien el exceso de una caricia que la huella de una vieja y terrible herida.

Y, no obstante su inconfundible aspecto de amargura, irradiaba felicidad. Una felicidad visible y luminosa, como si repentinamente, al traspasar el escalón de la iglesia, se hubiera convertido en una mariposa fosforescente que revolotease furtivamente en la oscuridad de la noche.

Me sonrió al divisarme abriéndose como una alcachofa. Corrió hacia mí y se colgó de mi brazo sin la menor

ceremonia, retozando como una ternera. Olía a flor de azahar, a madreselva. Un perfume bullicioso y penetrante que se me filtraba hasta la médula en largas y acariciantes oleadas. Su mano mansa me retocó el flequillo y la corbata y luego buscó la mía, para cerciorarse de que no soñaba, con un gesto de humildad inolvidable. Su larga melena, ligeramente ondulada, azuleaba bajo las alas del sombre rito.

—Adelante —le dije con un tono de altanera certeza—. Si hemos llegado hasta aquí, no hay razón para no continuar hasta el final.

En aquel momento repicó una campana en lo alto de la torre y su agudo griterío cayó sobre la plazuela como una lluvia de bolas de cristal.

—Vamos —insistí apretando su mano—, el cura nos espera.

Fue una ceremonia rápida, sencilla; sin padrinos, sin testigos, sin invitados. El sacerdote derramaba sus fórmulas familiarmente, aunque hacía repetidos esfuerzos por mantener la oportuna dignidad. Yo no tenía ojos más que para Simona. Veía su perfil nimbado por el mortecino resplandor de las velas del altar y apenas podía resistir la emoción. Un vaho de ternura envolvía mi cabeza con un velo delicado y sutil que me arrancaba finísimas lágrimas de agradecimiento, de compañía, de amor. Eran lágrimas que no llegaban a salir de mis ojos, pero que yo sentía fluir mansamente de lo más sensible y táctil de mi corazón.

Cuando coloqué el anillo en el dedo anular de Simona, un rayo de luz que se filtraba a través de una vidriera bañó nuestras manos de un rojo vivo y ardiente. Yo sentí que nuestras sangres se unían a partir de aquel único instante. Pero sólo cuando el sacerdote, cerrando el libro de oraciones, nos dio su bendición, comprendí que mi viejo proyecto comenzaba a cumplirse y una vaharada de satisfacción se apoderó de mí. Simona giró su cara hasta enfrentar sus ojos a los míos. Sus labios se movieron antes de inclinarse suavemente sobre mi boca. No entendí sus palabras, pero con aquel beso, cálido y puro, supe que Simona sellaba al fin el pacto que no había dejado de proponerle desde el mismo

momento de nuestro encuentro.

—Gracias —le dije medio ahogado por la insistencia de sus labios—. Sé que nada de esto era necesario. Pero jamás seré capaz de negarte nada. Ya lo ves, me tienes en tus manos.

Antes de que pudiera contestarme, volví a estrecharla firmemente entre mis brazos, puse mis manos en su nuca y besé su ojo purulento, su cicatriz vagamente disimulada y aquel labio partido que reía abiertamente a pesar de su amargo disparate. Inmediatamente, un momento antes de iniciar el camino de la salida, la levanté del suelo sin el menor respeto por el lugar y le grité escandalosamente:

—¡De todas formas, hoy es un gran día! ¡El más grande de mi vida! ¡Vamos! ¡Tenemos que subir enseguida al matadero!

Sentí que se estremecía ligeramente, parpadeando con insistencia y arrugando al mismo tiempo las aletas de su nariz. Pero fue una vibración tan rápida y tan breve que no me produjo ninguna inquietud. El sol, entrando ahora a raudales por las vidrieras de la iglesia, inundaba de gemas multicolores el pasillo por el que caminábamos. Yo veía los senos de Simona teñidos de azul, su vientre plano y liso tapizado de esmeraldas suaves que bajaban danzando hacia la bisectriz de su sexo y me sentía puro y limpio como una llama nueva, como un cuchillo saliendo de la fragua.

En la salida, un mendigo de enormes barbas grises, ojos legañosos y nariz como una porra, extendía su mano mugrienta suplicando una limosna. Como pasamos por su lado sin percatarnos de su presencia, abandonó el quicio de piedra y nos alcanzó trabajosamente, golpeando mi brazo con una mezcla de humildad y desafío.

—Señorito, sea usted generoso con este pobre viejo —dijo medio tartamudeando—. Haga usted una buena acción en el día de su boda si quiere ahuyentar a los espíritus del mal. Dele una limosna a este viejo y ya verá cómo siempre le acompaña la felicidad.

Simona dio un frenazo y se agarró a mi mano como si fuera a caerse. Vi que palidecía y que la cicatriz de su mejilla adquiría un color violentamente rojo.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —le pregunté alterado.

Ella no dijo nada, pero miró al mendigo tan tristemente que sólo con la mirada me obligó a atender su petición. Metí mi mano en el bolsillo y, casi sin saber qué hacía, entregué al vagabundo un billete de cien pesetas.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! —exclamó éste saltando y alborotando a nuestro alrededor—. ¡Que sean ustedes muy felices! ¡Hasta que la muerte les separe!

Y se alejó riendo hacia una esquina de la plaza como una sombra inverosímil y fatídica. Quise entonces maldecir y correr tras aquel fantoche para hacerle pagar el sobresalto que le había producido a Simona. Pero cuando miré la cara de ésta, sonreía. Sonreía tiernamente, con un ala de pájaro detenida en el infame agujero de su boca.

—¡Maldito pordiosero! —exclamé acariciando su nuca—. Te ha asustado.

Ella continuó guardando silencio, pero pude entender, por el vuelo de su sonrisa, por el parpadeo de su mano viniendo hacia la mía, que todo su sobresalto se explicaba por el repentino descubrimiento de que al fin estaba entrando en el raro recinto de la felicidad.

Entonces recordé que las terneras estarían ya en el matadero esperando mi llegada, nuestra llegada, y otra vez me acometió la prisa.

—Vamos —dije, tirando de ella hacia la parada de taxis—. Estoy seguro de que te va a gustar cómo mato las vacas.

Echamos a andar, casi corriendo, hasta el Gran Teatro. Allí tomamos un taxi que nos llevó velozmente hasta el puentecillo, más allá de la vía, donde arrancaba la inhóspita pendiente que conducía al matadero. Durante el viaje no hablamos nada. Simona guardaba la compostura con un gesto serio y concentrado. Parecía preocupada, pero el brillo fulgurante de su ojo desorbitado mostraba cuán trémula era su alegría.

A mitad de camino recordé a mi padre. Fue una extraña pirueta de mi memoria. De repente su nauseabunda figura apareció por entre una maraña de niebla que yo creía definitivamente olvidada. No me sobresaltó el recuerdo, pero

sí que cuando se deshizo la niebla como si alguien hubiera dado un soplo, lo viera elegantemente vestido viajando en un taxi, semejante al que ahora me llevaba a mí, junto a una hermosa mujer a la que yo no conocía, pero que, estaba seguro, debía tratarse de mi madre. Más que dolor o pena, aquella viva escena inexplicable me produjo una especie de húmeda melancolía que se hacía patente sobre todo en el escozor de mis ojos.

Pero cuando el taxi se detuvo y, tras pagar al conductor, Simona y yo salimos a la carretera, cualquier sombra de angustia o de desilusión voló del horizonte. A poco más de diez metros comenzaba la empinada vereda y ya no tuve ojos, labios, manos, más que para guiar a Simona.

Ella se detuvo por primera vez en cuanto pisó la grava parduzca y desigual de la pendiente. Pareció vacilar visiblemente nerviosa, restregando sus manos como si las tuviera mojadas de agua. Su labio sano temblaba, igual que sus senos tumultuosos apresados por el dogal del sujetador. Pensé que otra vez iba a negarse a subir y que de nuevo íbamos a repetir la escena del viaducto. Entonces me volví hacia ella, enfrentándome a sus mejillas que palidecían rápidamente. Tomé su barbilla con mi mano derecha y la obligué a levantar la cabeza mientras le decía suave, muy suavemente, como si tratara de restañar una herida:

—Al final de la cuesta se encuentra el matadero. Ahora ya somos marido y mujer. Sé que no te arrepentirás de haberme acompañado.

La seguridad que emanaba de mis palabras le hizo recobrar la confianza. Asintió con la cabeza y comenzamos a ascender la tortuosa vereda bajo los rayos de un sol que quemaba como una hoguera. Yo procuraba animarla tironeando de su mano, avisándole de los obstáculos que aparecían en el camino, las rocas puntiagudas que asomaban como navajas en mitad de la grava, los profundos regueros formados por el agua de lluvia en los que no era difícil lastimarse un pie. Pero ella tropezaba en cada piedra y sudaba y jadeaba como si estuviera a punto de reventar. Desde luego, los zapatos de tacón no la ayudaban nada a

caminar por aquel camino de cabras. Muy pronto se despojó del sombrerito y de la chaqueta, que yo le tomé para llevarlos, y su torso quedó prácticamente al descubierto bajo la fina tela de la camisa empapada en sudor.

Cada diez o doce pasos yo me volvía pacientemente, sin soltarla de la mano, más que nada para demostrarle con mi sonrisa relajada que no era tan difícil continuar ascendiendo. Entonces podía ver la cara de Simona contraída por el esfuerzo. Su labio despedazado crujía, sus ojos parpadeaban dolorosamente, su barbilla, derretida por el calor, caía sobre su pecho como un hueso quebrado. En aquellos momentos la aguja herrumbrosa de la compasión picoteaba mi piel, inoculándome un veneno mordiente que me paralizaba.

Así, nos deteníamos una y otra vez bajo las ramas de las fieles encinas. Su firme sombra nos resguardaba agradablemente de la tortura del sol. Yo aprovechaba aquellas paradas para estrujar a Simona con mis manos, para besar su frente, su cabello, sus labios.

—¡Ánimo! —le decía—. Ya falta menos. Cuando lleguemos arriba, descansaremos un rato. Ya verás como entonces te alegras de haber hecho este esfuerzo.

O bien, unos pasos más adelante, con mi voz más cantarina, le gritaba adoptando una pose estirada:

—¡Ya verás! Nos compraremos un caballo para subir diariamente. Esta maldita cuesta acabará pareciéndote un camino real.

Ella volvía entonces a sonreír más animada. Con su sonrisa, su cara se dulcificaba de nuevo adquiriendo aquella imagen de serena mansedumbre, de resignación paciente de la que yo me había enamorado. Fulminantemente, como si mi propio cuerpo generara un antídoto inmediato, el veneno de la insidiosa aguja dejaba de producir sus deplorables efectos en mi organismo.

A mitad de la ladera, como si de repente hubieran enloquecido, comenzó a perseguirnos una imponente nube de moscas. Cuando nos deteníamos, revoloteaban sobre nuestras cabezas zumbando como reactores. Intentaba espantarlas a manotazos, pero ellas insistían una y otra vez danzando a

nuestro alrededor con su vuelo pegajoso, enredándose en nuestro pelo, golpeando nuestras mejillas. Eran unas moscas verdes, enormes, que me llenaban de aprensión. A Simona le producían un nerviosismo lancinante que ella trataba de reprimir agarrándose con todas sus fuerzas a la mano con la que yo la guiaba.

A unos cincuenta metros de la tapia del corralón, un cuervo gigantesco levantó bruscamente el vuelo de entre unas peñas parduscas. Graznó con insolencia y se alejó agorero después de rozarnos la cara con sus alas siniestras. Simona dio un grito estremecida de terror. No sé qué pasó por su cabeza. Sólo sé que quiso soltarse de mi mano para emprender la huida. Dio un par de patadas en el suelo y dobló su cabeza hacia el fondo de la pendiente como un caballo desbocado. Fue tal la fuerza de su impulso que casi consiguió derribarme. En realidad, estuvimos en un tris de caer los dos rodando camino abajo. Reaccioné casi instintivamente apoyándome en el saliente de una roca.

—¡Has hecho una promesa! —grité como si la abofeteara para volverla en sí—. ¡No puedes rajarte a estas alturas!

Dejó de tirar mirándome lastimeramente. Su cara, azotada por el pánico, parecía que iba a desmoronarse.

—De veras —insistí agarrándola por los brazos mientras volvía a sentir el picotazo de aquella invisible aguja—. Es necesario que me acompañes. Es necesario también para ti.

Y como vi que no se inmutaba, sino que seguía inmóvil, un poco encogida, como si la hubiesen apaleado, exclamé poniendo en ello mi acento más dramático:

—Es nuestro amor el que está en juego, Simona. No podemos claudicar ahora.

La vi salir de una sima taponada por el estupor, alzar la cabeza, normalizar la expresión y sonreír brevemente como si la hubiera acariciado con el pétalo de una flor. Comprendí que se rehacía de nuevo y que su cara recuperaba la confianza. Miró a un lado y a otro comprobando que el cuervo había desaparecido llevándose con él las pesadas moscas, volvió a cogerse de mi mano y me mostró con un gesto que estaba dispuesta a continuar la ascensión.

Cuando por fin alcanzamos la puerta del matadero nos recibió el mugido alegre de media docena de vacas impacientes por mi tardanza. Yo iba deseando comenzar la faena, pero Simona, enardecida ahora por la curiosidad, lo miraba todo con ojos de sorpresa. Al principio tuvo un poco de miedo ante la presencia de los animales, pero cuando vio que yo me metía entre ellos y que los acariciaba sin el menor peligro, los acarició ella también, blandamente, pasándoles las manos por sus rudas narices, jugueteando con sus cuernos.

—Te va a gustar mi oficio —dije viendo ahora su cara que resplandecía entre las de las terneras como un pequeño sol.

Ella no contestó. Continuó repartiendo caricias como una madre tierna, pasando de una vaquilla a otra natural y confiadamente.

—No te encariñes demasiado con ellas —le grité mientras me dirigía a preparar los cuchillos—. Ya sabes que son condenadas a muerte.

No sé si me oyó porque continuó jugueteando con los animales como si su relación con ellos fuese a durar toda la vida. Yo tomé el cuchillo y lo coloqué junto al portoncillo que comunicaba el desolladero con el corral. Después salí otra vez, tomé a Simona del brazo y la separé de las vacas arrastrándola materialmente hasta la habitación de despiece.

—Venga —le iba diciendo—. Ha llegado el momento.

Y, enseguida, colocándola frente por frente al lugar por donde había de asomar la cabeza cada una de las vacas, concluí:

—Desde aquí vas a ver cómo lo hago. No se te va a escapar ni un detalle.

Exultante de dicha, pavoneándome como un héroe raquítico volví a salir al patio. Elegí la vaquilla más tierna, la más armoniosa. La dirigí, con la seguridad de la experiencia, hacia el conocido carrililllo y regresé veloz al lado de Simona.

Casi al mismo tiempo, la ternera asomó su cabeza blanca por el hueco del portón, deteniéndose confiada, mirando a Simona con sus enormes ojos de luna iluminada. Yo tomé el cuchillo, alcé mi brazo en el aire y lo dejé caer poderosamente atravesando de un limpio tajo aquel cuello

inmaculado.

La ternera cayó pesadamente sobre el duro pavimento levantando una nube de polvo con sus cuartos traseros. Yo me volví triunfalmente hacia Simona, pero la expresión de su cara casi me hizo acompañar al animal en su caída. No era miedo, sino dolor lo que brotaba de sus ojos. Un dolor terrorífico que obligaba a Simona a morderse los labios, intentando a toda costa taponar con los dientes el agujero infame que destruía su boca. La cicatriz de su mejilla parecía haberse extendido hasta su frente, hasta su mentón. Su ojo purulento pugnaba por agarrarse a sus cejas en un esfuerzo horrible que lo llenaba de sangre hasta enrojecerlo por completo. Se había hincado de rodillas, había unido sus manos en el pecho y había comenzado a llorar, jadeando violentamente como si fuese a ella, y no a la vaca, a la que acababa de asestar la puñalada.

Yo empecé a ponerme nervioso. Sentí una tirantez rabiosa en la nuca, como si la aguja que me había estado atormentando durante la subida de la cuesta, en lugar de pincharme, se deslizara ahora por mi piel rastrillándomela, arrancándomela a mordiscos. En un mismo impulso arrojé el cuchillo contra la tapa de mármol de la mesa y me abracé a Simona estrechándola denodadamente, besándola en el pelo, en las mejillas, en el cuello, en la frente, en los ojos. Poco a poco, ella empezó a reaccionar y a responder a mis besos con la misma pasión desesperada, con el mismo anhelo de amor y de violenta ternura con que yo la besaba. Empezó a apretarme contra su pecho mientras mis manos recorrían su cuerpo como dos brasas candentes que provocaban quemaduras allí donde se paraban. Su boca destrozada inició la búsqueda de la mía y, cuando la encontró, la pulpa de su lengua se hizo un nudo con la mía, una esponja candente que succionaba mi saliva, mi respiración.

Entonces, sin dejar de besarla un momento, empujado por una llamarada que incendiaba la sala de despiece, la obligué a ponerse de pie. Su cara tremolaba insuflada de un gozo primitivo y valiente. A trompicones, sin poder soportar por más tiempo aquel inmenso trueno, desgarré más que abrí la

cremallera de su vestido que cayó a nuestros pies como un vano fantasma. La carne firme y blanca de Simona se abrió por primera vez ante mis ojos como un pan candeal. Le arranqué la ropa interior de un manotazo y entonces una jauría de lobos hizo presa en mi vientre. Era un violento vendaval que arrancaba el tejado del matadero en una tremolina de cascotes y astillas que venían a clavarse en el eje tirante de mi sexo. Los pechos de Simona ondeaban frente a mi boca erguidos como campanas. Sus pezones azules avanzaban en línea recta lo mismo que dos flechas al rojo vivo. El vello rizado de su pubis descendía, primero como una pelusilla finísima, desde el ombligo y luego se encrespaba en un turbulento triángulo cuyos lados oblicuos se perdían por sus ingles.

El estupor me paralizaba a mí ahora como antes el miedo y las dudas habían paralizado a Simona. Acostumbrado al basto pelaje de las terneras, a la vacuidad de su sexo, apenas podía dar crédito a lo que contemplaban mis ojos. Era la sierra y la campiña reunidas en una misma colina. Era el sol chisporroteando en la cumbre de un precipicio insondable. Era el terciopelo de la noche cruzado por el firme resplandor de dos mil lunas. Y era, sobre todo, el espejo donde se ahogaba mi angustia, la llama que devoraba mis más viejos terrores, el cuchillo que zanjaba para siempre aquel hambre infinita de amor que no había dejado de atormentarme nunca.

Simona se dejaba contemplar alborozada ante mi sorpresa. Era evidente que, acaso por primera vez en su vida, ella también se había olvidado de sí misma y del ignominioso desastre de su cara. Reía sin pronunciar palabra mientras empezaba a desabotonar mi camisa, mientras soltaba la correa que me uncía los pantalones a la cintura. Sus dedos se movían temblorosos, pero yo sabía bien que nada tenía que ver su graciosa torpeza con la llamita de timidez que todavía brillaba en el fondo de su pupila sana.

Lenta, muy lentamente, empezó a desabotonarme la bragueta del pantalón. Mas yo no permití que terminara: fuera de mí, me arrojé como un lobo famélico sobre aquel

cuerpo espléndido y, fundidos en un abrazo volcánico, fuimos a caer sobre el camastro que en los últimos tiempos me había venido sirviendo de lecho. No sé cómo pude deshacerme del pantalón. En un solo segundo ya no había ni una sola partícula de mi piel que no estuviera en contacto con la carne blanquísima de Simona. Entré en una especie de paroxismo incontenible: mi lengua recorría kilómetros de piel efervescente; se perdía por las caderas de Simona; subía, lo mismo que una ola, hasta sus pezones de almíbar; se incrustaba en el estrecho canal que formaban sus pechos inundándolo de saliva; regresaba a su vientre y, más abajo aún, se enmarañaba en el vello de su sexo buscando la crujiente profundidad de sus entrañas. Era escalofriante. Más aún: devastador. Ante mis desaforadas caricias, Simona se retorcía gimiendo, como si la hubieran colocado sobre un enorme asador en el que rápidamente se achicharraba su piel. Tenía los ojos cerrados y la boca desmesuradamente abierta.

Cuando rozó mi sexo con su mano, fui ya incapaz de soportar por más tiempo la algarabía de mis células. Fue como si me hubieran rozado con un cable de alta tensión. Me deshice del abrazo de Simona y, en una rápida vuelta, caí sobre su cuerpo que se retorcía casi exánime abrasado por el fuego. Tenía su cara exactamente debajo de la mía. La veía ahora, desmayada bajo mis ojos, medio consumida en el éxtasis del placer. Nunca me había parecido tan brumosa y, al mismo tiempo, tan delicada. Qué infinitud de pleamar me sobrecogía contemplando los efectos que el gozo provocaba en aquella máscara del dolor. Todo cuanto de error había producido la naturaleza o la fatalidad o el azar, yo lo estaba corrigiendo ahora con la simple presión de mi vientre contra el vientre tensísimo de Simona. Me sentía a punto de estallar de satisfacción. Era algo superior a la pura erección de mi sexo: en mis manos tenía la felicidad de aquella mujer a la que la vida no había hecho otra cosa que maltratar. En mis manos y en el vigor de mi pene, en su rígida y, ahora, descomunal potencia.

A tientas, prendido del ojo abigarrado de Simona y de su labio de liebre y de su mejilla apuñalada, busqué entre sus

piernas la roja abertura de su carne para alojar mi sexo. Sentí su calor humeante, su viscosa humedad. Palpé con mis dedos sus labios palpitantes, separando suavemente las afiladas cuchillas de su vello. ¡Dios! La cara de Simona rebrillaba de júbilo, las aletas de su nariz brincaban mostrando la irregularidad de su respiración.

Fue en aquel preciso momento cuando decidí empujar con decisión. Una desazón, como si hubieran regado de pólvora mi espalda, me impulsaba a actuar con la mayor rapidez. Empujé una sola vez, seca, ferozmente. Sentí que un obstáculo inexplicable se interponía en el camino de mi sexo, al tiempo que un grito brutal, una especie de mugido aterrador brotaba de la garganta de Simona desgarrándome los tímpanos. Su cara se contrajo en una mueca horriblemente dolorosa que borraba, de un seco puñetazo, el aura de felicidad con la que había estado nimbada hasta hacía tan sólo un segundo.

Fue como un terremoto. Peor aún: como una navaja de afeitar que seccionara de un golpe perfecto todas mis venas y todas mis arterias. Era un golpe a traición, medido, cabal. Advertí que la sangre se escapaba irremediablemente de todos los canales de mi cuerpo. La vi correr deprisa manchando de rojo las sábanas del camastro, la melena revuelta de Simona, sus pechos de jade, su cintura blanca, sus piernas. La vi mezclándose con boñigas de vaca y luego ascender desde el suelo de la habitación hasta formar un río, un mar que nos cubría hasta ahogarnos. Sentí que la vida se me escapaba como un soplo de aire y que no encontraba la forma de mantenerla cosida a mis nervios, a mis huesos. Ante aquel mugido como el parto de una montaña, ante aquella cara truncada por el dolor, sentí que mi pene perdía su inexpugnable potencia y que, como una flor ajada, se doblaba sobre las enrojecidas sábanas fuera de las entrañas de Simona.

El mundo entero estalló en mi cabeza. Me contemplé perdido a merced de un rebaño salvaje que corría en estampida. Vi miles de pezuñas rabiosas precipitándose ferozmente contra mi cuerpo tembloroso. Pero fue sólo un

momento. Fue exactamente como el silbido de una bala que hubiera pasado rozándome la oreja. De inmediato, el resplandor de la hoguera volvió a posesionarse de la habitación. Simona abrió sus ojos, me miró blandamente, me sonrió expectante y me animó con la caricia de sus manos a intentarlo de nuevo. En su cara había aparecido otra vez la luminosidad engendrada por el piafar del gozo. Ante aquel rostro, ahora otra vez dichoso, mi sexo recobraba su vigor como si ni un ápice de miedo o de compasión hubiera pasado por mi cerebro.

Entonces me incorporé otra vez sobre Simona dispuesto a repetir la operación. Sus largas manos se unían en mi espalda ofreciéndome seguridad y firmeza. Sus piernas dobladas me incitaban, más aún que su sonrisa, a cumplir con mi tarea. Volví a buscar el sexo de Simona como si se me agotara el tiempo. Me concentré en aquel hervidero crepitante para no volver a fallar. Coloqué mis dos brazos bajo sus omóplatos y empujé con toda mi energía igual que si tratara de forzar las puertas del infierno.

Pero todo era en vano. Tan pronto como intenté la penetración el mugido infrahumano que asolaba mis tímpanos volvió a brotar de la garganta de Simona. Su cara palidecida se contrajo crucificada por un dolor que parecía sin límites. Su boca se arrugó en una mueca horrible que amenazaba el llanto, la blasfemia, la catástrofe. Su ojo tumefacto corría por mis mejillas suplicando consuelo, saltaba hasta mi frente, me golpeaba en la cabeza, retrocedía y se ovillaba al borde de su cuenca para resistir el sufrimiento. La cicatriz de su mejilla se abría como una herida real y un borbotón de músculos finísimos caía sobre su cuello empapando la almohada de un líquido blancuzco y maloliente.

Me sentí pulverizado ante aquella adversidad. Materialmente roto. Mi sexo colgaba otra vez como un hilo de lana. Era inenarrable. Caótico. Contemplaba el dolor de Simona y era como si una mano de bronce me retorciera la garganta. Me ahogaba. Estaba por encima de mis fuerzas. Era como una lluvia de cristales afilados que caía sobre mi piel

lacerándome hasta la muerte. Me sentía tan desnudo como un niño al nacer. Tan desnudo, tan torpe y tan insignificante. Peor aún: el dolor de Simona me atravesaba el alma y yo no podía evitar sentirme el único culpable de su sufrimiento. No era el mugido torrencial que arrancaba de su pecho, sino su cara contraída por el tormento, la expresión de infinita tortura que se ofrecía a mis ojos. Me mordía. Me destrozaba el corazón. Mi pene se estrellaba contra su sexo y, tan pronto como el dolor atacaba la cara de Simona, yo me sentía impotente para acabar de perforarlo de una vez. Verdaderamente deplorable.

Me sentía destrozado y, al mismo tiempo, enfurecido. El deseo me enajenaba, pero la compasión me hacía balbucear como un cretino, me tornaba impotente lo mismo que un tarado. Entonces empezaba a acariciar el rostro de Simona poniendo en mis manos toda la piedad que a lo largo de los años había ido almacenando en mi corazón. Susurraba en su oído palabras de consuelo. Besaba sus mejillas, su frente, como si mis labios fueran un pañuelo con el que pretendiera enjugar su tortura y sus lágrimas. Con mis caricias, lentamente, otra vez volvía la placidez al rostro de Simona y otra vez la candela del deseo me roía los costados con sus dientes de acero. Recuperaba mis energías y de nuevo volvíamos a intentarlo para acabar de nuevo como dos muñecos de trapo a los que poco a poco les fuesen arrancando los brazos, las piernas, la cabeza…

Era una situación insostenible. Creo que debimos intentarlo por lo menos cien veces. No lo sé. No puedo recordarlo. Aquello era ya plenamente un naufragio. Simona lloraba con las fuerzas perdidas, como un becerro hambriento. A mí me devoraban a la vez la pena, la rabia y la piedad. Me sentía despreciable como una rata. Me sentía miserable y grotesco como un enfermo de lepra. Aquello era ya una maldición de los infiernos que no era posible soportar.

Estaba atravesado en la cama. Tenía la cabeza guarecida en el vientre de Simona para no ver su cara. Pero su imagen dolorosa me golpeaba una y otra vez. Blandamente le acariciaba la cintura, el pecho, el tostado botón de los

pezones. Sentía su piel arder bajo el contacto de mi mano. Su sexo era un verdadero volcán de espumas. Pero me resistía a intentarlo de nuevo. Intuía que por más veces que probara jamás podría resistir la visión de la cara de Simona quebrada bajo mis ojos por el mazo del dolor.

De repente, mientras mis manos bajaban por sus muslos, me acordé de mis vacas. Fue una visión fugaz, como la imagen de un sueño. Pero, de un solo golpe, se me abrieron los cielos. Me pareció que palpaba la espesa piel de una ternera rubia: su pelo se encrespaba a la altura de los ijares; sus enormes tetas crepitaban entre mis dedos. Estaba amaneciendo y yo me abrazaba a ella como lo había estado haciendo durante tantos años a aquella hora diáfana. Era grandioso. Ahora lo comprobaba plenamente. La ternera apartaba su rabo de ola y me ofrecía la púrpura de su sexo casi como una copa sangrante de la que yo podía beber hasta saciarme. Era enorme, espectacular, soberbio. Ningún obstáculo se interponía entre la ternera y yo. Jamás había sido capaz de observarlo: en aquella posición no había ninguna cara mutilada que contemplar o que evitar.

Pareció que me abrían la cabeza de una pedrada y que, a empellones, alguien desconocido, alguien sutil y arrasador me metía en el cerebro aquella idea gigantesca. Fue como una iluminación. Como el disparo al unísono de una batería de cañones. Como el choque de dos navíos de guerra. Como una huida hacia adelante. No lo sé. Ni lo sabía entonces ni he conseguido saberlo nunca. Seguramente no fue más que la fuerza del instinto o de la costumbre. La idea bailoteaba ante mí fabulosa y radiante. Tenía la solución al alcance de la mano: bastaba con perder de vista la faz atormentada de Simona. Sería posible alcanzar la tierra prometida sólo con que Simona me ocultara su cara de matorral pisoteado, su horrible cara azotada por la mordedura del dolor. Únicamente con imaginarlo, ya podía ver cómo mi sexo recuperaba la erección más escandalosa. Sólo con imaginarlo. Era algo explosivo. Me sentía ingrávido y poderoso otra vez. Nada podría detenerme ahora. Nada.

No tuve que emplear ni una sola palabra: no fue

necesario. Me levanté bufando, di a Simona una palmada en las nalgas y la obligué a saltar de la cama echando fuego por los ojos. Me acerqué a la mesa donde realizaba los despieces más delicados. Entreabrí ligeramente el ancho cajón de madera en el que guardaba las herramientas. Tiré de Simona con suavidad, con un mimo quemante y autoritario. La obligué a agarrarse con sus manos al frente de madera del cajón e, inmediatamente, hice que se doblara por la cintura metiendo su cabeza entre sus brazos. Desencajado, di dos pasos por detrás de Simona. La pasión me cegaba. Aquello era más de lo que había imaginado hacía sólo un momento. Veía su culo plateado. Lo veía redondo y mágico y transparente frente a mí, ancho como la luna, reventando de vida. Veía el borbotón de su sexo, rojo como una granada, rodeado de una selva de vello negro y crespo como una cabellera. Era esponjoso, vibrátil, como un enorme molusco boqueando entre dos rocas lunares. ¡Dios! ¡No podía soportarlo! Un terremoto implacable me zarandeaba ante aquella visión espeluznante.

No pude continuar mirando. Algo como una espada, como una descarga de fusilería se me alojó en la nuez de los testículos. Todas las vacas que habían pasado por el matadero y que habían caído heridas de muerte por mi cuchillo se colocaron como un ejército sobrehumano encima de la tapa de mármol de la mesa. Me miraron ardiendo desde un bosque de zarzas y me gritaron: «¡Ven!». Como si se tratara de despertar a un muerto. Era más que un milagro o que una alucinación. Era un vértigo real que me arrastraba hacia el vacío, que tiraba de mis riñones, de mis hombros, de la violenta cuna de mi pecho.

Me lancé sobre Simona como una catapulta. Apunté con certeza y me clavé en su sexo sin el menor contratiempo. Mi pene se incrustó en sus entrañas como un ariete. Fue una posesión devoradora. Simona gritó o relinchó o mugió o reventó como un gigante negro que cayera por un acantilado. Se encogió sobre su vientre intentando escapar de la estaca que la crucificaba. Levantó una pierna coceando en el aire. Culeó como un tren en el momento de descarrilar. Se arrojó

hacia un lado desesperadamente haciéndome perder el equilibrio.

Yo me había quedado ciego. Una luz desgarrante me había robado la visión. Intenté evitar la caída. Me apoyé contra la mesa un instante antes de que estallara el trueno. Escuché el aplastante mugido de los cientos de vacas que corrían por la mesa. Mi mano se abalanzó convulsivamente sobre la tapa de mármol intentando encontrar un asidero antes de que Simona acabara estrellándome en el suelo. Tropecé con algo metálico, afilado. Algo tremendamente helado y virulento. Palpé ansiosamente procurando alejar la vorágine que se desencadenaba en mi espina dorsal. ¡Un cuchillo! ¡El cuchillo con el que acababa de degollar a la maldita vaca! No puedo precisar si llegué a comprenderlo con exactitud. Vi una vez más, borrascosamente, como en los peores momentos de mi vida, la hedionda silueta de mi padre danzando ante mis ojos en el mismo momento en el que mi mano se cerraba férreamente sobre el mango de madera. Vi otra vez su cara beoda. Escuché sus carcajadas que parecían de hiena.

Simona seguía culeando y dando coces en el aire para escapar a mi presa. Yo levanté el cuchillo en el aire mientras cerraba los ojos para no continuar viendo el rostro renegrido, fatídico y repugnante de mi padre. Lo alcé por encima de mi cabeza justo en el preciso y avasallador instante en que una tempestad de nieve se iniciaba frenética a la altura del techo de la habitación. Alcé el cuchillo como una bandera, como una cruz de guía, como un estandarte que anunciaba pletórico la victoria inacabable del amor. Lo dejé caer sabiendo que la mataba sin remedio. Sabiéndolo, pero comprendiendo, ahora sí, al mismo tiempo, que ni la fuerza de un titán me ayudaría a evitarlo. Lo dejé caer mientras arrancaba a volar ingrávido y dichoso más allá de la tormenta de nieve; mientras las estrellas de la noche salían a recibirme al otro lado del tejado, al otro lado del matadero; mientras los cometas de todas las galaxias me coronaban la frente con un polvo finísimo y brillante de plata, de diamante; mientras los planetas y sus satélites se inclinaban a

mi paso como ante un rey invencible y magnífico que volviera de su última conquista; mientras un ejército de serafines, querubines, ángeles y arcángeles cantaban mis alabanzas con la misma algarabía, gloriosa y triunfadora, con que habían venido cantándolas ante el trono de Dios desde el mismo momento en el que, como un juego, como un capricho inútil, había dado comienzo la creación.

Simona cayó con un ¡plaf!, apagado, de la misma sorprendente manera que durante tantos años habían estado cayendo las vacas. Su cuerpo, separado ya del mío, rodó por el pavimento hasta quedar hecho un ovillo exánime en un costado de la mesa en la que mi padre acostumbraba a realizar los trabajos más delicados.